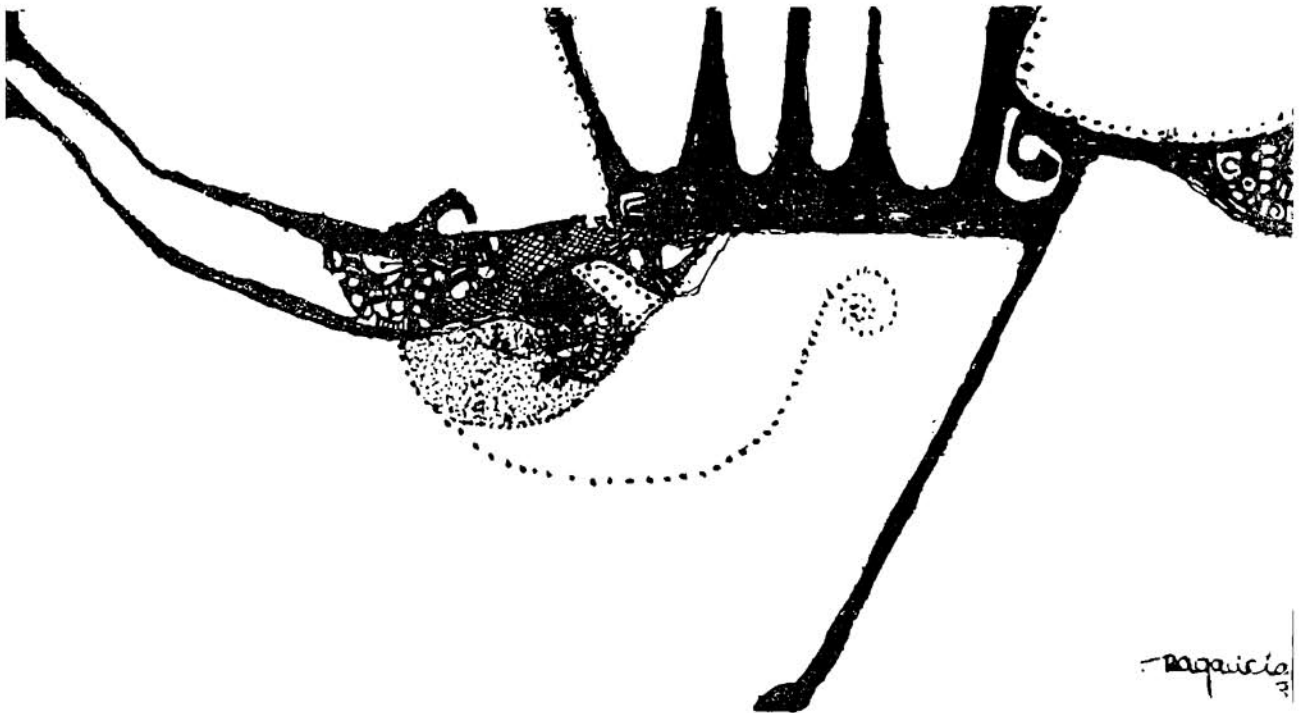


Signo

Revista de la Biblioteca Nacional de El Salvador

abril - mayo - junio



Signo

Revista de la Biblioteca Nacional de El Salvador

abril - mayo - junio 71—1

Signo

Revista de la Biblioteca Nacional de El Salvador
Aparece cada tres meses

Director

DR. INF. DAVID ESCOBAR GALINDO
Director de la Biblioteca Nacional
de El Salvador

Impreso en los Talleres de la
DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 7 1

Sumario

Página 9.—La Biblioteca Nacional de El Salvador: *Gladys de Masey*.

Página 17.—Notas sobre el arte paleolítico: *José Antonio Aparicio Q.*

Página 29.—Comentario a un comentario: *José Salvador Guandique*.

Página 39.—Cuestiones de culturología y de historia (Primera parte): *Reynaldo Galindo Pohl*.

Página 77.—Una pared pintada de hombre: *David Escobar Galindo*.

Colaboran en Este Número:

GLADYS DE MASEY.—Bibliotecaria salvadoreña. Actual Sub-Directora de la Biblioteca Nacional de El Salvador.

JOSE ANTONIO APARICIO Q.—Antropólogo y poeta salvadoreño. Nació en 1930. Coronó estudios de Antropología en México. Su seudónimo de poeta es Ricardo Bogrand. Desarrolla —en estos momentos— un amplio estudio de etnografía salvadoreña.

JOSE SALVADOR GUANDIQUE.—Jurista y Jusfilósofo. Nació en El Salvador en 1918. Estudió Derecho, Filosofía y Sociología en México. Autor de múltiples obras; entre ellas: “Datos de Sociología”, “En la Ruta del Estado”, “Gavidia, el Amigo de Darío”...

REYNALDO GALINDO POHL.—Jurista y filósofo salvadoreño. Nació en 1918. Ha desempeñado importantísimos cargos políticos e internacionales. Actualmente representa a El Salvador en la ONU.

DAVID ESCOBAR GALINDO.—Director de la Biblioteca Nacional de El Salvador. Nació en 1943. Ha concluido estudios de Derecho. Poeta.

LA BIBLIOTECA NACIONAL *de* EL SALVADOR

Gladys de Masey

FUNDAMENTO

El Decreto del 5 de julio de 1870, firmado por el Presidente Dr. Francisco Dueñas, siendo Ministro de Educación don Gregorio Arbizú, dio origen a la fundación de la Biblioteca Nacional con el nombre de "Biblioteca Nacional Salvadoreña", como entidad de lectura, estudio e investigación.

La Colección Lambruschini constituye el primer lote de obras adquirido para la Biblioteca Nacional Salvadoreña: 6.000 volúmenes en español, francés, italiano y latín, editados entre los años 1500, 1600, 1700 y 1800 e incluyendo su catálogo dos incunables de 1477 y 1491:

Opus restitutionum usurarum et excommunicationum & ³ Platea. Venetiis, 1477.

Virgintiqua-tour collationes sanctorum patrium conscripte. Jo. Heremita.—Venetiis, 1491.

Obras que fueron compradas en Roma a la familia del Cardenal Lambruschini, Secretario del Papa Gregorio XVI y Bibliotecario, por el Embajador Fernando Lorenzana a quien para ello comisionó el Supremo

Gobierno, ordenando agregar los códigos, leyes y publicaciones de El Salvador, Centro América, códigos, leyes y producción literaria de la América Latina y todas las adquiridas en el futuro. Esta es noticia tomada de varias publicaciones por la Unidad Móvil de Microfilm de la UNESCO, que en el Apéndice de su Lista de Materiales agrega el dato siguiente: "En una carta del 10 de marzo de 1869 el General Federico Larrainzar ofreció al Ministro de Negocios extranjeros de El Salvador, la Biblioteca que perteneció al Cardenal Lambruschini y que fue adquirida por el padre del mencionado General "para el Gobierno de México —dice— cuando estuvo en Roma con el carácter de su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, y que hoy es propiedad suya".

El Dr. Rafael U. Palacios fue encargado de elaborar un catálogo en 1885, que sumaba en total 6233 obras el año de 1886 y ordenado alfabéticamente. Otro catálogo: "Catálogo general, único que ha tenido la Biblioteca, hecho en 1880", según su informe al Ministro de Instrucción Pública. El "Catálogo General de la Biblioteca Universitaria de San Salvador" es de 1873.

Los Directores de la Biblioteca Nacional Salvadoreña al mismo tiempo eran Directores de la Biblioteca de la Universidad, hasta el 21 de septiembre de 1887, fecha en que la Biblioteca Nacional pasó a ser dependencia del Ministerio respectivo, independiente del Consejo Superior de Instrucción Pública.

Funcionaba la Biblioteca Nacional en un local de la Universidad hasta 1938, cuando se cree fue trasladada al edificio del Teatro Nacional; en 1939 de nuevo fue trasladada, esta vez a la 8ª Avenida Norte N° 228, edificio anterior al que ahora ocupa.

Inauguraciones: el 15 de marzo de 1888 el Presidente General Francisco Menéndez inauguró la Biblioteca Nacional, acompañado por sus Ministros; el Dr. Rafael U. Palacios, director de la Biblioteca Nacional, pronunció elocuente discurso.

El edificio en que funciona la Biblioteca Nacional, fue construido con una inversión total de ₡ 2.500.000.00 e inaugurado el 15 de enero de 1963. La Biblioteca Nacional tiene funciones de biblioteca pública, y cuenta aproximadamente con 100.000 volúmenes.

Los trabajos se efectúan de acuerdo con el Sistema Dewey de Clasificación Decimal y las reglas para catalogación descriptiva en The Library of Congress, American Library Association y (British) Library Association. Ascende a 44.035 la más alta cifra mensual para asistencia de lectores, con el suministro de 52.075 obras en marzo de 1971.

Son fines de la Biblioteca Nacional: 1.—Fomentar los buenos hábitos de lectura; 2.—Atender la acción social positiva; 3.—Servir los fines de la educación; 4.—Difundir la cultura; 5.—Organizar, conservar, preservar y administrar ordenadamente los materiales selectos, para fines de estudio, investigación y consulta; 6.—Utilizar normas técnicas de carácter universal en la organización de catálogos, bibliografías, índices, etc.

La Dirección General de Bibliotecas y Archivos que fue creada por el Decreto N^o 484 con fecha 23 de diciembre de 1961, y desde el 1^o de enero de 1968 está funcionando con la denominación Administración de Bibliotecas y Archivo Nacionales, comprende 3 unidades subalternas: Biblioteca Nacional, Bibliotecas Ambulantes, Archivo General de la Nación. Es dependencia de la Dirección General de Cultura, Juventud y Deportes.

Directores: Don Esteban J. Castro, bibliotecario en 1872; Luis Cromeyer, Encargado de la Biblioteca, 1873; 1885, el Dr. Jorge R. Lainez; 1886, Dr. Rafael U. Palacios; el Sr. León Lozano en 1887; 1892, Sr. Diego Meany; 1906, Sr. Francisco Gavidia; 1919, Sr. Arturo Ambroggi; 1925, Sr. Rafael García Escobar; 1931, don Juan Ulloa; 1932, don Julio César Escobar; mayo/oct. 1944, don José Flores Figeac; oct. 1944-marzo 1945, don Neftalí Girón Guevara; 1945, don Baudilio Torres; 1962, don Rolando Velásquez; 1964, Lic. Guillermo Machón de Paz; 1967, Sra. Rosa Velásquez de Doumakis; enero 11, 1971, Dr. Inf. David Escobar Galindo. Subdirectora: enero 1^o, 1962, Gladys de Masey. Secretario: Sr. Ricardo Contreras. Jefe de Bibliotecas Ambulantes: Sr. Valentín Amaya. Jefe del Archivo General de la Nación: Sr. Rodolfo Ramos Choto.

Asociaciones profesionales:

- Asociación de Bibliotecarios de El Salvador.
- Asociación General de Archivistas de El Salvador.

Reglamentos: el 4 de enero de 1888 fue aprobado el Reglamento; 1929, "Reglamento interior de la Biblioteca Nacional"; Proyecto de Reglamento, elaborado en 1966 con la documentación recopilada.

BIBLIOGRAFÍAS SALVADOREÑAS

- Bibliografía Salvadoreña.
- Bibliografías de El Salvador se encuentran en preparación, inclu-

sive para ser publicadas; son bibliografías nacionales, oficiales y retrospectivas o históricas, actualmente limitadas a las obras existentes en la Biblioteca Nacional, y con las fichas respectivas en la Sección Salvadoreña y Centroamericana:

- 1) por orden alfabético de autores
- 2) en ordenación alfabética de materias
- 3) por fecha de publicación o cronológica
- 4) de publicaciones oficiales
- 5) de tesis, o investigación científica y tecnológica salvadoreña
 - a) por orden alfabético de autores
 - b) en ordenación alfabética de materias
 - c) por Facultades con ordenación alfabética de autores, o inventario de la competencia en la actividad científica por Facultades.

PUBLICACIONES

- 1.—Biblioteca Nacional. **Publicación:**
Boletín bibliográfico; lista de obras incorporadas: autores y materias. no. 1— mayo/jun. 1968—
- 2.—Bibliotecas Ambulantes. **Publicación:**
Boletín.
- 3.—Archivo General de la Nación. **Publicación:**
Repositorio. año 1— set. 1967—
- 4.—Administración de Bibliotecas y Archivo Nacionales. **Publicaciones:**
SIGNO: año 1— (no. 1—); 30 jul. 1929—

SIGNO. Título varía: 1929— Revista Bibliográfica-científico-literaria; 1932-46, Boletín; 1948— Revista de la Biblioteca Nacional; 1951-1970, Anaqueles; 1971— SIGNO.

OBRAS QUE ENUMERAN TITULOS DE PUBLICACIONES
BIBLIOTECA NACIONAL

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Catálogo general de la Biblioteca Universitaria de San Salvador.
Luis Cromeyer [San Salvador] enero 1, 1873.
1 v. (sin paginar) 28 cm.

Manuscrito inédito.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Catálogo de la Biblioteca Nacional del Salvador. Parte española.
D. Meany, Director. San Salvador, Imprenta Nacional, 1896.
142 p. 29 cm.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Catálogo general alfabético de la Biblioteca Nacional del Salvador;
por orden de autores. D. Meany, Director. San Salvador,
Imprenta Nacional, 1896.
244 p. 29 cm.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Catálogo alfabético de la Biblioteca Nacional de El Salvador; por
orden de materias. Parte francesa, Diego Meany, Director. San
Salvador, Imprenta Nacional, 1897.
1 v. (paginación varia) 32 cm.
Parte francesa: p. [1]-73.— Parte inglesa p. [1]-26.— Parte ita-
liana: p. [1]-26.— Parte latina: p. [1]-23.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

[Lista provisional de obras puestas al servicio del público; las exis-
tentes en la Biblioteca Nacional, y las adquiridas sucesivamente para
aumentar el caudal bibliográfico]. Director: Arturo Ambrogi,
San Salvador, Imprenta Nacional, 1920-23.
1 v. 23 cm. (Su Boletín de la Biblioteca Nacional, no. 1-15).

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Catálogo de la Biblioteca Nacional; arreglado por materias, según
el Sistema "Dewey Decimal", por Rafael García Escobar. San Salva-
dor, Imprenta "La Salvadoreña" 1930-30 [i. e. 1932]
2 v. 23 cm.

Anuario bibliográfico salvadoreño, 1952.
San Salvador, Editorial "Casa de la Cultura".
39 p. 24 cm.

A la cabeza del título: Biblioteca Nacional.
Incluye Libros impresos en El Salvador, Libros de autores salvadoreños impresos en el extranjero, y Libros que se refieren a El Salvador.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Lista preliminar de la bibliografía salvadoreña; de las obras existentes en la Biblioteca Nacional. Trabajo realizado bajo la dirección del doctor Mariano García Villas. San Salvador, 1952.

430 h. 32 cm.

A la cabeza del título: Biblioteca Nacional.
Copia mimeografiada.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Lista de materiales microfilmados, por el Dr. Francisco Sevillano Colom, Jefe de la Unidad Móvil de Microfilm de la UNESCO. San Salvador, 1958.

44 h. 34 cm.

A la cabeza del título: Biblioteca Nacional.
Copia mimeografiada.
Misión de la UNESCO en El Salvador.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Bibliografía de Francisco Antonio Gavidia (publicaciones periódicas).

(En su lista de materiales microfilmados. San Salvador, 1958.
34 cm. h. 39-44).

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Lista de materiales microfilmados. Redactada por el Dr. Sevillano Colom, Jefe de la Unidad Móvil de Microfilm de la UNESCO. San Salvador, 1958-59.

78 h. 34 cm.

A la cabeza del título: Misión de la UNESCO en El Salvador.
Copia mimeografiada.

El Salvador. Biblioteca Nacional.

Índice de documentos salvadoreños; seleccionados para microfotografía, en el Archivo Nacional de Guatemala.

(En El Salvador. Ministerio de Cultura. Memoria, 1958-59. San Salvador. 32 cm. p. 236-251).

El Salvador. Ministerio de Cultura.

Exposición continental del periódico americano; celebrada en San Salvador, del 1 al 31 de julio de 1960. San Salvador [Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1960].

409, [10] p. ilus. 24 cm.

Recopilación del material suministrado por los participantes, realizada con la colaboración de la Biblioteca Nacional.

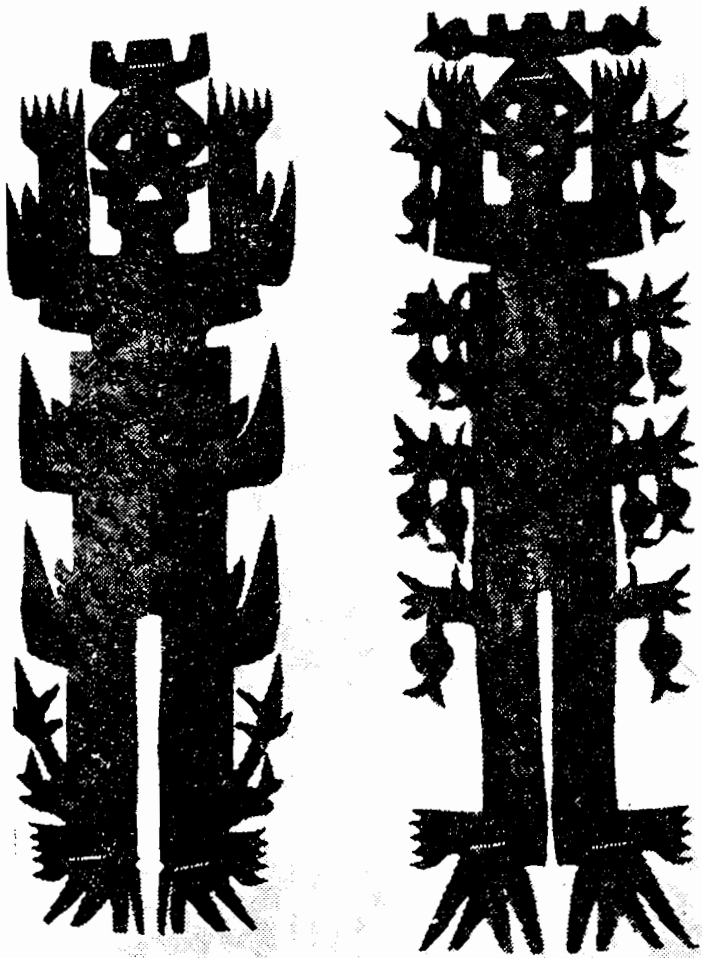
Bibliografía de Centroamérica y del Caribe, Argentina y Venezuela. 1956—

Habana, Imprenta Nacional de Cuba.

v. 22 cm.

El título varía: 1956-58, Bibliografía de Centroamérica y del Caribe.

El pie de imprenta varía: 1956-58, Habana-Madrid, Agrupación Bibliográfica Cubana José Toribio Medina.



NOTAS
SOBRE EL ARTE

J
O
S
E
A
N
T
O
N
I
O
A
P
A
R
I
C
I
O
Q.

P
A
L
E
O
L
I
T
I
C
O

El sabio y recordado arqueólogo V. Gordon Childe ha sugerido más de una vez en sus obras sobre el pasado del hombre, que la pre-

historia es una continuación de la historia natural, y que existe una analogía entre evolución orgánica y el progreso de la cultura.

El estudio de la evolución orgánica, las mutaciones que se registran en las especies, incluso la aparición de nuevas especies cada vez más aptas para sobrevivir y multiplicarse, por una parte, y el estudio de los cambios o progreso de la cultura, por otra, revelan tal analogía. La diferencia estriba en que, mientras los cambios biológicos son hereditarios, los cambios sociales y culturales son adquiridos. Esto es, y para decirlo con palabras de Gordon Childe (1967), "es esencial no perder de vista las importantes diferencias que existen entre el proceso histórico y la evolución orgánica, entre la cultura humana y el apresto corpóreo del animal, entre la herencia social y la herencia biológica."

Lo anterior es válido para establecer que tanto la evolución como el cambio cultural, pueden ser considerados como formas de adaptación al medio ambiente. La prolongada lucha del hombre por subsistir y adaptarse al medio; el enorme recorrido efectuado, no visto éste solamente en cuanto a su evolución orgánica, sino en relación a los procesos de cambio cultural, es estudiado ahora dividiendo convencionalmente la historia del hombre en tres etapas. Se dice convencionalmente, ya que a medida que se profundiza en el pasado del hombre, más claramente se ve que su larga historia es sólo una; de allí que, sin intervalo alguno la prehistoria se funde con la protohistoria, y ésta con la historia (Brodrick, 1965).

No es el caso entrar en detalle acerca de las tres grandes etapas en que ha sido dividida la historia del hombre, esto es, prehistoria, protohistoria e historia, ya que el objeto de este trabajo es tratar de una manera muy esquemática y superficial a determinado momento de la prehistoria, aquel en que los hombres hicieron y utilizaron las llamadas herramientas del paleolítico superior, o sea la última época del período de la piedra, que es donde se sitúa al arte prehistórico.

De acuerdo con Leroi-Gourhan (1965) el término "arte prehistórico" es extremadamente vago. Si se parte de que la prehistoria empieza con los más antiguos rasgos de los objetos hechos por el hombre, finaliza en los diferentes períodos y regiones de nuestro globo, alrededor del 3,000 a.d.e. en el Mediterráneo y en el siglo XIX para los esquimales. Si en cambio se adopta una definición geológica o climática, la prehistoria engloba para los tiempos donde existe una actividad artística, el fin del último período glacial y el principio del ciclo climático actual.

Se ha establecido que al cambio de clima entre el frío y el templado corresponde un cambio en los numerosos dominios de la actividad del

hombre, y de manera particular en la desaparición del arte de las cavernas. Al mismo tiempo, desde el punto de vista del utilaje se distingue, durante los tiempos que han precedido al ciclo actual, los mayores estadios en cuanto a la evolución de las técnicas y al conjunto de éstos se ha acordado dar el nombre de paleolítico, por oposición al mesolítico o al neolítico que corresponden a otras tantas épocas muy diferenciadas del período de la piedra. Una parte del arte prehistórico, anterior al 8,000 a.d.e, es por consecuencia paleolítico.

Es interesante consignar el punto de vista de Gordon Childe en relación a las etapas del desarrollo cultural del hombre en el pasado, partiendo de la clásica división en Edades de Piedra (Antigua y Nueva), Edad del Bronce y Edad del Hierro que hacen los arqueólogos, para introducir un nuevo elemento: el factor económico. Dice Gordon Childe (1967) que "cuando los utensilios, los cimientos de las viviendas y las otras reliquias arqueológicas no se consideran aisladamente, sino en su conjunto, pueden mostrar mucho más. Entonces, no sólo ponen de manifiesto el nivel alcanzado por la destreza técnica y la ciencia, sino también la manera en que sus autores obtenían su subsistencia, esto es, cuál era su economía. Y es justamente la economía la que determina la multiplicación de nuestra especie y, por consiguiente, su éxito biológico. Estudiadas desde esta perspectiva, las antiguas divisiones arqueológicas adquieren un nuevo significado. Las edades arqueológicas corresponden, aproximadamente, a las etapas económicas. Cada nueva 'edad' es introducida por una revolución económica, del mismo tipo y con los mismos efectos que la Revolución Industrial del siglo XVIII".

Agrega que "en la 'Antigua Edad de Piedra' (período paleolítico), los hombres vivían enteramente de la caza, la pesca y la recolección de granos silvestres, raíces, insectos y mariscos. Su número estuvo limitado a la provisión de alimentos ofrecida por la propia naturaleza, y en realidad, parece haber sido muy corto. En la 'Nueva Edad de Piedra' (época neolítica), los hombres controlaron su abastecimiento de alimentos, cultivando plantas y criando animales. Debido a las circunstancias favorables, una comunidad puede producir ya más alimentos de los que necesita consumir, y puede aumentar su producción para satisfacer las exigencias del aumento de la población. La comparación del número de entierros entre la Antigua Edad de Piedra y la Nueva, en Europa y en el Cercano Oriente, muestra el enorme incremento de la población, como resultado de la revolución neolítica. Desde el punto de vista biológico, la nueva economía constituyó un éxito: hizo posible la multiplicación de nuestra especie."

No obstante que se puede asegurar que la mayoría de las pinturas rupestres prehistóricas han sido destruidas, las que han sobrevivido están diseminadas por la superficie terrestre de una manera, además de particular, en extremo enigmática.

De allí que los investigadores del arte de esta etapa del progreso cultural del hombre, se pregunten, como lo hace Leroi-Gourhan (1968), ¿cuáles son las regiones donde se ha encontrado un arte que se pueda reportar con seguridad a los tiempos paleolíticos? América hasta el presente nada ha revelado; Oceanía tampoco. De toda la extensión del dominio asiático, un solo sitio próximo al lago Baikal en territorio de la Unión Soviética, ha mostrado algunas obras muebles. De allí que el resto, por consiguiente, está reservado a Europa y Africa.

En cuanto a las pinturas rupestres del continente africano hay que hacer todavía algunas consideraciones en relación al aspecto cronológico. Aunque son "prehistóricas" de acuerdo con la definición que se ha dado de la palabra, en realidad pertenecen a épocas muy diversas. Al respecto afirma Brodrick (1965): "Algunos de los grabados son probablemente contemporáneos de los monumentos romanos del norte de Africa; por otra parte, algunas de las pinturas pueden pertenecer al período paleolítico, pero al paleolítico 'africano'. Aunque el orden de sucesión de las culturas de utensilios de piedras está bien determinado para algunas zonas del continente africano, no podemos todavía ofrecer una satisfactoria cronología comparada para equiparar las fases culturales africanas con las europeas."

Africa posee pocas obras muebles prehistóricas, pero en cambio ofrece por millares sus frescos y sus grabados sobre roca. De Atlas al Hoggar, del Hoggar al Sudán, en Rhodesia y el Cabo, los muros abrigan fascinante desfile de elefantes, jirafas, cazadores y danzantes. Las más antiguas de estas obras son paleolíticas en el sentido que se ha adoptado. Es probable, pero todavía falta determinarlo con precisión.

Por otra parte, no se puede dar una correlación satisfactoria que establezca la sucesión de las culturas africanas con respecto a las de Europa. De esta manera, la cultura llamada "willtoniense", cuyo centro está en Rhodesia, es una cultura paleolítica *africana reciente* y no se diferencia del capsienense final del norte de Africa. La cultura "capsienense", así llamada por el típico yacimiento Gafsa, al sur de Túnez (antigua Capsa), es una cultura del paleolítico superior más reciente y que com-

prende algunas fases, la última de las cuales ha sido considerada de transición al neolítico norafricano.

En relación a Europa, como ha sido expuesto, tres veces los hielos habían cubierto los países septentrionales y otras tantas se habían retirado, pero una cuarta fase de glaciación se extendía por el continente. En estas condiciones sumamente difíciles para la vida se extinguía la llamada cultura musteriense al mismo tiempo que sus creadores pertenecientes a la raza de Neanderthal (Pericot, 1950). Cerca de la última Edad del Hielo, aproximadamente unos 50,000 años a.d.e. se hicieron prominentes los "hombres" del tipo llamado musteriense. Como vivían habitualmente en cavernas, para escapar del intenso frío, se conocen más detalles sobre su vida que respecto a los grupos anteriores. Pero sin lugar a dudas hay, desde el punto de vista biológico, diferencias marcadas entre los hombres del tipo Neanderthal y el *homo sapiens*, o sean los hombres modernos que ocupan su lugar, cuando las condiciones climáticas también cambian y se vuelven lentamente más benignas.

Los "hombres" de la raza Neanderthal, según Gordon Childe (1963) no podían sostener erguida la cabeza y caminaban arrastrando los pies; tenían una enorme protuberancia ósea sobre los ojos y la frente inclinada hacia atrás; su mandíbula carecía de barba. No obstante que podían hablar como para organizar sus expediciones de caza, en vista de la disposición de los músculos de la lengua, se supone que su lenguaje debe haber sido tartamudeante. Económicamente, los musterienses fueron cazadores y se especializaron en atrapar a los grandes mamíferos árticos, tales como el mamut y el rinoceronte lanudo, cuyos restos llevaban arrastrando hasta la entrada de sus cavernas, en donde los cortaban en pedazos. Históricamente, el hecho más notable acerca de esta misma raza, es el cuidado que ponían en el arreglo de los muertos.

Pero refiriéndonos al arte prehistórico, las únicas épocas de interés son las posteriores a la aparición en Europa Occidental de hombres calificados como "modernos", que son los que hicieron y utilizaron las llamadas herramientas del paleolítico superior. Afirma Brodrick (1965) que hasta donde sabemos, los predecesores de estos hombres no practicaban arte alguno. Eran artesanos que crearon herramientas y utensilios de piedra, así como artefactos de hueso y de madera, pero nada más.

De lo anterior se concluye que el hombre "moderno" del paleolítico superior en Europa Occidental, el hombre que hacía y utilizaba instrumentos de piedra del tipo "Auriñaciense" general, fue el primer artista. Es interesante mencionar las consideraciones que hace Brodrick (1965) acerca de la aparición del arte prehistórico, quien manifiesta que "hay

que hacer hincapié en que el arte prehistórico, tal como lo vemos ahora, fue una creación europea. Según los datos arqueológicos, Europa es una región de inmigraciones. La mayor parte de las 'culturas' de la edad de piedra del continente europeo parecen proceder de otras partes. Las técnicas para fundir metales, de épocas mucho más posteriores, no debieron surgir allí. Ciertamente, la civilización en sus orígenes no es un producto europeo. Pero, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, el arte pictórico representativo fue obra de Europa. En nuestro estudio sobre la pintura prehistórica deberemos volver una y otra vez hacia una región muy cercana a nosotros, al suroeste de Europa —hacia España y Francia—. Aunque, naturalmente, los descubrimientos pueden obligarnos a alterar nuestros puntos de vista, podemos afirmar que, por las pruebas existentes, el arte se creó en una región cuya frontera norte se halla a no más de 500 millas de Londres —dos horas de avión—. Y, hasta que vino la revolución industrial, nunca habíamos tenido tan cerca ninguna otra de las grandes revoluciones hechas por el hombre.”

En cuanto a la cronología relacionada con el florecimiento del arte prehistórico, contando en años solares puede establecerse para el sudoeste de Francia entre unos 35,000 a 40,000 años a.d.e., no obstante que algunos arqueólogos y especialistas señalan para el comienzo de la cultura auriñaciense en Europa Occidental muchos milenios antes del 40,000 a.d.e.

3

Desde el punto de vista cultural, el período paleolítico superior o moderno se subdivide —por lo menos en lo que respecta a la Europa Occidental, tan rica en obras artísticas del período glacial— en tres subperíodos: auriñaciense, solutrense y magdaleniense. Las investigaciones modernas han designado, además, otros nuevos grupos: el perigordense, subgrupo importante del auriñaciense de Europa occidental, así como el paleolítico superior de Europa del Norte y ruso-siberiano (Maringer y Bandy, 1952).

Tanto el auriñaciense como el solutrense se caracterizan por su notable desarrollo del trabajo del sílex, piedra que era usada en la fabricación de útiles y armas, en cambio el magdaleniense se distingue por el gran desarrollo de la industria del hueso. De acuerdo con Pericot (1950) cuando termina el magdaleniense, hace unos doce mil años, se inicia la fase epipaleolítica, climáticamente de transición a la actual y

culturalmente de decadencia; precede a los grandes inventos neolíticos que surgen en el Próximo Oriente hacia el sexto milenio a.d.e.

Puede decirse que todos los trabajos relacionados con la prehistoria, en una u otra forma se refieren siempre a los episodios que marcan el descubrimiento del arte prehistórico. Desde entonces se supo que alrededor de 1834, varios años antes del nacimiento oficial de la prehistoria, en una cueva de Le Chaffaud, en el departamento de Vienne, Francia, A. Brouillet encontró un hueso que mostraba dos ciervos grabados. Por los años de 1860 ó 1870 se fue haciendo corriente la convicción de que los objetos mostrando imágenes de mamuts, renos y caballos salvajes se debían al trabajo de gentes que vivieron al mismo tiempo que dichos animales. En el curso de pocos años, los hallazgos realizados por las regiones de Massat, Lourdes, Bruniquel, La Madeleine, Laugerie, Basse y un poco más tarde en Brassempont y Le Mans d'Azil, produjeron la mayoría de los objetos decorados descubiertos (Leroi-Gourhan, 1968).

Siempre dentro del territorio francés, en Aquitania, se encuentra una región que, desde el importante hallazgo de Lascaux en 1940, se puede considerar como la cuna del arte pictórico del hombre.

De acuerdo con la descripción que hace Brodrick (1965) "las cuevas pintadas de Francia están en áreas bastante limitadas. La primera, en las estribaciones de los Pirineos, al sur de la ciudad de Toulouse; la segunda se concentra en el departamento de la Dordoña y, especialmente, en el valle del río Vézère y en los de algunos de sus afluentes. La mayoría de los frescos se encuentran, pues, en los departamentos de la Dordoña y de Ariège, aunque existen otros en los de Lot, Gironda, Alto Garona y Altos Pirineos. Las cuevas más importantes son: La Mouthe, Font-de-Gaume, Combarelles y Lascaux (Dordoña); Pech-Merle y Cabrerets (Lot), Noailles (Corrèze), Trois-Frères y Tuc d'Audoubert (cerca de Montesquieu-Avantes) y Niaux (cerca de Foix) todas en Ariège; Marsoulas, no lejos de Salies-du-Salat, y Montespán, cerca de Ganties (ambas en el Alto Garona), y Pair-non-Pair (Gironda). La técnica y estilo de las pinturas (y grabados) en estas grutas de Aquitania varían de un lugar a otro y aun de pintura a pintura en el mismo lugar, y su valor estético es muy diverso; unas son pobres y esbozadas, otras bastante buenas y algunas magníficas. Hay también unas cuantas obras maestras, que pertenecen a dos tipos principales: el auriniense y el magdaleniense."

La variedad de colores empleados en las pinturas rupestres francesas es bastante considerable. Comprende el amarillo subido, amarillo

pálido, naranja, rosa, bermellón, rojo oscuro, pardo violeta, negro pardusco, negro azulado y negro grisáceo. Hay que hacer notar que el azul y el verde nunca aparecen en las pinturas prehistóricas, no obstante que los artistas del paleolítico tuvieron a mano varias substancias que producían un brillante pigmento azul.

Así como la Aquitania es la región francesa que sirve de asiento a las pinturas rupestres distribuidas en los departamentos que se han mencionado, la Cantabria, situada al norte de España y colindando con el territorio francés, encierra el mayor número de cavernas con pinturas rupestres españolas. En los tiempos prehistóricos era una zona estrechamente unida al suroeste de Francia. Desde Cantabria a los Pirineos y a través de los Pirineos hasta el antiguo Périgord y el famoso valle de Vézère se extiende una serie de cuevas pintadas. En los tiempos actuales se han descubierto más de treinta y cinco cavernas decoradas en Cantabria y algo más de cuarenta en Aquitania.

Dado el rápido conocimiento que se fue teniendo en Francia acerca del arte rupestre, a raíz de los sucesivos descubrimientos a partir de los hallazgos iniciados en la cueva de Chaffaud, el dominio del mismo era casi enteramente el territorio francés, y franceses la mayoría de los investigadores. No era pues, de extrañar, como lo considera el profesor Pericot (1950) que fuera recibida en esos medios con incredulidad la noticia de que en una cueva española se habían descubierto figuras de animales pintadas con vivos colores en las paredes.

Es muy conocida la forma como don Marcelino de Santuola en 1879 descubrió las famosas pinturas de la cueva de Altamira y no dudó un solo momento de su autenticidad; pero no sucedió lo mismo con los investigadores extranjeros de la época, al grado que murió en 1888 sin ver reconocida la autenticidad de su descubrimiento, ocurriendo otro tanto con el investigador español Vilanova y Piera, quien apoyó decididamente la tesis de Santuola.

Fue hasta el descubrimiento de Fot-de-Gaume, en Francia, en 1902, lo que finalmente acalló las críticas sobre la cueva de Altamira; desde ese momento había en el sur de Francia toda una serie de pinturas de estilo idéntico al de la cueva española. El mismo año de 1902, Cartailhac y Breuil estudiaron las pinturas de Altamira, iniciando así la rehabilitación del gran centro del arte paleolítico español y escribiendo el primero de dichos investigadores, su "*Mea culpa de un escéptico*".

Por la brevedad de este trabajo no es posible hacer una descripción exhaustiva de la distribución de las estaciones de arte rupestre cantábrico. En líneas generales puede decirse que la mayoría de las grutas

del norte de España se encuentran en las provincias de Santander y Asturias, aunque también las hay en las de Vizcaya y Burgos. Las cuevas más importantes son: Altamira (cerca de Santillana del Mar), Basondo (cerca de Cortezubí-Guernica, en Vizcaya), Cueva del Castillo, la Pasiiega y Hornos de la Peña (todas en los alrededores de Puente-viesgo, en la provincia de Santander), Pindal (en las cercanías de Unquera), Buxu (no lejos de Cangas de Onís, en Asturias) y Peña de Candamo (próxima a San Román de Candamo, también en Asturias).

Se puede trazar en sus líneas principales la evolución del arte paleolítico en Cantabria y Aquitania, estableciendo los comienzos del arte auriniense en los arcaicos grabados lineales y pinturas de contornos. Luego siguen representaciones más acabadas y en tintas planas que culminan en el espléndido arte de Lascaux, en la Dordoña, donde muchas de las pinturas, aunque monocromas en general, están inteligentemente sombreadas y modeladas. Este período de Lascaux es la primera cúspide del arte pictórico prehistórico. Las magníficas pinturas policromas de Altamira representan la segunda cumbre, la cumbre de los tiempos magdalenenses.

El Levante español es otra región sumamente importante no sólo por el número de las estaciones de arte rupestre que encierra, sino por el estilo de éste que es muy distinto al descrito. En dicha zona, desde la provincia de Lérida al Norte, hasta la de Cádiz al Sur, existe una serie de pinturas rupestres de un arte especial. Las imágenes se encuentran en abrigos y nichos formados por la naturaleza, pero nunca en la profundidad de las cuevas, como sucede en la zona franco-cantábrica.

Estas pinturas, que constituyen lo que se denomina "arte de la zona levantina", fueron conocidas desde principios de siglo. En el año de 1903, el fotógrafo J. Cabré Aguilló, encontró algunos frescos en Calapata, cerca de Creta (Teruel); se trataba de tres ciervos y un toro primitivo (uro), pintados en rojo. En 1907 Breuil tuvo noticias del hallazgo y se interesó inmediatamente por el mismo, atrayendo con ello el arte de la zona levantina a los investigadores internacionales, comenzándose su investigación y aprovechamiento sistemático. Un factor importante para el resultado de estos trabajos, fue que se había terminado ya la discusión sobre la legitimidad y antigüedad de las pinturas de las cuevas franco-cantábricas, y que, después de varios errores científicos, se había llegado a reconocer la autenticidad e importancia de estas obras de arte de la época glacial. En la zona levantina, uno de los lugares más importantes y primeramente descubiertos, es

Cogul, al sur de Lérida, y en donde se encuentra el famoso “baile de las mujeres” que es una pintura en negro y rojo.

En total se reconocen hoy cuarenta lugares, con casi setenta nichos de pinturas diferentes, los cuales se reparten por toda la costa levantina española. Estas imágenes, no sólo poseen en muchos casos un verdadero valor artístico, sino que tienen también grande importancia histórico-cultural. Se trata casi siempre de pinturas y muy raras veces de grabados. Corrientemente, las imágenes están pintadas con un solo color; las representaciones policromas son verdaderas excepciones.

Las pinturas de la zona levantina fueron creadas, en su mayoría, de reducido tamaño. Las figuras son, en término medio, del tamaño de la mano. Las representaciones de hombres y animales se encuentran constituyendo grupos y escenas, mientras en el arte franco-cantábrico se trata casi exclusivamente de reproducciones naturalistas aisladas de animales, en muchos casos, de tamaño considerable.

Para concluir, es necesario hacer algunas consideraciones, aunque muy superficiales y escuetas, acerca de las motivaciones que indujeron al artista del paleolítico a crear este arte de la época glacial. De acuerdo con Gordon Childe (1967), las esculturas y dibujos paleolíticos, no son simples expresiones de un “impulso artístico” misterioso. En realidad, el artista gozaba seguramente al ejecutarlos, pero no los ejecutaba precisamente para darse este goce, sino por un motivo económico importante. Esto es cierto, en forma más obvia, para el caso de las pinturas de las cavernas.

Dada la estrechez que ofrecían a veces las cavernas, el artista tenía que trabajar en posiciones sumamente incómodas; como no penetraba hasta el fondo de las cuevas la luz del día, tenía que iluminarse con una confusa luz artificial; se han encontrado lámparas de piedra, y se supone que el combustible era la grasa animal y que el musgo servía de mecha. Las pinturas son, casi exclusivamente, retratos muy fieles de animales individuales.

Todas estas consideraciones vienen a reforzar la tesis, por otra parte, de que el arte de las cavernas tenía un propósito mágico, ya que con la misma seguridad con que el artista dibujaba un bisonte en la oscuridad de la caverna, así existiría un bisonte vivo en las estepas exteriores, para que sus compañeros lo mataran y se lo comieran. Para asegurar el éxito, el artista dibujaba algunas veces (aunque no con frecuencia) a su bisonte traspasado por una saeta, tal como deseaba verlo en la realidad.

En conclusión, pues, el arte auriñaciense y magdaleniense tuvo, por tanto, un propósito práctico, habiéndose concebido para asegurar la provisión de aquellos animales de los cuales dependía la tribu para alimentarse.

BIBLIOGRAFIA

- BRODRICK, A. Houghton: *La pintura prehistórica*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.
1965
- GORDON CHILDE, V.: *De la Prehistoire a l'Histoire*, Galimard, París, France.
1963
- 1967 *Los orígenes de la civilización*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.
- LEROI-GOURHAN, André: *Prehistoire de l'Art Occidental*, Editions d'Art Lucien Mazenod, Paris.
1965
- 1968 *The Art of Prehistoric Man in Western Europe*, Thames and Hudson, London.
- MALUQUER DE MOTES, Juan: *Arquitectura prehistórica*, Librería Editorial Argos, 1951 S. A. Barcelona-Buenos Aires.
- MARINGER, Johannes y BANDI, Hans-Georg: *Arte prehistórico*, Ediciones Holbein, 1952 Basilea, Suiza.
- PERICOT, Luis: *El arte rupestre español*, Librería Editorial Argos, S. A., Barcelona-Buenos Aires.
1950

COMENTARIO A UN COMENTARIO

JOSE SALVADOR GUANDIQUE

El Dr. José Gaos glosó un libro de innegable valor en artículo titulado “La Lógica Jurídica de Eduardo García Máynez” —Revista Filosofía y Letras 45-46-Enero-Junio 1952, cuyas resonancias todavía se advierten a la fecha.

La obra de García Máynez —“Introducción a la Lógica Jurídica”— implica un esfuerzo considerable en esa difícil materia. Por no estar de acuerdo con el doctor Gaos, reservándonos el análisis directo para otra ocasión, hemos escrito este comentario a su comentario. Analizaremos, sin reparos, más amigos de la verdad que de los hombres, ratificando ahora lo pensado antaño...

Cabe el desarrollo del doctor Gaos, quien, citando al Lic. García Máynez: “Al referirme a los estudios de Kelsen, pienso, por ejemplo, en la doctrina de la pirámide normativa o en las páginas que ha dedicado al tema de la oposición contradictoria entre preceptos legales. Es aquélla un desarrollo del principio jurídico del principio de razón suficiente, y lo dicho en esas páginas tiene como supuesto ineludible el principio jurídico de contradicción expuesto por mí en el Capítulo I de este libro...”, p. 99.

Creemos que tales expresiones son un tanto arriesgadas. De todas maneras la simbiosis lógico-positivista que desorienta la captación del sistema kelseniano complica aún más la situación. El paralelo entre principios lógicos y principios jurídicos requiere de mucho enfoque para que éstos no resulten mera versión de aquéllos, como se nota en algunos de los

desarrollos de García Máynez. Kelsen plantea cuestiones lógicas en la Teoría Pura del Derecho, pero, al par, decide la eficacia de la norma en función del poder estatal. De allí que la construcción kelseniana sea, por rara simbiosis, logicista y positivista¹. Que la pirámide normativa resulte mero desarrollo del principio de razón suficiente alude apenas al aspecto lógico, pero no a la totalidad de la misma, ya que desplaza la faceta positiva, perfectamente clara en la llamada "norma primaria", donde Kelsen invierte la cuestión.

A renglón seguido, García Máynez, citado por Gaos: "En las obras que conozco sólo he encontrado referencias al último principio —el de contradicción— e implícitas al de razón suficiente; pero en ninguna de ellas se hace mención de los otros dos de la lógica jurídica, el de identidad y el de tercero excluido. No tengo noticias que algún autor se haya planteado el problema de la formulación sistemática de esos principios, o discutido el de su raíz ontológica. Nadie ha hablado tampoco —que yo sepa— del especial de contradicción en la teoría jurídica"².

Las referencias jurídicas al principio de contradicción son más frecuentes que a los otros primeros principios, porque los mismos lógicos le dan muchas veces primacía, al grado de considerar el de tercero excluido como simple forma del de contradicción; al de identidad confiriéronle poco desarrollo por su difícil aplicación al campo jurídico, muy pragmático por cierto; y al de razón suficiente tiénelo por simple agregado a los 3 principios clásicos, sin ocuparse de sus consecuencias. Tanto los juristas como los lógicos, proceden eliminativamente. Y del principio especial de contradicción nadie ha hablado porque, al operar dentro de la norma jurídica, la anularía, careciendo de relieve jurídico la subsiguiente discusión.

Fuera de otras consideraciones llegamos a puntos medulares. Gaos: "Reducción de los axiomas a los jurídicos ontológicos". Este enunciado requiere una explicación.



Los principios objeto de la primera parte son los principios lógicos, ontológicos, lógico-jurídicos y ontológico-jurídicos de identidad, contradicción, tercero excluido y razón suficiente. Los axiomas de la “Axiomática jurídica” son solamente los principios ontológico-jurídicos de identidad, contradicción y tercero excluido, más dos axiomas de la misma índole ontológico-formal de estos tres, en lugar del principio de razón”, p. 104.

Igual que otros, García Máynez elimina el principio de razón suficiente, pero lo decisivo surge cuando Gaos continúa: “De esta suerte resulta que lo que se anuncia como Lógica Jurídica acaba en una axiomática ontológica”.

Tal es la tendencia de García Máynez. Pasar de la Lógica Jurídica a la axiomática ontológica. Gaos sigue:

“La explicación se encuentra en los siguientes pasajes del propio libro:

“La diferencia entre “los principios supremos de la Lógica Jurídica y los axiomas de la Ontología Formal del Derecho estriba en que los primeros versan sobre la validez o la invalidez de los preceptos que rigen el comportamiento humano, en tanto que los segundos refiérense a las distintas formas de la conducta jurídicamente regulada”, p. 104.

Sin negar que puede diferenciarse Lógica Jurídica de Ontología Formal del Derecho, nos preguntamos, ¿en qué se distinguen dentro de lo anteriormente transcrito?

La Lógica Jurídica versa sobre “los preceptos que rigen el comportamiento humano” mientras la Ontología Formal del Derecho se refiere a “la conducta jurídicamente regulada”. Si exceptuamos la confusa connotación de “precepto” que puede ser moral y aun estético o religioso, restringiéndolo a lo jurídico, en sentido estricto, la dualidad no es clara ni siquiera perceptible. Que la Lógica Jurídica vaya del precepto, que es general, a la conducta humana, que es particular y la Ontología Formal del Derecho, precisamente al revés, de la conducta a su regulación jurídica son distintos procedimientos, pero, en el fondo, la misma noción. Aún sería más correcto lo contrario, porque la concepción de García Máynez que Gaos no refuta, coloca la Ontología Formal del Derecho ya encima de la Lógica Jurídica, y, por ello, la primera debería partir del precepto general para llegar a la conducta particular; y la segunda, elevarse desde la conducta hacia la regulación, todo opuestamente al enunciado de García Máynez. Ese planteamiento sería más armónico como lo afirmado por Gaos: “En virtud de esta fundamentación cabe reducirse en la Axiomática a los principios ontológico-jurídicos como fundamentales o verdaderamente principales, abandonando los principios lógico-jurídicos como fundados o secundarios”, p. 105.

Después de disertar sobre antecedentes —Aristóteles, Descartes, Pufendorf, Leibnitz, Pascal y Husserl— Gaos resume:

“Inmediatamente se destacan dos diferencias capitales entre esta Axiología geométrica y la Axiomática Jurídica:

1^a La geométrica empieza por los axiomas e intercala por entre éstos

y los primeros teoremas ciertas definiciones. La jurídica empieza con una serie de definiciones”, p. 112.

La axiomática geométrica no intercala “por entre los axiomas y los primeros teoremas” ciertas definiciones. Estas no se intercalan. Constituyen desarrollos de los axiomas y teoremas precedentes. A su vez, se refieren a los subsecuentes.

La axiomática jurídica “empieza con una serie de definiciones” porque, en rigor, no es axiomática. Eso se comprueba en el párrafo siguiente del mismo Gaos³:

“2ª De los axiomas geométricos se infiere el resto entero habido y por haber de la ciencia de la geometría euclídea. De los axiomas jurídicos se infieren sólo 38 proposiciones o teoremas y no pueden inferirse las demás que integran la Ciencia del Derecho”, p. 112.

Al contraponer diferencias, Gaos: “Las definiciones que aparecen por entre los axiomas y primeros teoremas de la geometría son puramente nominales, como atestiguan los ejemplos puestos”, p. 112.

Las definiciones matemáticas son nominales, mejor racionales. Pero no sólo ellas. Toda la matemática es nominal o racional. Los clásicos llaman a los números “entes de razón”. La matemática moderna, de Einstein a Heisenberg, ha probado que la geometría de Euclides es “una” geometría pero no “la” geometría. Todo ello indica el carácter nominal o, mejor, racional de las matemáticas, y no sólo de sus definiciones, patente en los descubrimientos geométrico-euclidianos de Pascal...

Sigue Gaos: “Las definiciones de la Axiomática jurídica son definiciones *reales* de los objetos del conocimiento jurídico conceptuados por éste con los conceptos enumerados en la “síntesis anteriormente dada de estas definiciones”, p. 112.

El calificativo “reales” que aparece en cursiva, es vago. La Lógica clásica distingue definiciones reales —que reúnen los elementos constitutivos— y definiciones nominales —meros desarrollos terminológicos—, pero claramente no es ese el sentido gaosiano de “reales”. Si tal epíteto pretende contrastar lo “nominal” de las matemáticas con lo “real” del derecho, asignando a éste connotación de fáctico o positivo, aumenta la confusión. Independientemente de lo que el Derecho entiende por real en contraposición a personal, eso de “real” entendido tal facticidad o positividad, restringiría mucho el campo de lo jurídico. Así, afirmar que el Derecho tiene que ser “real”, sería la negación del derecho ideal, el más *ideal* de todos, el derecho natural, que García Máynez gusta llamar *derecho intrinsecamente válido*, postulándolo como el derecho por excelencia.

Y es que ambos tipos de definiciones, las matemáticas y las jurídicas, resultan “nominales”, mejor, racionales, construidas o ideales.

Gaos: “Pero la diferencia entre ambas Axiomáticas no consiste realmente en que las de la geométrica sean nominales y las de la jurídica reales, sino en algo mucho más importante. Los axiomas de la geometría integran

un conjunto de las llamadas “definiciones implícitas” de los objetos o entes mentales por los conceptos integrantes de los axiomas: punto, recta, etc.” Y, líneas después: “En cambio las definiciones de la axiomática jurídica son definiciones explícitas, como las de la vieja geometría y como las de la Etica de Spinoza”, p. 113.

Estaría muy atrasada la Técnica Jurídica —Axiomática o no— si tuviera necesariamente que valerse de definiciones y menos de definiciones explícitas, a la altura de la vieja geometría. Hay, desde hace bastante tiempo, una clara tendencia entre los juristas para abandonar todo tipo de definiciones sobre todas las explícitas, porque ellas “nada enseñan al docto y mucho confunden al profano”. Es mero procedimiento técnico-jurídico, usual aun entre los que no se plantean abstrusas cuestiones ontológicas o lógicas en relación con temas jurídicos, eliminar estériles definiciones explícitas o implícitas. Aquellos libros de sentencias jurídicas, a modo de repertorio, pertenecen al pasado. Mal puede distinguirse el derecho, al menos el de hoy, con la matemática, mediante la separación entre definiciones explícitas y definiciones implícitas.

Gaos: “vengamos ahora a los axiomas jurídicos. Recordemos que son los principios ontológico-jurídicos, con exclusión no sólo de los principios ontológicos y lógicos en general sino también de los principios lógico-jurídicos”, p. 114.

Los principios ontológico-jurídicos operan —según Gaos— independientemente de los principios ontológicos y lógicos en general, y aun de los lógico-jurídicos. Veamos hasta dónde. . .

Gaos: “He aquí, pues, los tres primeros axiomas jurídicos —suficientes a nuestros fines:

De identidad: “todo objeto del conocimiento es idéntico a sí mismo”.

De contradicción: “ninguna conducta puede hallarse, al propio tiempo, jurídicamente prohibida y jurídicamente permitida”.

De tercero excluido: “la conducta jurídicamente regulada sólo puede hallarse prohibida o permitida”.

A simple vista tenemos en el de identidad una versión del principio clásico y conocido. El de contradicción y el de tercero excluido son, igualmente, aplicaciones de los primeros principios citados a la órbita del derecho. Pero continuemos con Gaos:

“Mientras, pues, que en los axiomas geométricos los términos de las relaciones y las relaciones de los términos eran igualmente *materiales*, por igualmente *matemáticas*, en los axiomas jurídicos los términos de las relaciones son *materiales*, por jurídicos, pero las relaciones de los términos son *ontológico-formales* generales o universales”, p. 114.

La diferencia es válida sólo dentro de la matemática, pero no si ésta se relaciona con la Lógica Pura. Esta funciona con la Matemática, igual como la pretendida Ontología Formal funcionaría respecto a la Lógica-Jurídica. Si se busca supeditar la segunda a la primera pasa lo que Gaos

dice, pero lo mismo sucede al conectar la matemática y la Lógica Pura. Las relaciones de los términos en las matemáticas dependen de la Lógica Pura, similarmente cual sucede subordinando la Lógica Jurídica a la llamada Ontología formal. Las afirmaciones gaussianas serían admisibles sólo al aislar la matemática⁴.

Independientemente de otros aspectos, enfocamos algo medular que Gaos enuncia así: “el problema de si la “Ontología Formal del Derecho” como llama a su Axiomática jurídica García Máynez, y la Lógica jurídica de éste son Ontología y Lógica del ser o del deber ser”, p. 115.

Pero, a renglón seguido, intercala varias consideraciones que transcribiremos, en ejemplificación clara del agobiante trabajo por desconectar la Ontología Formal del Derecho de la postergada Lógica Jurídica: “Conocimiento de los objetos: intuición matemática de los entes matemáticos y de las relaciones matemáticas entre ellos; intuición jurídica de los objetos del conocimiento jurídico, pero intuición ontológico-formal de las relaciones ontológico-formales entre ellos. ¿Cómo pueden articularse estas dos clases de intuiciones?”, p. 116.

Todavía en suspenso la respuesta: “los axiomas geométricos son sintéticos, siendo indiferente aquí que lo sean a priori o a posteriori”, p. 116. Ahora resta inquirir: ¿cuándo es a posteriori un axioma geométrico? Y leeremos: “pero los axiomas jurídicos en cuanto proposiciones fundadas en la intuición jurídica de los términos de las relaciones enunciadas por ellas parece que debieran ser proposiciones *sintéticas*, siendo indiferente aquí que lo sean a posteriori mientras que en cuanto proposiciones fundadas en la intuición ontológico-formal de las relaciones enunciadas por ellas entre los términos parece que debieran ser proposiciones *analíticas*. Siendo imposible que sean simultáneamente ambas cosas, ¿prevalecerá la índole analítica debida a la intuición de las relaciones sobre la sintética propia de la intuición de los términos de las relaciones?”, p. 116.

Esta interrogación nada resuelve, más bien complica, porque desde luego es imposible que dichos principios sean, al par, sintéticos y analíticos. Además ¿cómo deben entenderse acá los términos sintético y analítico? ¿en el giro kantiano? Entonces las proposiciones fundadas en la intuición jurídica de los términos de las relaciones anunciadas por ellas constituyen axiomas jurídicos de carácter sintético, es decir, basados en la experiencia, a posteriori, urgidos de demostración en cada caso y sin validez universal. En cambio, las proposiciones fundadas en la intuición ontológico-formal de las relaciones enunciadas por ellas resultan analíticas, o sea, que son universalmente válidas, por radicar en la razón, pero no adelantan el conocimiento. Las primeras, sintéticas, serían empíricas. Las segundas, analíticas, meramente tautológicas. Y, si lo analítico y lo sintético significan connotaciones distintas a las kantianas... ¿Cuáles son y cómo y cuándo operan allí lo a priori y lo a posteriori?

Gaos, recuperando el problema fundamental —la Axiomática jurídica

de García Máñez y la Lógica del ser o del deber— recurre a las 4 clases del principio de contradicción:

“Ontológico: “ningún objeto puede ser, al mismo tiempo, P y no P.”

Lógico: “dos juicios contradictorios no pueden ser verdaderos ambos”.

Ontológico-jurídico: “Ninguna conducta puede hallarse, al propio tiempo, jurídicamente prohibida y jurídicamente permitida”. Es el segundo axioma de la axiomática jurídica⁵.

Lógico-jurídico: “Dos normas de derecho contradictorias entre sí no pueden ambas ser válidas”, p. 118.

Sigue Gaos: “Estas cuatro proposiciones son, las cuatro, juicios enunciativos del *ser...*” Más adelante: “La cópula de estos cuatro juicios es, pues, la cópula *no poder ser*, o la cópula *ser* con la modalidad de la apodicticidad. Pero el ser enunciado en cada uno de los cuatro juicios es el de ser objetos o entes distintos en cada uno de los cuatro”.

“En el principio ontológico es el ser P y *no P* de un *objeto*.

En el principio lógico es el ser *verdad* de dos juicios contradictorios.

En el axioma ontológico-jurídico es el ser *jurídicamente prohibido* o *jurídicamente permitido* de una conducta”.

En el principio lógico-jurídico es el ser *válidas* de dos *normas de derecho contradictorias entre sí*”, p. 118.

Para concluir: “Los cuatro principios enuncian respectivamente:

El ser de *objetos* o *entes* en general.

El ser *verdad* de *juicios*.

El ser de *objetos* o *entes* especiales, *jurídicos*.

El ser *válidas* de *normas*.

“Pero los *juicios* son, como se acaba de ver por los juicios que son los cuatro principios mismos, proposiciones enunciativas del *ser*”.

Claramente advertimos ser muy distinto. De los 4 principios enunciados apenas el primero corresponde al SER. Los otros tres se refieren: el 2º al deber ser lógico; el 3º al jurídico; y el 4º es axiológico general.

La verdad no es un ser sino un valor, alegaba el ilustre Maestro Antonio Caso —2º principio.

Al decir entes especiales, jurídicos, se refiere Gaos, necesariamente, al deber ser, porque si el derecho no es normativo no es derecho, ni nada.

Al expresar VALIDEZ de normas estamos en pleno deber ser axiológico en general y jurídico en particular⁶.

El procedimiento reductivo que usa Gaos al enunciar los 4 principios aclara aún más su específica índole. El 2º, el 3º y el 4º, nunca serán ni pueden ser juicios enunciativos, por más que se alegue su cópula. Esta —lo saben los lógicos clásicos y neokantianos— no es un concepto sino mera partícula relacionante, porque al unir sujeto y predicado pierde su propia significación para adquirir categoría funcional. El mismo Gaos: “En cambio las *normas* no son proposiciones enunciativas del *ser*, sino normativas del *deber ser...*”, p. 119. Las normas —y que se nos disculpe la redundancia—

no son normativas del deber ser, sino el deber ser mismo, pero, independientemente de ello, nunca podrán convertirse en enunciativas. Y menos en el terreno de lo jurídico, cual en el 3º y 4º de los enunciados principios.

Después, Gaos: “El problema es tan grave como todo esto. Si las normas jurídicas “norman” el deber ser, es porque este deber ser se presenta como constitutivo esencial de los objetos jurídicos. . .”, p. 120. Las normas jurídicas —repetimos— nunca “norman” el deber ser, sencillamente porque lo constituyen. Lo normado es la conducta humana⁷.

Además: “Si, pues, los objetos jurídicos están constituidos esencialmente por el deber ser, ¿cabe hablar de “entes jurídicos”? Y, si no cupiese, ¿cómo subordinarlos o subsumirlos bajo la Lógica —y la Ontología del *ser*?”, p. 120⁸.

Se dice “entes jurídicos” por referencia, no como seres, sino como entidades. Su esencia es deber ser, normatividad, idealidad. Surgen tan “nominales” como los números, sólo que *valen en forma muy diferente*. Siempre cabe hablar de entes jurídicos y la pregunta que hace Gaos habría que formularla al revés. Siendo entes jurídicos no hay problema: su esencia es deber ser. Y, si no lo fueran, si no cupiese hablar de entes jurídicos, no habría cuestión alguna, porque *serían meros seres*, valga la redundancia, susceptibles de expresarse mediante juicios enunciativos, que Gaos pretende aplicarles impropriamente, y entonces, sin obstáculo, se localizarían en la Ontología, más estrictamente en la Ontología Jurídica⁹.

* * *

En la fatal ausencia de revistas jurídicas y más filosófico-jurídicas (entre nosotros decir *revista* equivale a *revista literaria* con poemas y poemillas, versotes y versitos, a granel), venimos a pedir hospitalidad a Escobar Galindo en su flamante publicación de la Biblioteca Nacional, recordando la declaración que nos hizo —*El Diario de Hoy*, 21 enero 1971— de dedicar en aquélla considerable parte a trabajos científicos, algo que no dudamos llevará a cabo exitosamente, todo lo cual nos mueve a dar a conocer aquí estos párrafos que, si bien escritos cuando el autor era catedrático del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México, por la índole de su materia y de la jerarquía tanto de García Máynez cual de Gaos, aún revisten cierto interés, haciendo la reserva que ni la Lógica Jurídica ni la Ontología del Derecho eran los fuertes del segundo. . .

San Salvador, Centro América, enero 1971.

NOTAS

1 Ver Guandique, “Algo sobre la Teoría Pura y la Teoría Egológica”, *Proyecciones*, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, octubre 1957,

que reproduce ese estudio, aparecido primariamente en "Jus", Rev. de Derecho y Ciencias Sociales, julio-septiembre 1951, Décimo Tercer Aniversario, México, D. F., donde hacemos una crítica al artículo "Teoría Ecológica y Teoría Pura" (Balance Provisional de la visita de Karlsen a la Argentina"), escrito por Carlos Cossio, y publicado en la Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, UNAM, Tomo XII, N° 47, enero-marzo 1950. Allí enfocamos, en abierta disparidad con Cossio, tres problemas: la Teoría Pura del Derecho, el Derecho y la Libertad. Ya se recordará la polémica entre el iusfilósofo bonaerense y García Máynez.

- 2 Heinrich Rickert, en "Teoría de la Definición" —Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1960— pugna por reivindicar dicha operación lógica, debiendo al doctor Windelband, cual lo reconoce en el Prólogo a la primera edición, "la sugerencia de una investigación especial del concepto de definición", p. 363, recalcando que "el gran error de la teoría de la definición se basa en una falsa comprensión del concepto", y agrega: "el método de investigación lo debo a la enseñanza y a los escritos de mi venerado maestro señor profesor doctor Windelband —autor de una famosa "Historia de la Filosofía", apostillamos— a quien deseo expresar también en este lugar mi más efusiva gratitud por sus múltiples sugerencias", Estrasburgo, junio de 1888. No obstante ese profundo trabajo de Rickert —el de "Ciencia Natural y Ciencia Cultural"— muchos siguen repitiendo que las definiciones poco aclaran al docto y mucho confunden al profano...
- 3 Ver "El Sentido del Derecho - Historia y Significado de la idea del sistema de Jurisprudencia", por Helmut Coing —Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1959— "La finalidad de la *teoría pura del derecho* es desarrollar una ciencia del derecho que prescindida de todo método sociológico, ético o político. Tal teoría halla su esencia en la naturaleza específica de la norma jurídica como una norma hipotética coercitiva. El método jurídico consiste en descubrir este hecho e investigar la unidad del sistema de normas coercitivas", p. 5.
- 4 Ver Guandique, "Maritain, Robles y Gaso" —*El Diario de Hoy*, 19 octubre 1969, donde nos referimos a detalles de personalidad y obra de nuestros dos profesores, el mexicano y el español; y "No Soy Filósofo: José Gaos" —*El Diario de Hoy*, 14 diciembre 1969, y allí el pretendido "discípulo" de Ortega, a preguntas de Teresa Alvarenga, en Caracas (*Índice*, Madrid, julio 1959), responde: "No, en absoluto; yo soy un simple profesor de filosofía", agregando: "Mi posición es de un nuevo kantianismo que podríamos llamar neokantianismo. Esto lo expongo claramente en un libro que se llama: "De la Filosofía". Poco, mejor nada, queda del raciovitalista en el Gaos de América, no el madrileño...
- 5 Ver Guandique "Einstein, el Padre de la Relatividad y de la Atómica", *Sábados de "Diario Latino"*, 27 de diciembre 1969, en que reseñamos la ncomatemática, de Heisenberg a Eddington, de Broglie a Bohr, de Poincaré a Michelson. Gaos opera con una noción de matemática atrasadísima...
- 6 Ver Guandique, "Realidad y Sentido del Estado" —Ed. Excelsior, México, D. F., 1945; Editorial Universitaria, San Salvador, 1962— Cpts. "El Estado como Realidad Social" y "Sentido del Estado", con un análisis de Kelsen, desde Heller, cuanto va de la hierática teoría pura al dialectismo fecundo...
- 7 Ver Guandique, "En la Ruta del Estado" —T. II, Ministerio de Educación, San Salvador, 1965-Cpts. "Crisis Política" y "Conflicto Social", para un examen Kelsen-Heller-Schmitt, partiendo de Jellinek, o los avances de los grandes en la teoría del Estado germana, sistemática, en vez del fragmentarismo galo, de Esmein a Duguit, en el cual tributa Dabin.
- 8 Muy interesante saldría contrastar los desarrollos de García Máynez y Gaos con una obra tan importante cual desconocida: "La Cuádruple Raíz del Principio de Razón Suficiente", agudo análisis del tema practicado por Schopenhauer, a quien no se le ha reconocido aún al presente su alta jerarquía filosófica, debido, en primer lugar, a sus demoleadoras críticas de los tres sofistas —Hegel, Schelling y Fichte—

lo mismo que a su trascendental estudio "Fundamento de la Moral" —Ed. Prometeo, Valencia— donde censura acerbamente a Kant, dios de la época. al menos en las universidades europeas, y por ello Schopenhauer no fue premiado por la Real Academia de Dinamarca, cuya Acta termina, así son la mayoría de los académicos, más cuidadosos de las formas que del fondo: "En fin, no debemos ocultarlo; el autor menciona diversos filósofos contemporáneos, de los más grandes, con un tono tan sumamente inconveniente, que es en extremo ofensivo". (Ver *El Diario de Hoy*).

Por cierto: Menéndez y Pelayo se equivoca de medio a medio, afirmando que desde ese trabajo aumentó el prestigio de Schopenhauer, por haber ganado dicho lauro y que lo recibió de Noruega, llevando tal tema "el libre albedrío", todo en sus *Ideas Estéticas* a p. 165. Para mayores detalles, del suscrito "Schopenhauer contra Kant —Paso en falso de Menéndez y Pelayo"— *Sábados de Diario Latino* —8 noviembre, 1969.

- 9 Ver, por el suscrito, "Problemas en Torno a la Norma Jurídica" —Rev. *Jus*, México, D. F., 1942, repr. en "Proyecciones", ya cit., San Salvador, en los cuales enunciamos que el derecho es por su estructura, lógico; por su eficacia, coercible —a lo Del Vecchio, no Ihering—; y, por su sentido, normativo.

Y algo de ello esbozamos en estudio anterior "Referencias al Contractualismo" (Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, UNAM, julio-septiembre 1940, repr. también en "Proyecciones", ya cit., donde nos ocupamos del triple aspecto del *Contrato Social* por Rousseau: histórico, sociológico y lógico, decidiéndonos en pro de esta última faceta.

CUESTIONES DE CULTUROLOGIA Y DE HISTORIA

REYNALDO
GALINDO
POHL

1.—*Libros de investigación histórica y libros de exposición histórica*

Se han escrito muchos libros de filosofía de la historia y todavía más de historia, aunque los más de estos últimos, de historia política y los menos de las realizaciones culturales. Entre aquéllos predominan los relatos guerreros.

Desde la época de la Ilustración se ha venido destacando que el enfoque meramente político es unilateral e incompleto y que lo político debe estudiarse como parte de los sucesos culturales. Si bien aquella forma unilateral de estudio tiende a desaparecer en los libros de investigación, subsiste casi incólume en los libros de exposición y enseñanza, que destacan hechos truculentos que no siempre han sido fundamentales para el desarrollo de las sociedades, y que a veces no han pasado de ser las manifestaciones agudas y aparatosas de más amplias y complejas cuestiones de fondo.

Además, la temática política se presenta frecuentemente sin relación con las fuerzas sociales actuantes, ni con las condiciones generales de vida —que son por lo menos los recipientes que imprimen forma y niveles a lo político—, de modo que los sucesos, con tal método, aparecen en el aire, incondicionados y por lo tanto sin explicación suficiente; y de la verdad de que el hombre es un ser político pareciera pasarse al sofisma de que el hombre es un ente *exclusivamente* político.

No faltan en los estudios históricos las influencias del nacionalismo y de las creencias que entran al arsenal de la lucha de las ideologías: aquéllas en los libros de enseñanza principalmente, y éstas en los de investigación. Esto ha ido quedando de lado en los estudios serios, metódicos y objetivos, inclusive en obras de autores de países con rivalidades de siglos; pero no se van eliminando sino recientemente de los libros de enseñanza; así la historia de las guerras entre Francia y Alemania, escritas por



franceses y alemanes, y la historia de la reforma religiosa, escrita por católicos y por protestantes. Sobre lo último, y a modo de ejemplo para revelar ciertas pugnas, viene a cuento el dicho de notables historiadores protestantes sobre que la reforma no podría ser científicamente estudiada sino por autores de ese credo.

A medida que los acontecimientos han quedado lejos en el tiempo, declina la beligerancia de los intereses, y es posible superar muchas limitaciones, que si bien a veces son de tipo material por la escasez de las fuentes, en no pocas ocasiones son de tipo espiritual, por los prejuicios y los objetivos de utilidad inmediata que se quiere obtener bajo la capa de la autoridad científica. Pero la historia ha venido erigiéndose, tras no pocas caídas, en ciencia rigurosa y exigente, ajena a los debates utilitarios del momento, y en disciplina que se adquiere y afina después de largos estudios y no menores ejercicios.

Hay distancia entre investigadores y expositores, no sólo en cuanto a lo dicho, bastante accidental en el sentido de que puede juzgarse temporal, sino en cuanto modos de acción, propósitos y aptitudes personales. Los expositores deben estar al día con las obras de investigación, fuera del caso de que el mismo investigador sea el expositor. Se nota que algunos expositores no están suficientemente al día con esos estudios. Leed un manual de Historia Romana y veréis que pareciera que no ha escrito Mommsen todavía, y que los planteamientos de los sucesos como expresiones de gran-

des culturas, tampoco se ha hecho; por allí los sucesos van como en un cuento, a veces agradable, pero sin seguir las líneas profundas del desenvolvimiento romano. Y eso que Roma ha sido muy estudiada y que pocos son los intereses presentes que puede suscitar, a menos que renovemos la pugna de Gibbon y su explicación sobre la decadencia romana. En la exposición cargada de fechas, nombres de batallas y otras pequeñeces, ha sido sensible la falta de una orientación derivada de los estudios más serios y logrados de investigación. Es famosa la caricatura satírica que presenta a un profesor de historia conminando a un pequeño alumno porque éste no sabía los nombres de los hijos del rey Dagoberto⁽¹⁾.

Hechos y cosas tienen historia, por igual la moda que la cerámica y la carpintería. Inclusive la tienen la tierra, los volcanes, los mares. Todo hacer humano es de tipo histórico, y por eso el hombre aparece completamente inmerso en ese modo de ser y discurrir. Pero en general, a menos que se amplíe el sentido del vocablo, al hablar de historia nos referimos a la historia humana.

La historia tiene dos sentidos principales: a) un modo de ser, caracterizado por el cambio, y aplicado, a menos que se diga otra cosa, a lo humano, y b) un estudio, una teoría sobre ese modo de ser. Aunque la historia se extienda, en amplia significación del término, a cosas como la Tierra, no se podría decir que ésta tiene o ha tenido un ser histórico en el sentido que lo tiene el hombre, porque sus cambios son debidos a leyes y fenómenos naturales, mientras que los cambios en el ser histórico se deben, sin ignorar la condicionalidad circundante y el influjo de leyes naturales, a la aptitud humana de creación. Debe, pues, distinguirse la historia y el ser histórico; y si bien la historia tiene amplias expresiones, el ser histórico es propio del hombre.

El primer sentido a que se alude en el párrafo anterior es ontológico; el segundo, gnoseológico. Ambos se influyen; pero no se confunden. De las limitaciones gnoseológicas no derivaremos un cambio en el modo de ser, y de las calidades del ser histórico no concluiremos que forzosamente deban superarse todas las dificultades del conocimiento y obtenerse el conocimiento perfecto.

La historia como teoría tiene limitaciones que quedan como recortes a la posibilidad de entender la conducta humana. Para su entendimiento no basta la psicología —análisis de fenómenos en general, separados de la totalidad de la conducta—, sino que se requiere de las manifestaciones del ser como unidad y plenitud, que se dan en los hechos cuyas huellas recoge la historia. Las dificultades de conocimiento no son exclusivas de la historia, sino de toda ciencia, y si bien en aquélla son notorios el *interés* y las *pasiones* (que no han faltado ni en las ciencias exactas), éstos se eliminan a medida que los acontecimientos envejecen y se afirman las cualidades del investigador. Mientras más lejanos están los hechos, ganan más virtualidad objetiva para ser tratados sin que incidan intereses y pasiones. La historia es como el buen vino: mientras más viejo, mejor.

La historia es para el hombre el modo permanente y obligado de vivir. Su ser es un ser histórico; y este calificativo se debe a que tiene una aptitud singular y singularizante: la libertad creadora. Por eso su ser, en cuanto hombre —más que animal— no es de tipo natural; por eso su vida no es la de un ser estático e inmutable, sino un devenir, una transformación. De aquí y sólo de aquí arranca la posibilidad

(1) Es el grabado humorístico de Daumier (Museo Pedagógico, París) que tiene esta leyenda: "Cómo, tonto, tú no sabes los nombres de los hijos del Rey Dagoberto!!... Pero tú no sabes nada de nada! Luego tú quieres ser toda tu vida un ser inútil a la sociedad!"

de progreso y decadencia de las sociedades humanas. El ser humano en lo que tiene de animal cae en la teoría biológica; en lo que tiene de espiritual, pensante y sensible, en la historia. La historia es uno de los caminos para realizar el *conócete a ti mismo*, y conocer lo que uno es constituye el antecedente de la adecuada autoconducción. Vivir es un constante conducirse, decidirse, preocuparse. El hombre es un ser cuya vida deviene problema para él mismo, y para enfrentar esta circunstancia ineluctable, necesita saber de su propio ser, que es histórico, con lo cual la tarea cognoscitiva en este campo deviene una condición de su propia entelequia. Los dos sentidos de la historia —modo de ser y teoría— se enlazan, no artificial, caprichosa u ocasionalmente, sino en la sustancia de la vida humana que deviene preocupación. Porque es un ser histórico el hombre hace teoría histórica.

De modo que en el mundo tenemos dos clases de seres: el natural, sujeto a leyes invariables, y el histórico, influenciado por esas leyes, pero singularizado por la libertad creadora. Si el hombre tuviera un ser natural, como los animales y las cosas inertes, sólo se regiría por leyes naturales, y estaría sujeto a una regularidad previsible, a una constancia agobiante, a una monotonía sin salida. El hombre en lo que tiene de animal va por esa senda; en lo que tiene de singular va por su propio camino y fuero —el de la transformación creadora—, que implica la responsabilidad, la virtud, el mérito, el honor y demás calificativos de conducta, ya positivos, ya negativos.

Como ya hemos apuntado, desde el siglo XVIII —la Ilustración— viene proclamándose que no sólo debe hacerse historia política, sino historia de la cultura; pero sin que hasta hoy se haya aplicado lo suficiente este acertado criterio. Lo que hemos dicho sobre los dos sentidos de la historia confirma que esta posición unilateral debe desecharse. En América agrada la historia predominantemente política, lo que es explicable porque gran parte de las tareas intelectuales no se sostienen por sí mismas, sino en dependencia con los asuntos de estado. Si bien en la investigación se dan más y mejores excepciones, éstas son muy escasas en las obras didácticas, en las que si a veces se tratan los temas culturales, se presentan sin articulación, como postizos.

También falta la noción aglutinante de la marcha general humana si se siguen las huellas de los racionalistas de la Ilustración —o de los grandes círculos culturales— si se siguen las más recientes tendencias. Dicha noción es la columna vertebral, la resultante y la justificación de la tarea histórica, pues hace comprensibles y llena de sentido los hechos que de otro modo aparecen dispersos y como si fuesen de generación espontánea. No puede haber historia, general o especializada, que con fruto pueda prescindir de esa forma de unificar los acontecimientos a lo largo de hilos conductores, encontrados por la interpretación y concatenación de los hechos y comprobables por otros hechos.

Esa temática unificadora, a partir de cierta amplitud de problemas, pertenece a la filosofía de la historia. No hay ciencia sin filosofía. De nada sirve la desordenada y dispersa exposición de hechos; pero si éstos se organizan a lo largo de grandes líneas, realzan su significación. Aun los más desenfrenados empiristas de las ciencias naturales han terminado por ser derrotados por un empirismo que necesita de elementos unificadores que solamente el intelecto ofrece. Si anotamos en forma escueta multitud de actos que ejecutamos cada día, poco conseguimos; pero si organizamos esos actos bajo los objetivos a que concurren, como expresión de nuestra vida que unificada por un *yo*, por contradictoria e imprecisa que sea guarda una continuidad sin perjuicio de su transformación, se iluminan y revelan su importancia. La búsqueda y hallazgo de esas líneas generales de desenvolvimiento, tanto en las esferas generales como en las especiales, es



la argamasa que levanta el edificio histórico y sin la cual no se hace sino la labor preliminar. Algunos relatos históricos no pasan de la tarea preliminar por falta de ese sentido unitario. Los hechos prendidos en un gran trasfondo ofrecen la motivación y las finalidades de las diversas empresas y remueven el interés por lo pasado para mejor conducirse en el presente, ya que el venir al mundo no impone la existencia vegetativa, ni la pasiva y mansa entrega a una condena —actitudes de algunos hombres pero no del hombre—. El ser histórico responde a la ley universal de movimiento moviéndose ante metas, responsabilidades y objetivos trascendentes y más duraderos que la efímera existencia individual, y volcándose en saber y dominio ante los misterios de aquí y de allá.

Las técnicas de trabajo que tan buenos resultados han dado en la investigación deben extenderse en lo posible a la exposición, y desde luego a la didáctica, para que la historia no sea un cuento más, sino que se prestigie como tarea científica. El rigor, la crítica, el sistema que caracterizan la ciencia tienen que penetrar el saber histórico para sacarlo de la leyenda, la literatura y el panfleto, y coadyuvar a la formación de gentes de saber y no de gentes de fantasía, pues la ausencia de una adecuada formación, y el mal uso de la libertad creadora, que por estrecha que fuese es siempre importante, han dado lugar a menudas y absurdas aventuras. Son los libros de exposición los que llegan al gran público.

2—*El punto de partida: los hechos*

La vida humana se manifiesta externamente por medio de hechos; pero no podría entenderse sólo a través de los miles de millones de hechos singulares, de los cuales muchos no dejan huella, pero las dejan en suficiente número como para que un empirista se pierda en un laberinto.

Entre los hechos que dejan huellas, no todos las dejan tan fuertes como para hacer memoria perdurable; y en esto radica la primera forma de convertir un material ilimitado a términos manejables. Hay, pues, una primera selección que podemos denominar *natural*, que no obedece a ninguna ley, sino que es fortuita. Fue una casualidad que se conservasen las obras de Aristóteles, por ejemplo, ya casi perdidas. De inmediato vislumbramos lo que hubiera significado esa pérdida respecto de nuestra estimación de los pensadores antiguos. Aristóteles, conocido sólo por fragmentos, como Demócrito y decenas más de autores, no ocuparía la señera posición que hoy se le reconoce. Cuántos logros estimables se han perdido y cuántos nombres de bien ganada fama, en la línea de la perennidad del nombre de Unamuno, tuvieron menos éxito que el megalómano Eratóstenes! Lo mismo ocurre con otros muchos casos individuales, y aun con pueblos, algunos de los cuales no gozarán nunca, por obra del azar, ni de las posibilidades que desde hace uno o dos siglos viene abriendo la arqueología.

Pero no se crea que el azar juega únicamente para los acontecimientos muy antiguos. Juega inclusive en nuestra época, que tiene magníficos medios de conservación de hechos, inclusive de los no relevantes. Menuda tarea de selección les está quedando a los estudiosos, que se verán ahogados con tanto papel, muchos mañosamente fabricados, porque desde que la conciencia histórica entró en nuestra cultura, más se ha agudizado la preocupación por engañar a la posteridad.

Hay épocas interesantísimas de las que tenemos pocos documentos, como la de las guerras civiles de Roma, y de otras los tenemos abundantes, como la de Cicerón. A veces, las fuentes son de una sola tendencia, como las que se refieren a la conspiración

de Catilina. Los antiguos tuvieron grandes bibliotecas y librerías, y sin embargo muchísimas de las obras allí contenidas se han perdido. No se crea que antes de la invención de la imprenta se publicaban muy pocos ejemplares de cada libro, sino que ejércitos de copistas se dedicaban a esa tarea, en proporción al número de lectores. En la antigüedad grecorromana abundaban las librerías y los libros se vendían en grandes cantidades. Platón pone en boca de Sócrates que el conocido libro de Física de Anaximandro se conseguía por un dracma en las librerías de los teatros (Platón, Apología de Sócrates). Nada nos autoriza a suponer cuáles serán los hechos y obras de nuestros días que se salven. Que no se salvarán todos, ni dudarlos, pues no estamos exentos de cataclismos naturales y humanos. El tiempo es el gran destructor, no el gran creador.

Además, los hombres contribuyen indirectamente a la pérdida de ciertas huellas. Algunas cosas que interesan a los contemporáneos, no importan a otras generaciones. A veces la justa estimación es tardía, y en el intervalo puede producirse una pérdida irreparable. La popularidad contemporánea no es índice de la popularidad posterior. Mucho que vale poco, por otra parte, se ve condenado y eliminado por el olvido implacable de los hombres, que no se expresa con la balanza de la justicia, sino a veces con un oscuro instinto.

Entre los hechos cuya memoria permanece, no todos interesan desde el punto de vista histórico, y de aquí resulta otra limitación que reduce a términos aún más manejables el copioso material. Importan aquellos que revelan el ser histórico, que significan, por tanto, creación y transformación. La teoría de la historia se hace sobre lo que enriquece las expresiones del ser histórico —un ser que en definitiva se compone de puras expresiones—. En estas últimas palabras se enuncia el tema de una meditación y una discusión que, por la índole del presente trabajo, queda para mejor oportunidad.

Meyer dice así: “Es histórico aquello que produce o ha producido efectos”. La expresión es amplia. En rigor, todo produce efectos. La Place, en la Sorbona, alzó la mano hacia el cielo y pronunció estas palabras: “con esta mano muevo a Sirio”. En la serie infinita de las repercusiones causales así ocurre; ningún movimiento se pierde en el vacío; pero la ciencia, ni en la naturaleza ni en la historia, puede trabajar con tan dilatadas causalidades. Se desechan las causas muy lejanas, que no actúan directamente, sino que actúan sobre causas de causas, y se conservan las eficientes y directas, quedando aquéllas como condicionamiento. Lo mismo ocurre en la historia. Y además, entre los efectos, no se toman aquellos que son mera repetición, sino los que transforman y enriquecen el ser histórico. Lo demás, aunque quede con nombres propios y buenas señales, protegido por el azar, debe desecharse como material para la elaboración científica. A lo más pueden aceptarse como meros casos de comprobación, o como la sal y el condimento del discurso, como los anecdóticos que hacen apetitosos los relatos y rebajan la densidad de la interpretación.

Dice Meyer: “La pregunta histórica podría formularse así: ¿qué es lo que produce estos efectos? Lo que reconozcamos como fundamento de ellos será un acontecimiento histórico”. Ya hemos indicado que no todo lo que produce efectos es objeto de la historia. El criterio selectivo, fundado en el enriquecimiento y transformación del ser histórico, como la mayoría de los criterios en el campo del saber, excepto en las matemáticas, es flexible y sin límites precisos, y su uso queda al buen juicio de los investigadores.

Para Meyer la selección deriva del interés que en esos hechos tenga la época presente. “¿En qué criterio se basa el historiador para operar entre ellos (los aconteci-

mientos) la indispensable selección?" La respuesta a esta pregunta nos la da también y sólo nos la puede dar el presente: la selección responde al *interés histórico* que el presente pone en cualquier resultado del desarrollo y que le hace sentir la necesidad de averiguar las causas o los hechos que lo han producido". Por consiguiente, la calidad histórica de los hechos no dependería de una calidad objetiva de ellos, sino de nuestra subjetividad cambiante, del interés histórico nuestro, de nuestro presente que dura un instante y que es sustituido por otro presente con sus propios intereses. Así se autodestruye toda pretensión científica de esta teoría, porque habrá tantas historias como épocas —como intereses presentes— con iguales títulos de legitimidad. Según las épocas se ha constatado que a veces agrada y preocupa más lo narrativo, y otras veces lo político, o las formas de colaboración y de discordia, o las realizaciones culturales; pero de aquí no se deduce que nuestro interés sea el que traslade determinada calidad a los hechos pasados. Estos deben tener la calidad histórica por sí mismos, y la tarea del estudioso es descubrirla y demostrarla, pero no crearla. Esa calidad se tiene aun cuando no haya investigadores a quienes les interese. En seguida vendrán. Y a medida que pasa el tiempo, el gran nivelador, inclusive las diferencias subjetivas entre nuestros intereses y los intereses de otros hombres y generaciones, tienden a estabilizarse. El hombre, ser histórico, es creador; la historia, el saber sistemático sobre el ser histórico, no es creadora, y cuando crea se desvía hacia la historieta, la leyenda y la lucha de las ideologías beligerantes.

Cabe advertir que los hechos presentes no pertenecen a la historia. Y entre los hechos presentes no están sólo los de nuestro instante irreplicable, sino los de nuestra generación, los de nuestra vida. La historia es por definición pasado. Pero el hacer del ser histórico va hacia ella en cuanto va ocurriendo, y será objeto de la historia. Esta nueva limitación a la historia como teoría, como parte del saber sistematizado, se justifica porque aunque podamos aventurar predicciones sobre los efectos de los acontecimientos de nuestros días, no podemos constatar tales efectos hasta que se han producido. Además, por mucho que nos impresionen, no sabemos si dejarán huellas. Por eso lo que se diga sobre los acontecimientos del presente es una crónica, una información, pero no historia, no sólo porque las aptitudes del historiador se ven entorpecidas por los cercanos intereses y partidismos, sino porque no se puede determinar la real ubicación de los hechos ni sus efectos ante un futuro que no se ha concretado.

Filología.—Las huellas que nos vienen del pasado tienen que someterse a una elaboración crítica. No es posible aceptar los datos tal como los ofrecen los que los confeccionaron, aun concediéndoles la mayor sinceridad.

La reconstrucción veraz de los hechos necesita de crítica y de notable preparación y de finura de análisis mental. Se recolectan datos en las diversas fuentes históricas: monumentos, medallas, ruinas, inscripciones, objetos de arte y de uso cotidiano, y principalmente documentos. Entre éstos figuran, vertidos a lo escrito, tradiciones, memorias, testimonios, etc. Los datos se buscan en excavaciones, bibliotecas, archivos, colecciones privadas, cavernas, etc. Halladas las fuentes, no pueden usarse tal como se las encuentra. De inmediato deben someterse al análisis crítico, a una confrontación con otros datos y a la búsqueda de su encaje con las condiciones de vida de la época a que se refieren. Técnicas muy interesantes han surgido en esa búsqueda por datos históricos; así, de los viejos manuscritos se han borrado las copias recientes y se han revivido las escrituras más antiguas; de los murales se han separado los retoques y se han dejado al descubierto obras maestras antiguas; de los pergaminos despedazados se han hecho minuciosas reconstrucciones, como la célebre de las cavernas cercanas al Mar

Muerto, que mencionamos por ser de las más recientes; de las obras literarias se han extraído los pasajes atribuidos a diferentes pensadores; de las reseñas de libros se ha tomado conocimiento sobre lo fundamental de ciertas obras perdidas. El lenguaje, las ideas, las diversas copias se estudian y comparan minuciosamente para obtener textos depurados. La reconstrucción de los hechos, antecedente de la teoría histórica, necesita de gran dosis de buen juicio y erudición. Este complejo estudio constituye la filología, que ha obtenido ruidosos triunfos.

Esta ciencia se inició con la reconstrucción e interpretación de obras maestras. Afinó sus instrumentos en el estudio de la Biblia, de la *Iliada*, de la *Odisea*. Para ejemplo entre millares, van los siguientes: descubrió que la *Odisea* es muy posterior a la *Iliada* y que en la *Iliada* hay varios estilos; que el *Deuteronomio* es una recopilación muy posterior a la época mosaica.

A la crítica se une íntimamente la hermenéutica, que algunos autores, sin motivos suficientes, pretenden reducir a los textos escritos en documentos, y que es una técnica con sus orientaciones y escuelas diversas.

Crítica y hermenéutica vienen enlazadas desde Grecia, y han ido siendo aplicadas paulatinamente a todos los campos de las ciencias del espíritu. Para el entendimiento de los textos de Homero y de Hesíodo nació en Grecia esta teoría, que determinó por la forma interna y el lenguaje los pasajes de tradición poética que Homero recogió y reelaboró y los textos interpolados por los copistas. Las escuelas helenistas de Alejandría eliminaron obras apócrifas, hicieron reseñas de libros, fijaron los textos de las obras más antiguas y demostraron que los cantos finales de la *Iliada* y de la *Odisea* son bastante posteriores al cuerpo principal de esas obras. En la cultura griega se encuentra el antecedente de la filología, así como de gran parte del pensamiento occidental.

Con los estudios bíblicos, estimulados por las controversias religiosas, se constituyó definitivamente la filología como ciencia. Los nombres de Flacius, Baumgarten y Wolf están unidos al nacimiento de esa ciencia, que no solamente atiende cuestiones de lenguaje, como lo hizo en algunas escuelas ya superadas. En el curso del trabajo se descubrieron las reglas que hallaron expresión unitaria en las obras de Schleiermacher.

Las interpretaciones gramatical, histórica, estética y empírica se unen para depurar las fuentes de las contaminaciones de intereses, manejos, interpolaciones, errores y en general pasiones y prejuicios de testigos presenciales y protagonistas. La psicología del inconsciente podría añadir otro capítulo novedoso y útil a la hermenéutica crítica, cuyas pretensiones, un tanto exageradas, llegan a “comprender al autor mejor de lo que él mismo se comprendió”, según Dilthey.

La teoría histórica se funda en esa difícil y acuciosa ciencia, la filología, que no sólo opera con los tiempos antiguos, cuyas huellas llegan a nosotros fragmentariamente, sino también con los recientes. Por otra parte los tiempos recientes, también necesitan la hermenéutica crítica, y más rigurosa por las desviaciones de la propaganda.

Las fuentes deben someterse a un previo proceso de valorización. En Europa se ha hecho esto por más de un siglo, y por tal motivo algunos piensan que se ha hecho poca ciencia histórica —el tiempo se ha invertido en las tareas previas.

Los hechos deben estudiarse no sólo en su valor intrínseco, sino por las influencias reales que tuvieron —problema distinto del de su autenticidad y valor—. Así, inclusive grandes mentiras y no menos grandes falsificaciones pueden haber tenido repercusión desproporcionada a su nula o disminuida verdad. Esto tiene importancia en ciertos

estados mentales colectivos, proclives a creer lo que conviene sin beneficio de inventario. Así en la Revolución Francesa, lo que se decía en las hojas volantes, en los clubes, en los periódicos, en los pasquines, a veces falso y con frecuencia exagerado, provocó el paroxismo de las masas. La reivindicación de la memoria de María Antonieta, hecha por Stefan Zweig, está bien fundada; pero toda la calumnia y la podredumbre moral que se esgrimió como instrumento político se valoriza por sus efectos desproporcionados a su escasísima verdad. En estados de conmoción bélica, política o social hay una hipersensibilización que lleva a creer todo, y cuanto más absurdo más creíble. Fuera de esos casos extremos, en circunstancias corrientes, a menor madurez de los pueblos, mayor credulidad, y por eso ahí los libelos producen mayor impacto, acrecentando los efectos de la sentencia volteriana: “miente, miente, que algo queda”, y confirmando el dicho napoleónico, fundamento psicológico de la propaganda: “la única figura retórica es la repetición”.

Lo impreso tiene influencia y goza de crédito, porque hay una actitud ingenua y primitiva para no dudar de su contenido. Otro tanto ocurre con la actitud ingenua y primaria ante los fenómenos naturales, que la filosofía sometió a crítica. A partir de la duda nace la actitud filosófica. El asombro ante la grandeza del universo es el inicio de la actitud cognoscitiva. Pero la actitud filosófica nace con la duda, de la que Descartes hizo un método, pero que es antiquísima como inicio de la actitud crítica y filosófica. ¿De dónde viene la superstición por lo escrito? ¿De dónde el alto grado de credulidad? Se ha leído poco y no hay experiencia acumulada y transmitida sobre la evaluación de lo escrito; se ha ejercitado poco la ciencia histórica sobre la base de la hermenéutica crítica; se ha tomado por bueno lo que circula en un ambiente sin espíritu crítico arraigado —equilibrio juicioso, ponderado y prudente en el juzgar— que acepta la diatriba y el elogio sin reservas. El desarrollo de los pueblos no se improvisa, las tendencias no se inventan ni se hacen por magia; la cultura es trabajo, grande y constante trabajo, madurez y por último vejez. Es más fácil para un pueblo joven apoderarse de las técnicas que del juicioso uso de la estimativa y de los cauces hondos y suaves de la espiritualidad. Y más todavía allá donde Larra hubiese repetido: “o no se escribe porque no se lee, o no se lee porque no se escribe”. Generalizándose el alfabeto —una técnica— se dista todavía de tener la cultura. Hay también un analfabetismo intelectual, que disminuye o desvía los efectos de las técnicas y limita la eficacia de los técnicos, particularmente de los que se especializan en técnicas asociadas con las ciencias humanas.

Entre los documentos llamados a estudiarse a la luz de la hermenéutica crítica figuran los famosos procesos de infidencia contra los próceres centroamericanos. Desde luego, ateniéndose a lo que allí literalmente se lee, poco conseguimos, porque los encausados trataban de eludir la fuerte justicia española. Los que conocen la distancia entre lo escrito en un proceso judicial y la realidad de los hechos averiguada por otros conductos fidedignos, tendrían el elemento de juicio para evaluar el contenido de esos famosos procesos que se citan dando a las palabras y signos su valor literal.

Es tan importante el papel de la filología para acercar la historia a la verdad, que no ha faltado la pretensión de que la historia desaparezca y se resume en la filología. Advuértase que la filología no tiene relación únicamente con lo antiguo y clásico. Los filólogos no se conforman con presentar su ciencia como mero antecedente de la historia, y por eso le dan valor propio, que “consiste en trasponer al presente los productos de la historia tratándolos como actuales, y por tanto como vigentes”. Instituciones de variados tipos, obras del espíritu en diversos campos, pueden ser estudiados para

facilitar su comprensión, no ya como algo en transformación y devenir, como lo hace la historia, sino como cosas dadas y concluidas, con sustantividad propia, como lo hace la filología.

Con los mencionados elementos se hace la tarea siguiente, propiamente histórica, que tiene dos aspectos, el uno científico y el otro filosófico. El manejo de los datos exige criterios de clasificación, que permitan distinguir lo fundamental de lo accesorio, y los factores eficientes de los condicionantes o concurrentes. Sin criterio selectivo no se puede llegar a ninguna meta; mejor dicho, se pierde toda meta. Un criterio selectivo supone ciertas ideas —fuerza por medio de las cuales se organiza la interpretación de los acontecimientos. A la selección sigue la interpretación, la construcción de sentido.

La selección de datos depende también del estudio general o especializado. En una historia general, por ejemplo, no interesa si un personaje nació en tal ciudad o en tal otra, o si una ciudad fue fundada días antes o días después de lo supuesto; pero esos detalles cobran realce en la biografía, y en general en la monografía.

No hay criterio único para la selección. Depende la selección tanto de los hechos en sí mismos —su importancia— como del tipo de investigación. Esto no significa inestabilidad en el juicio que se hace de los hechos. Los autores pueden descubrir circunstancias, argumentos e interpretaciones que valoricen los hechos de una cierta manera, incorporándolos tal vez a nuevos planos en la estimativa histórica, y una vez esto se haga con suficientes razones, sólo podría variarse con nuevas y sólidas razones. Por honestidad científica hay obligación de aceptar y utilizar los estudios de otros autores y de trabajar sobre ellos. Por otra parte ha de trabajarse con los datos y teorías más recientes; así como el químico no podría ensayar sobre los cuatro elementos de Empédocles, el historiador no podría fundarse en aquello que está sobrepasado. Por ejemplo, no sería aceptable trabajar con el criterio de que la Iliada tiene unidad de composición. Lo mismo podría decirse del Libro del Profeta Isaías. Desde luego, puede resucitarse tesis pasadas o presentar otras nuevas, pero habrá que demostrarlas. En resumen, los estudios históricos han de empalmar con las expresiones más autorizadas de la filología y de todas las ciencias humanas.

El éxito del historiador deriva en parte de su aptitud para seleccionar y evaluar los hechos, que tanto puede provenir de su experiencia, adquirida en estudios y ejercicios, como de una capacidad personal, porque hay quienes tienen capacidad para la historia como otros para la poesía. No basta seguir un método para hacer una buena investigación, como memorizar el diccionario no es saber el idioma; se requiere condiciones personales para el buen manejo del método. Esta es la condición subjetiva de la tarea histórica, tan importante como las condiciones objetivas. Ya se ha repetido mucho esta idea, pero si se quiere un apoyo en el criterio de autoridad, he aquí la palabra de Meyer: “caería en grave error quien se dejara llevar de la quimera de considerarse un historiador por el simple hecho de haberse apropiado de las reglas del método histórico”; “lo fundamental, que es la captación interior de la materia, el conocimiento del problema histórico y el descubrimiento de su solución, eso tiene que ponerlo el propio investigador, como su propia obra”⁽²⁾.

(2) Las citas de Meyer en el presente capítulo corresponden a su obra *La teoría y el método de la historia*, que forma parte del volumen *El historiador y la historia antigua*, Fondo de Cultura Económica, México, primera edición, 1955.

3.—*De si es posible la ciencia histórica*

Se debate este tema por dos motivos: a) durante siglos se escribieron relatos de sucesos pasados, pero con criterios a menudo opuestos y con tan variadas interpretaciones, que parecía estar muy lejos del rigor y la constancia que caracterizan la ciencia; y b) aun cuando se hicieron progresos en los estudios históricos y se despojó a las crónicas de leyendas y testimonios fabricados *ad hoc*, con lo cual fue posible que algunos autores en la temprana Edad Media presintieran la existencia de una nueva ciencia, las dificultades tan extremadas y los resultados tan exiguos, comparados principalmente con el saber típicamente científico de las ciencias naturales, dieron lugar a juicios que niegan carácter de ciencia a la teoría sobre el pasado humano, no por capricho, sino con argumentos que deben estudiarse.

Las ciencias van hallando su plena y satisfactoria expresión en forma gradual y de acuerdo con el nivel general de conocimientos y los apremios que inciden en las distintas épocas. Antes de la hora llegada, se hacen antecedentes, anticipaciones, tal vez geniales, pero no se consigue estructurarlas de manera continuada, metódica y fructífera. La astronomía y la física, con magníficos antecedentes en la Antigüedad, se consolidaron en el siglo XVII; la química cobró forma en el siglo XVIII, a partir de Lavoisier; la biología en el XIX, con Claudio Bernard. Antes de esas épocas había tantas divergencias de escuelas y tan pocos conocimientos definitivamente ciertos, que se dudaba del carácter científico de esos estudios. Recuérdese la situación de la ciencia cuando Descartes hizo su célebre meditación, y eso no más ocurrió ayer, dada la inmensidad de tiempo que el hombre ha invertido en la tarea cognoscitiva. La situación por la cual ha pasado la historia, y por la cual pasa todavía, es común a todas las ciencias durante el período de formación. La conciencia de seguridad generalizada solamente se ofrece cuando se acumulan y confirman logros apreciables, lo que con la historia comienza a darse a partir del siglo XIX.

La historia es mucho más compleja que las otras ciencias. Comparado con el ser histórico, el mundo de los fenómenos naturales es simple, y la regularidad ineluctable que lo informa es un importante aspecto de esa simplicidad. Fuerzas cósmicas, biológicas y humanas inciden sobre el ser histórico y lo oprimen sin destruir su esfera de creación. La más difícil de las ciencias, hecha sobre asunto tan complejo, debe venir al final de la serie de ciencias organizadas de modo sucesivo, para aprovechar experiencias y aportes obtenidos de precedentes indagaciones.

No se hace ciencia de lo singular, se repitió desde Aristóteles, presentando el argumento de fondo contra la jerarquía científica de la historia. Otro argumento se basa en que el saber histórico no puede tener validez universal porque procede de juicios de hombres, que trasladan a esa teoría sus pasiones, intereses, partidismos y en general prejuicios e ideologías, con lo que no se hace historia —la ciencia es una— sino *historias*, tantas cuantos historiadores.

Los que argumentan que no hay ciencia de lo particular están en lo cierto si por ciencia entienden el saber que se obtiene sobre el patrón de las ciencias naturales de base matemática, como las dejó establecidas Galileo. De este tipo no es el saber histórico.

¿Pero por qué reducir a ese molde todo el saber con rango científico? ¿Acaso el saber natural coincide con las cosas tal como son en su sustancia, su nómeno? Acaso no solamente coincide con las cosas tal como aparecen? ¿Recoge la física el mundo tal como es o actúa por medio de conceptos libremente inventados, como sostiene Einstein?

¿Pertencen las leyes naturales a las cosas, o expresan relaciones que crea la mente que conoce? ¿Es que al conocer, según demostración de Kant, no hay un *a priori* que pone el sujeto y que no deriva de la cosa conocida? ¿No nos movemos dentro de grandes limitaciones, y la misma matemática, exacta en abstracto, no deviene en la mensura del mundo una aproximación estadística (escuela neopositivista de Viena)? ¿No es concebible una nueva física, más completa que la actual, que desecha por inexplicable el movimiento continuo en el cosmos? ¿Por qué, pues, exigir a las ciencias del hombre lo que de modo muy limitado tienen las ciencias de la naturaleza?

Además hay otras ciencias que tienen distintas características. La psicología, fuera de las sensaciones, las reacciones y otros aspectos muy limitados, parece escapar a la mensura. Las matemáticas son deducciones a partir de postulados y no tienen leyes en el sentido que las entienden los naturalistas. Pero son ciencias. La zoología y la botánica clasifican según complejidad creciente de caracteres y con la pretensión de reconstruir el “plan de la naturaleza” en el desarrollo y creación de las especies, que pudo haber tenido algún sentido antes, pero que hoy carece de él, porque las mutaciones destruyen cualquier plan, y las mutaciones producidas artificialmente con drogas e isótopos acaban por confundir esa pretensión. Pero son ciencias. La geología estudia sucesos irrepetibles, y se funda en huellas escasas y mudas, no permite la experimentación, pero es ciencia. La arqueología y la paleontología, ciencias no soñadas por Aristóteles, trabajan sobre hechos singulares e irrepetibles, pero son ciencias, y maravillosas ciencias. ¿Cuáles son las leyes de la geografía y los hechos repetidos, sobre que basa tales leyes? Pero es ciencia. Luego hay ciencias descriptivas, y de este tipo son la zoología, la botánica, la mineralogía, la geología, todas ellas parte de las ciencias naturales.

Fuera del debate sobre los alcances y la fundamentación del saber natural, resabio de la época en que la ciencia devino un dogma —el cientificismo— cabe preguntar por qué no puede existir otra clase de saber de certeza equiparable al del saber natural, aunque sobre otras bases. Si se arguyese que fuera de lo que es general y constante, de lo natural, se ensayan muchas teorías y opiniones encontradas, todas con la pretensión de verdaderas, es oportuno recordar que el saber de las ciencias naturales tuvo una trabajosa elaboración. Por falta de conocimientos históricos se ignoran los antecedentes de la grandiosa concepción científica moderna y se olvida de cuando la astronomía era astrología y la química, alquimia. Que el saber natural está muy avanzado es argumento de otro jaez y diferente objetivo. El mayor o menor desarrollo de las diversas ciencias, la mayor o menor extensión de problemas por resolver, no quitan la calidad científica; basta que ésta exista, aunque el núcleo de los resultados sea todavía pequeño. Bastaría ofrecer ejemplos de períodos históricos reconstruidos meticolosamente e interpretados con rigor e imparcialidad, para demostrar que el saber histórico es posible, aunque falte trabajar sobre extensos períodos y a otros les falte envejecer para que puedan ser materia apropiada del saber histórico. Hay períodos muy bien estudiados, los hay presentados como grandes y armónicos edificios, tales como el Renacimiento, la Ilustración, la antigüedad romana. Leed esos trabajos antes de negar a la historia jerarquía científica. Leed a Mommsen, a Burckart, a Alfredo Weber. Estos libros tienen más contenido científico que los opúsculos que escribían los fundadores de la biología hace dos siglos.

Nadie que sostenga la categoría científica de la historia, puede defenderla dentro del concepto aristotélico de ciencia, que ha venido repitiéndose hasta hoy. En efecto, al elaborar Aristóteles el concepto de ciencia, se basó en el estado de las investigacio-

nes metódicas de su tiempo, aquellas que habían salido de la categoría del saber vulgar. No inventó Aristóteles el concepto de la ciencia, sino que lo indujo del estado de las investigaciones, como no es la gramática la que hace el lenguaje, sino éste el que hace aquélla.

Después de dos mil años de pensamiento, es del caso replantear el concepto de la ciencia, tomando en cuenta los campos de actividad intelectual que han superado la categoría del saber vulgar. No es la primera vez que se exige replantear un concepto.

No hay razón para que el tipo de saber que primero se constituyó y que ha avanzado más, sirva para cerrar el paso a otras formas de saber, que si vienen detrás, completan el panorama global de la investigación, con lo cual se consigue una perspectiva más diáfana y nítida de todos los conocimientos, se satisface la demoníaca tentación de conocer y se obedece al implacable llamado de la unidad. Las llamadas "leyes", cuyo verdadero alcance queda lejos del sentido mítico y fetichista que se les dio a partir del positivismo, no son esenciales para la constitución de una ciencia, aunque lo son para algunas de las ciencias naturales.

Lo que constituye las ciencias en general es lo siguiente: a) indagación metódica; b) saber sistemático, organizado por principios generales, clasificaciones, relaciones y jerarquías.

La historia reúne los mencionados elementos. Así nos liberamos, en esta materia, de la tiranía inintencional del pensamiento griego, representado las más de las veces por Aristóteles.

Cuando Kant hizo el estudio de los fundamentos gnoseológicos de las matemáticas y de las ciencias naturales, ya estas ciencias estaban constituidas. Con buenos ejemplos de ciencia histórica, Dilthey dedicó su vida a la indagación de los fundamentos gnoseológicos de la historia. Cualquiera que fuere el resultado de ese estudio, nada va en mengua de la ciencia histórica, que es anterior a ella, como anteriores a la investigación kantiana fueron la física y las matemáticas.

En sus setenta años, con emoción desusada en sus escritos contenidos, concisos y difíciles, Dilthey escribió: "Cuando llegué a Berlín, allá por el año cincuenta del pasado siglo (escribió esto en 1903) —¡cuánto tiempo hace de esto y qué pocos los que lo han vivido!— se hallaba en su cenit el gran movimiento en el cual se ha realizado la constitución definitiva de la ciencia histórica, y por medio de ella, de las ciencias del espíritu. El siglo XVIII, con una cooperación sin igual de las naciones civilizadas de entonces, creó la ciencia matemática de la naturaleza; la constitución de la ciencia histórica ha partido de los alemanes —aquí en Berlín tenía su centro— y me cupo la suerte inapreciable de vivir y estudiar en Berlín por esa época. Y si me pregunto cuál fue su punto de partida, lo encuentro en las grandes objetividades engendradas por el proceso histórico, los nexos finales de la cultura, las naciones, la humanidad misma, la evolución en que se desenvuelve su vida según la ley interna; cómo actúan luego, como fuerzas orgánicas y surge la historia en las luchas de poder de los estados. De aquí salen infinitas consecuencias. De una manera abreviada quisiera designarlas como *conciencia histórica*"⁽³⁾.

Contra la posibilidad de la ciencia histórica se esgrime el argumento fundado en las limitaciones de la naturaleza humana y en la tendencia a proyectar la subjetividad en toda tarea de conocimiento.

(3) Introducción a las Ciencias del Espíritu, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, págs. 1 y 2.

Si tratándose de un hecho que acaba de ocurrir, de inmediato surgen versiones diferentes e interpretaciones opuestas, aun concediendo buena fe a los espectadores y a los protagonistas, ¿cómo sería posible reconstruir hechos pasados, cuya prueba tendría un irredimible pecado de origen? Los estudios hechos sobre testimonios, que se publican en los libros de sicología forense, darían una prueba científica a esta opinión. Recuérdese el célebre caso de los relatos que los alumnos universitarios reunidos en un salón de clase, hicieron sobre la aparición inesperada de un personaje *ad hoc*. Y eso que eran de bastante nivel intelectual y que se trataba de algo en que no tenían ningún interés. Los relatos, en el caso apuntado, fueron de lo más vario. ¿Qué pasaría cuando hay interés, pasión, mala fe, rencor y venganza, sutiles y prolongadas, sobre la reputación, el nombre, los acontecimientos políticos, las escuelas en pugna, la autojustificación? Los escépticos tienen, pues, un asidero que no puede combatirse ignorándolo, ni oponiéndole una fe en que la historia es ciencia, derivada de que esto nos lo han repetido y nos lo repetimos hasta que nos ha convencido. La indagación, en este caso filosófica, estudia y reparte las jerarquías científicas, y debe aplicarse para determinar cómo quedan los reportes *gnoseológicos* después de afinar la crítica sobre ellos.

Dice Jorge Simmel: "Se puede afirmar que un cronista rara vez relata el desarrollo de un suceso al que asistió, tal como lo vio. Lo confirman todos los testimonios, todas las crónicas sobre disturbios callejeros. Con la mejor intención de ser veraz, el narrador añade a lo sucedido detalles que completan el hecho con el sentido que atribuye a lo que realmente ha ocurrido, y también el que lo oye, según la medida de su propia experiencia y de la fantasía que la determina, siempre verá más en su espíritu que lo que en rigor se le dice".

Sobre la experimentación en los testimonios, a que hemos aludido, cabe advertir que toda la variación posible de los testigos se produjo en los detalles, pero que todos coincidieron en la aparición súbita de un personaje extrañamente ataviado. Cabe, pues, depurando las fuentes, obtener lo sustancial de los testimonios. El historiador está en mejor posición que los protagonistas, porque tiene varias fuentes disponibles, sin que esto signifique aceptar la opinión del historiador que dijo que el biógrafo conoce al biografiado mejor de lo que éste se conoció en vida, porque el biógrafo no tiene llaves mágicas que le puedan llevar tan lejos. La biografía es el género más difícil.

El dato inmediato que poseemos es el de nuestro yo; conocemos el *alter* por manifestaciones externas cuyo sentido inferimos por comparación con nuestro yo. Atribuimos al *alter* las mismas funciones síquicas del yo, y por eso de sus manifestaciones externas inferimos su siquismo. Esta inferencia está sujeta, en los detalles, a todas las causas de error que inciden en las tareas de conocimiento. Dice Simmel: "Siempre seguirá siendo una hipótesis el hecho de que la vida anímica de los demás hombres, en la medida en que está enlazada a sus expresiones visibles, corresponde a la propia; y esta hipótesis es, por su función, un *a priori* de toda relación cognoscitiva y práctica entre un sujeto y otros sujetos"⁽⁴⁾. Ideas generales, prejuicios, supuestos, etc., completan la apreciación de los hechos, o mejor dicho, influyen en el modo de apreciarlos.

Una determinada manifestación externa puede obedecer a varias motivaciones. Recordemos el trillado caso que se presenta en la ética respecto de la limosna, y las inferencias sobre los motivos de tal acto, que pueden consistir en ostentación, en hacer buena cara o en cumplir con un deber. El acto externo que nos consta —dar limosna— puede provenir por igual de varias motivaciones. Si el actor nos dice el motivo,

(4) Problemas de Filosofía de la Historia, Editorial Nova, Buenos Aires, 1950, p. 20.

no estamos seguros de que su dicho corresponda a la realidad. Trataríamos de confirmarlo estudiando su personalidad, sus antecedentes, sus finalidades, etc. En el derecho se da el caso, *mutatis mutandis*, de la distancia entre lo que se expresa —el texto legal— y lo que realmente se quiere decir y conseguir —la finalidad y el espíritu de la ley.

Por otra parte, las reacciones ante los estímulos difieren según las personas. Así, el recibir un beneficio puede provocar agradecimiento, acercamiento, afinidad; pero puede agudizar odios y resentimientos. Es célebre el caso del caballero de Rávena que logró reunir en su casa a sus enemigos y pudiendo matarlos los colmó de regalos y los dejó partir. Pronto se volvieron airados contra el tal caballero, ya que se sintieron humillados por el espléndido trato. El psicoanálisis estudia los efectos de un beneficio en la sique individual según los distintos trasfondos anímicos. Agudamente Turguenev, en un breve cuento, relató que la Gratitude y la Caridad se conocieron en el cielo, durante una fiesta destinada a presentarlas. Hay ciertas cargas en el inconciente que hacen que la respuesta negativa a la acción positiva sea necesaria dentro de determinado siquismo individual. De ahí cierta forma de pesimismo que se advierte en algunos freudianos, y en general en no pocos psicoanalistas.

Las aludidas dificultades convierten en gran problema la indagación de las finalidades de la conducta. Autores hay, como Meyer, que creen que debemos mantenernos en la esfera de los hechos externos. Pone dicho autor como ejemplo que nunca se podrá determinar si Federico el Grande buscó la guerra de los siete años para engrandecer a Prusia o para defenderse preventivamente. No siempre se encuentran tan difíciles dilemas, pero en general si en alguna parte de su tarea el historiador debe ser cauto, mesurado y parsimonioso es en la fijación de las posibles motivaciones de los actos externos. No se puede hacer renuncia radical a esta clase de investigaciones; es cosa de intentarlas y de decidir en cada caso según los elementos de juicio disponibles, tratando en lo posible de recrear las circunstancias de los acontecimientos.

De lo dicho resulta que hay tres clases de autores: los que niegan que la historia sea una ciencia; los que le reconocen limitadamente ese carácter, y los que la consideran una ciencia de nuevo cuño.

La historia como arte. Entre los que no dudan de que sea posible depurar las fuentes, a base de crítica, pero que niegan a la historia el carácter de ciencia, figura Benedetto Croce, quien dice: “La ciencia, desde Aristóteles o Sócrates, no ha dejado de tener por objeto lo universal, lo necesario, lo esencial. Ahora bien, la historia se ocupa de lo individual, lo empírico, lo que aparece y desaparece en el tiempo y en el espacio. La historia es, por tanto, *conocimiento*, pero no *ciencia*. (B. Croce, *Etudes relatives à la théorie de l'Histoire en Italie*). Para Croce la historia forma parte del arte, pero no del arte entendido en el sentido corriente. Para él, la estética es la lógica de la intuición. No se trata de despojar los hechos de su individualidad, sino “de aclarar esos hechos conservándoles su carácter propio”. Sigue pesando la sentencia aristotélica: “no cabe ciencia de lo particular”.

Sin embargo, Croce entiende la tesis del Estagirita de modo muy particular, y su argumentación viene a probar en definitiva que puede hacerse ciencia de lo particular.

En efecto, Croce demuestra que de lo individual puede inclusive derivarse una posición racionalista. Argumentando contra la conocida división de los juicios en individuales y universales, juzga que lo individual expresa lo universal, de modo que el caso concreto cumple y demuestra la ley general. Lo individual es, pues, susceptible

de racionalizarse y así se incorpora a lo universal intelectualizado, desbordando el viejo racionalismo, o ampliándolo para incorporarle las singularidades que le eran indiferentes o le ponían obstáculo a sus conclusiones, y que inclusive habían dado origen a la teoría platónica de los dos mundos. De modo que para Croce trabajar con individualidades no es obstáculo para la tarea sistemática de conocimiento, que depende de la forma de manejar y entender el material disponible.

El mismo autor hace crítica de la división de los juicios en juicios de hecho y juicios de razón. Un racionalista a la usanza platónica podría afirmar que los juicios de hecho reflejan de modo aproximado la verdad de los arquetipos; pero Croce subsume los hechos en la razón, como modos de realizar las reglas racionales y les confiere autenticidad como datos comprobatorios de las reglas. Todo deviene necesariamente racional y general, ya que los casos individuales que contrarían la regla sólo revelarían que ésta está mal enunciada, porque ningún hecho se le podría escapar. Croce, pues, sigue a Hegel, pero más ceñido a los hechos. Hegel combina los hechos y los conceptos sobre los hechos con gran liberalidad, y les oprime y aun a veces deforma para preservar las reglas que previamente ha precisado su genial intelecto.

La tesis de Croce refuerza la argumentación que tiende a demostrar que puede hacerse ciencia de lo particular. Si las singularidades se consideran de modo confuso, abigarrado y sin articulación, no se construye ciencia; pero de sus relaciones, implicaciones y organización se obtiene ciencia, y ciencia de buena ley. Croce mismo trae argumentos para rebatir el fundamento de su tesis ya anotada de que la historia es conocimiento, pero no ciencia. El punto decisivo reside en la idea que se tenga de la ciencia; y si el patrón lo dan las ciencias naturales la historia no es ciencia.

Los hechos tienen su propia razón; no la razón lógica, que se aplica en las matemáticas, sino la razón histórica, fáctica, que trabaja con antecedentes cualitativa y cuantitativamente capaces de condicionar los cauces para que el hombre, el gran protagonista, use de su estimativa y de sus facultades de prever, planear y decidir. La historia es pasado; pero los hechos ocurren en un presente huidizo que apenas actualizado deja de existir, y que acrece el pasado, aunque no de inmediato el pasado histórico, que es más lejano que el pasado síquico y el pasado objeto del debate ideológico. Para aprehender ese vértigo de un presente que se escapa nos valemus de medidas que señalan límites a lo que en la realidad no los tiene precisos. Pero la acción no se hace hacia atrás; se hace hacia adelante, y a ese efecto aun los instantes próximos son todavía futuro. El presente en su pureza es una instantaneidad, una sucesión de pequeños instantes que en cuanto son dejan de ser. Por eso vivimos muriendo, como dijo el poeta. El próximo presente es futuro todavía, y cualquier contingencia nos puede enfrentar a él, inclusive un derrame cerebral. Futuro y pasado no son categorías reales, sino mentales. Por eso nuestra vida inserta en un presente vertiginoso, de autenticidad incontestable, pero escurridiza, es tan dramática, y se desenvuelve entre la añoranza del pasado y el ansia de lo futuro, ya que vivir el presente casi no es vivir. Pero la historia trabaja con la categoría mental *pasado*; pero para la historia como ciencia posible no todo pasado es objeto suyo, sino aquel pasado con la característica de relativo alejamiento. A ese efecto, el pasado, cuanto más pasado, constituye más apropiada materia de la historia.

El arte es uno de los modos de penetrar el mundo, tan auténtico como el científico, pero distinto de éste. El intelecto no es el medio exclusivo de comprender. Por medio del intelecto, objeto y sujeto quedan separados, y si bien algunos existencialistas señalan la vida humana como campo de identificación de los dos eternos polos del

conocer, para todos los procesos de conocimiento propiamente dichos permanecen sujeto y objeto en su posición bipolar. Por medio del arte se penetran y funden sujeto y objeto. La pretendida superación de la dualidad sujeto-objeto, que el existencialismo señala en la vida, en la vida como continente de todo lo demás, no anula los elementos integrantes de esa vida, sujeto y contorno, en mutua relación pero con su propia sustancia. La forma de superar esa dualidad no está en el intelecto; está en el arte. Por eso la forma artística no coincide del todo con la forma intelectual. El artista penetra entero en su contorno, y el contorno penetra en él, pero no como en la tarea intelectual, sino por medio de la identificación total. Por eso el mejor modo de comprender la obra de arte es revivir su formación. Por el arte se columbra la identificación de los más variados elementos del mundo, y queda la razón como uno de los medios, pero no el único, de tomar contacto con ese mundo. A veces el arte hace un mensaje de mayor intimidad y grandeza, porque aproxima lo que el intelecto mantiene distante. Responde a la gran fuerza atractiva que discurre en el mundo —eros para los griegos, fuerza centrípeta para los físicos, libido en la psicología, concordia, fraternidad o solidaridad en las sociedades—. La expresión de esa gran fuerza es el arte. Las fuerzas centrífugas, repelentes o desintegradoras hallan su contrapartida en las fuerzas de acercamiento y unión. Por eso el arte es una forma del eros griego, inserta en las grandes líneas de cohesión del universo.

El arte es notable actividad, pero desde luego la historia no le pertenece. La historia es tarea intelectual, que mantiene la posición bipolar del sujeto y del objeto.

Historia como literatura. Otros autores hacen de la historia literatura o moral.

Durante años la historia no pasó de ser un género literario. En los manuales de preceptiva aparece este género en la didáctica. Es normal que no hallando demostrada la categoría científica de la historia, se le considere género literario. En los manuales literarios se habla del método histórico y de las cualidades del historiador, pero al señalarse éstas, más que las cualidades literarias se señalan las propias del científico: sentido crítico, fidelidad, imparcialidad e independencia. En algunos libros, aunque se le reconoce la calidad de ciencia, se dice que “es a la vez ciencia y arte, porque sin perder su contacto con las disciplinas que la auxilian y sin detrimento de su contenido filosófico, admite la acción de la fantasía, en forma de imaginación reproductora, prodiga temas al artista y revela el pasado con la belleza con que podría hacerlo un poeta”⁽⁵⁾.

Desde el punto de vista literario, el historiador debe, sin mengua del rigor científico, escribir con elegancia y casticismo, pero esta obligación de manejar el lenguaje para expresar mejor los pensamientos y no “dar el pan con malos modos”, como dijo Rodó, es común a la parte expositiva de toda ciencia. No hay propiamente un estilo histórico, sino que en este caso como en cualquier otro, el estilo es el hombre. Al tratar un tema científico, cabe la expresión elegante, cuidando de no sacrificar la exactitud a la belleza y de no abusar de hipérbolos y símiles que no se ajusten en buena medida a los hechos. Castelar en su *Historia de la civilización durante los cinco primeros siglos del cristianismo*, conjunto de bellísimos discursos que pronunció en el Ateneo de Madrid, presentó la historia acuchillada por figuras literarias, lo cual no se debió a falta de conocimiento —fue competente profesor de historia en su juventud—, sino al estímulo de su elocuencia, que se dejaba arrastrar como torrente por la fértil imaginación, y la búsqueda de figuras efectistas, en esa época en la que el bien decir se

(5) Enrique Muñoz Meany, *Preceptiva literaria*, p. 226, Guatemala.

lucía a través de imágenes, adjetivos y figuras literarias. Por eso preguntado don Benito Pérez Galdós por qué no aplaudía a aquel prodigio de la palabra cuando casi se derrumbaba el edificio a causa de las delirantes ovaciones, respondió apretando todavía más las manos entre las amplias bolsas de su gabán, que hacía grandes esfuerzos para no aplaudir a aquel asesino de la historia. Los estilos de Michelet y Lamartine, tan justamente celebrados, son muy de ellos. Y la severa y sobria expresión de Ranke, en la cual cada palabra tiene un sitio medido, no va en demérito de su obra, una de las que inicia el moderno período de la historia como ciencia.

La historia en sí misma, no es literatura, o mejor dicho tiene tanto de literatura como cualquier otro saber, que debe ser presentado en buena forma, con vestiduras limpias y decentes. Para los tiempos presentes el barroco recargado no es la mejor forma; por el contrario la expresión ática, sobria, directa, se adapta mejor al saber científico de cualquier tipo. La gracia y la belleza no están en el lujo y la ostentación, sino en las expresiones sencillas, diáfanas y coherentes.

Hay autores que han hecho primar en la historia el arte de contar y el motivo para lucir destrezas retóricas, que halla sus mejores modelos en arengas, paralelos, retratos y descripciones. Autores como el Abate Mably dan preponderancia al arte de contar, al que subordina los demás aspectos de la historia, y si bien pasan de la política a la civilización, lo hacen para ampliar la lista de temas donde pueden lucir mejor el arte narrativo (Abate Mably, *El arte de escribir la historia*, París, 1783).

Historia como moral. La historia no tiene el propósito deliberado de ayudar a la realización de la moral. La moral está encargada de la formación de las conciencias, debe velar por la aplicación de sus preceptos, y le es lícito presentar ejemplos históricos y rescatar hechos que para la historia como ciencia carezcan de interés. La historia no es una ciencia que busca el perfeccionamiento de la humanidad, aunque puede dar materiales para servir ese objetivo. Es ciencia de hechos, y como tal también estudia cuestiones morales y costumbres. Trata también de moral, porque ninguna parte del espíritu objetivo le es ajena. Su papel no es el de distribuir las almas entre Paraíso, Infierno y Purgatorio, como se lo impuso Dante a amigos, enemigos y conocidos y en su gran poema cosmológico y político. Esa es cosa de moralistas o de políticos, en este último caso para llevar agua al molino de la propaganda y el proselitismo. La historia se hace para reconstruir explicando, para hallar las motivaciones —racionales o extrarracionales— de los acontecimientos, por medio de una lógica distinta a la de la razón abstracta. Los hechos relevantes le pertenecen, sin apartar los malos o desagradables. Bolingbroke (*Cartas sobre el estudio y los usos de la historia*, 1735), con sentido de moralista, separó del material histórico los hechos malos o desagradables.

Indagando entre las causas de los acontecimientos, se puede hallar las motivaciones y en general los factores de índole moral. Así, Tácito, bajo grandes lineamientos morales, escribió su famosa *Historia de Roma*.

De la historia se sacan magníficas y valiosísimas enseñanzas, aunque su fin no sea normativo ni didáctico. Ayuda a la formación humana, como ayudan otras disciplinas, y aun tal vez más que las otras. Cicerón estuvo en lo cierto al apuntar su célebre *historia magister vitae*. Grandes libros como las *Vidas Paralelas*, de Plutarco, han servido para la formación de caracteres. Esta utilidad es muy apreciable. Pero no se escribe ciencia histórica para formar caracteres, sino para averiguar, reconstruir e interpretar el pasado, como no se hace matemática para disciplinar el pensamiento, aun cuando la matemática tiene indiscutible papel en este sentido.

Historia y moral se abrazan en las grandes síntesis, pero conservan sus dominios y sus objetivos propios.

4.—*Ciencia de la historia y filosofía de la historia*

Es conveniente deslindar estos dos campos de la teoría histórica, tan estrechamente enlazados como la ciencia y la filosofía.

La ciencia histórica no puede ser una narración de hechos relevantes, así como otras ciencias, por ejemplo las naturales, tampoco se hacen sobre observación, experimentación y catalogación de fenómenos dispersos y desconectados. Sobre los fenómenos opera el intelecto, que busca relaciones, y por tanto, *interpreta* y *organiza*. La más positivista de las posiciones en las ciencias naturales no puede prescindir de este trabajo intelectual. Si las ciencias naturales operan así, no hay razón para que la historia se contente con un catálogo, cronológico o lógico, de los sucesos relevantes. La historia recolecta, selecciona, interpreta y organiza los sucesos relevantes, cuidando de apuntar los márgenes de desajuste que invariablemente juegan entre ellos y los objetivos sociales bajo cuya consecución se realizaron éstos. En esta operación va diluyéndose la frontera entre ciencia y filosofía de la historia. El catálogo cronológico, lógico u orgánico de los sucesos, tiene gran importancia y constituye la historia descriptiva, que prepara el material que será el contenido de la ciencia histórica. Pueden señalarse, pues, las siguientes disciplinas de la teoría histórica: la historia descriptiva, la ciencia histórica y la filosofía de la historia.

La ciencia surge de hechos; pero no se identifica con ellos. No es algo *natural*; es *cultural*, fruto de la labor del espíritu, inclusive tratándose de las ciencias de la naturaleza. El sentido de la historia surge de acontecimientos adecuadamente interpretados, y tal sentido permite reconocer la permanente influencia de ideas y valores espirituales, que debemos *descubrir*, pero no *inventar* o *presuponer*. Esto último no excluye las hipótesis de trabajo, muy generales, que si bien se usan por el método deductivo, se formulan a base de inducción.

La filosofía de la historia trabaja con el pasado, como la ciencia histórica, pero se lanza al futuro, pues intenta predecir, ya que busca la interpretación radical, general y última de los albores de las sociedades al presente y al porvenir. La filosofía de la historia ha abarcado generalmente al hombre en general, pero es compatible con su aplicación a determinadas esferas de cultura.

Hay distancia entre ciencia histórica y filosofía de la historia en cuanto al grado de generalidad. Su posición respectiva se parangona con la de las ciencias y las filosofías particulares. Se trata de diferencias de generalidad de los asuntos, pero también de método, porque la filosofía de la historia, como la filosofía general, si bien no puede contrariar la ciencia, trabaja en forma especulativa, principalmente por medio de la razón. Los hechos están más cercanos y en posición más concreta en la indagación científica, que por lo tanto es más ceñida aun cuando indague los desajustes entre aquéllos y los propósitos ideales. La filosofía de la historia hace esquemas mucho más generales, y es natural que los hechos le queden a mayor distancia. Por otra parte, la ciencia histórica trata de comprender e interpretar, y la filosofía de la historia trata, además, de justificar.

El saber sistematizado fue primero filosofía, unidad cerrada; después se desglosaron las investigaciones particulares. Primero se dio el saber histórico como unidad y

totalidad. El libro de historia más antiguo de la cultura griega, debido a Herodoto, hacía historia descriptiva, ciencia histórica y filosofía de la historia. Los buenos libros antiguos, o son barruntos de ciencia histórica, o son memorias de hechos para posterior elaboración, o van mezclados con la filosofía de la historia.

Hacer filosofía de la historia no es un azar. No puede iniciarse en cualquier parte ni en cualquier tiempo, sino reunidas ciertas condiciones. Advirtamos que lo dicho no significa que dadas las condiciones, deba nacer como algo forzoso, porque bien pueden esas condiciones aprovecharse o desperdiciarse, comenzar dos, tres o más oportunidades después, ya que sin hombres que tengan aptitudes creadoras, las condiciones no operan por sí solas.

La plenitud de la conciencia histórica es tardía, más tardía que la conciencia moral. La conciencia religiosa arriba primero y por doquier revela universalidad y se convierte en decisivo trasfondo de todas las culturas. La conciencia moral va surgiendo como aplicación de la conciencia religiosa y obtiene valor propio cuando es objeto de reflexión —conciencia de conciencia—. No es todavía conciencia moral el saber que ciertos actos están prohibidos y otros permitidos. La conciencia moral, con sentido de teoría nació en Persia, mezclada con la religión de Zoroastro, pero se pulió en Grecia a la luz del logos.

La conciencia histórica, autognosis de sentido general sobre el acontecer humano, se dio en forma tímida y más bien como antecedente en la Antigüedad, que si bien dejó memoria escrita de muchos hechos y abordó la ciencia histórica y la filosofía de la historia, no desarrolló una verdadera conciencia histórica. Aristóteles y Platón escribieron sobre casi todos los asuntos pero el tratamiento de la historia fue escaso y marginal. Si a veces le trataron de soslayo, lo hicieron sin interés ni estimación. La historia no quedó integrada en la filosofía. Fuera de Herodoto, Polibio y algunos más, los autores antiguos presentaron los hechos en forma empírica y evadieron las explicaciones unitarias. La Vida de los doce Césares de Suetonio, aun cuando siga a una escuela en cuanto al desempeño, es una exposición fría, desarticulada y desprovista de correlaciones y sentido general. Otras obras son muy superiores, y barruntan futuras explicaciones, pero en general faltaron el interés y la continuidad de desarrollo. Más que la idea de Herodoto de las leyes en la historia, parece que prevaleció la tesis aristotélica de que no puede haber ciencia de lo singular, y por lo tanto que la historia es recolección y rescate de hechos memorables o material de formación moral.

Los griegos nos legaron la filosofía sistemática —la asistemática es de todas partes y coincide con las primeras reflexiones que aplican la razón a los problemas del mundo; los romanos dejaron un derecho, que fue fruto de continuas reelaboraciones a base de experiencias, bajo el ritmo del desarrollo nacional y el signo de la razón; pero ningún pueblo antes del advenimiento del cristianismo dejó una filosofía de la historia, bien constituida, excepto barruntos griegos como los de Herodoto. Cuando se descubrió la gran continuidad entre el presente y el pasado y las vinculaciones y dependencia entre pueblos, bajo el acoso de graves problemas espirituales, o sea, crisis de conciencia, nació la filosofía de la historia. Nació la filosofía de la historia durante el gran conflicto entre cristianos y paganos por la supremacía espiritual durante los primeros siglos del cristianismo.

Es oportuno hacer reseña de los antecedentes que de esta materia se encuentran en el pensamiento antiguo. De entonces data la idea de un estado primitivo de felicidad, la edad de oro de que nos habla Cervantes, idea que parece haberse difundido

mucho y que lleva implícita una sobrevaloración del pasado y una desvalorización del presente, que se hace sentir en la creencia popular de que todo pasado fue mejor. Se trata de un criterio pesimista que desvaloriza la época propia. Rousseau retomó esa idea de decadencia histórica en su famosa división del estado de naturaleza y del estado de sociedad —aquél del hombre bueno, éste del hombre sumido en los males—. El cristianismo también partió del primitivo estado de felicidad sustituido por la época de dolor y sudor —el paraíso o estado primitivo perfecto, y la historia, pecado, debilidad y decadencia. La división de los tiempos en cuatro edades, simbolizadas por metales, oro, plata, bronce y hierro apareció en Ovidio y en Herodoto.

Séneca, en la Carta número XC, *Elogio de la filosofía*, describe la Edad de Oro, con palabras que tienen analogía con el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau, y que destacan los frutos apetitosos de la tierra, la paz y la ausencia de las artes⁽⁶⁾. Esta dichosa Edad parece coincidir con la época en que el hombre vivía de la recolección de frutos, de la caza y de la pesca. Los azares de esas explotaciones, la lucha contra las fieras, entre las que figuraban el mamut y el mastodonte, las enfermedades, la falta de instrumentos permiten afirmar que esa dicha ha existido solamente en las cabezas de los afortunados escritores que pudieron soñar.

Oponiéndose a esa Edad de Oro y coincidiendo con lo que en seguida se ha establecido sobre la vida primitiva, que era durísima e incierta, los epicúreos describieron la vida de los primeros tiempos semejante a la de las fieras. Contra la tesis de la decadencia los epicúreos presentan una tesis de progreso.

Herodoto y Tucídides barruntan explicaciones de gran fondo sobre los hechos que relatan. Tucídides pretende descubrir causas mecánicas. Aristóteles enuncia la ley de que cada cosa termina por corromperse, para el caso cualquier forma de gobierno, y que por entonces lleva el germen de una nueva forma. Con estos estudios se generalizó en Grecia el siguiente problema: si Pericles hizo grande a Atenas, o si Atenas hizo grande a Pericles. Así queda planteado el difícil problema del papel de las individualidades poderosas en la historia.

Pero en general los griegos estuvieron lejos de examinar la rica problemática de que hicieron gala en la filosofía. Los conflictos espirituales no fueron suficientemente agudos; y su cultura, directamente engarzada en la cultura minoica, con pocas fuentes conservadas antes del siglo VI, era demasiado joven para presentir el peso del tiempo. El espíritu griego, el de la época de la expansión cultural por medio de Roma, al chocar con el cristianismo en la disputa por el predominio del mundo antiguo, dio origen a las meditaciones más antiguas de auténtica filosofía de la historia, cuyo primer representante fue San Agustín.

Tácito hace una narración desde el punto de vista moral. Florus enuncia la idea de la correspondencia de la historia con las edades de la vida de un individuo, que ha tenido gran fortuna inclusive ahora: infancia, pubertad, adolescencia, juventud, madurez, vejez. Varro lanzó la tesis del desplazamiento de la civilización siempre hacia el oeste, que tanto ha servido para discursos y se ha convertido en lugar común, a cuyo conjuro algunos americanos afirman, casi sin aliento por el entusiasmo, que al cuidado de tan interesante ley puede dejarse el destino de los pueblos iberoamericanos.

En los tiempos modernos el autor que imprimió nuevo empuje a la filosofía de

(6) Lucio Anneo Séneca, *Obras Completas*, págs. 645-656, Aguilar, Madrid.

la historia fue Voltaire con su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, 1756.

Al decir teoría de la historia, sin otro calificativo, y a menos que del texto se deduzca otra significación, se entenderá tanto ciencia como filosofía de la historia, y al decir historia, a secas, se querrá significar, fuera de la excepción indicada, historia descriptiva, ciencia histórica y filosofía de la historia.

5.—*Conclusiones que ofrece la historia*

En cuanto ciencia la historia ofrece conclusiones equiparables a las de otras materias de la misma jerarquía y sujetas a las mismas vicisitudes, o sea, a arduos trabajos, causalidades y errores, y a través de lentas acumulaciones. La ciencia de nuestros días, de tanto prestigio que hace olvidar sus difíciles orígenes, es un producto del esfuerzo humano, desarrollado dentro del dramatismo de la vida, y por tanto uno de los modos de vivir, de realizarse el ser histórico.

Sabido es el debate librado sobre la adecuación de la ciencia a la realidad. Con la historia pasa cosa semejante, sin un punto más y sin un punto menos. La verdad no es un valor en sí, sino una relación comparativa entre los fenómenos y el pensamiento, estimada por algunos exacta y por otros provisional o útil para la acción vital. Los del primer grupo no sostendrían que lo que dice la ciencia aceptada en determinado momento es definitivamente cierto; pero sí que los logros definitivos van acumulándose. Esta concepción ha sido la que ha dado prestigio a la ciencia, ya que el pragmatismo, con su provisionalidad y utilidad, no desencadena los mismos sentimientos de adhesión. Los relativistas sostienen que la pretendida solidez de la ciencia es mera apariencia, pues la verdad es una forma de vida, que cambia y se sustituye por otra verdad cuando la anterior ya no sirve a las necesidades de la vida. El pragmatismo es una de las muchas formas de relativismo. La verdad para estos pensadores es un juicio accidental, su búsqueda es consecuencia de la presión de las necesidades, y su hallazgo uno de los recursos para satisfacer tales necesidades, de modo que deviene instrumental. Los que así piensan de toda ciencia, naturalmente en la misma forma enfocan la historia, pero su actitud en cuanto sea consecuente en todas las esferas del saber, no da lugar a contradicciones, ni a incoherencias. Es recomendable que al estudiar autores que sostienen el relativismo en la historia, no olvidemos que probablemente ellos sostienen tal teoría en todas las ciencias, aunque no son pocos los que reducen tal relativismo a la historia. Para argüir contra la validez estable y acumulativa de las conclusiones históricas, no serían adecuados los argumentos generales del relativismo, porque su natural impacto recae en todas las ciencias, y por lo tanto afecta lo que las ciencias tienen de común. En la forma de pragmatismo, aquella doctrina ha tenido importantes historiadores en los Estados Unidos, que como Turner y Bucher no dan argumentos para determinar si hay distintos tipos de conclusiones entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, sino que aplican a la historia el pragmatismo tan difundido en ese país, que encuentra todo saber como respuesta provisional a la necesidad de vivir. Dentro de esa línea, Bucher sostiene que el historiador no es un científico, sino un continuador de “los bardos, de los adivinos, de los sacerdotes, cuya misión ha sido desde tiempos remotos la conservación de mitos útiles”.

Entre los autores que sostienen la adecuación de las conclusiones científicas a la realidad, hay algunos que se empeñan en defender el valor definitivo de las verdades

de las matemáticas y de las ciencias naturales, pero que se lo niegan a la historia. Inclusive hay quienes admiten ese carácter para la psicología y la sociología. Si bien no todo libro de historia ofrece exposición y conclusiones científicas y algunos más bien son cantos heroicos, como los de los bardos, los hay rigurosos y de contenido comprobado, que independientemente de escuelas y tendencias, a través de sucesivas investigaciones, dan verdades de tanto valor como las otras ciencias. Ocurre en la historia lo mismo que ha ocurrido durante la formación de las ciencias particulares, que los autores se preocupan en demasía de la originalidad. Al madurar la historia, habrá mayor continuidad en las investigaciones, lo que es indispensable e impostergradable para el progreso de esta ciencia, con la consiguiente declinación de los pleitos de escuela, que son demasiado pequeños ante la grandiosidad del campo por explorar.

Al enjuiciar un libro de historia, si concurre honestidad intelectual, hay que ver si continúa con las pasiones, los intereses y las variadas y las menudas cosas que presiden el diario hacer humano, pues si bien todo esto contribuye a la movilidad y al colorido de la vida —gran significación tienen los pecados capitales—, la historia tiene como carácter *sine qua non* la objetividad.

Cuando pasan muchos años, se conocen los efectos de los actos, la beligerancia de los acontecimientos se ve sustituida por otros asuntos, en la carrera por metas y replanteamientos, y los hombres que se queman en sus sueños e inconformismos ya no despiertan odio ni adoración, sino que devienen objetos de estudio. Entonces es llegado el tiempo para hacer ciencia de la historia. Dijo Solón: "Para apreciar cualquier fenómeno hay que dirigir la atención a las circunstancias en que terminó. Dios le ha dado a mucha gente un atisbo de felicidad para luego destruirlos totalmente". Con el pasado sucede como con el amor, que mientras el antiguo ser amado provoca emoción o repulsa, no se ha extinguido; hasta que llega la indiferencia, ya no existe. Tomar partido por personajes o hechos del pasado, aun como antecedente de lo que hoy se defiende y anhela, puede ser muy útil y encomiable para la actual beligerancia de las ideologías, pero arruina la tarea de la historia científica. De darse el caso, he allí tal vez un polemista, a lo mejor brillante, un hombre que sabe aprovechar las enseñanzas de la historia, pero no un historiador. El peligro decrece a medida que los hechos van hundiéndose en el tiempo, a menos que ciertos factores que antes intervinieron, supervivan. Cuando los hechos, las ideas y los conflictos reposan y se sedimentan, la tarea se facilita, no solamente porque declinan los intereses ideológicos que aquéllos suscitaron, sino porque los efectos son perceptibles en la cadena de mutuas repercusiones, cosa que no puede hacerse para el presente y el pasado próximo a nosotros, a menos en plan de ideólogo militante, o de profeta o adivino.

Las cualidades subjetivas que debe poseer el historiador, unidas a la formación humanista, pueden con menores peligros permitir el estudio de fenómenos relativamente próximos. En cuanto a los que han participado en los acontecimientos o los han presenciado, sus escritos tienen el valor de testimonios o alegatos, y constituyen material para posteriores elaboraciones en los que la crítica interpretativa tiene que introducir su fino escalpelo.

Es de gran utilidad la monografía, una de cuyas formas es la biografía. Períodos, pueblos o culturas que han sido estudiados a través de monografías, ofrecen un rico y ya depurado material para el tratamiento de conjunto. No es forzoso agotar los temas por medio de monografías para que se pueda hacer estudios generales; pero con frecuencia las monografías son el antecedente preciado y precioso de los estudios más generales. Otras veces, los estudios generales, aun incompletos, valorizan determinados períodos y estimulan estudios por medio de monografías. Los estudios general y mo-

nográfico se influyen mutuamente, tal dependencia es necesaria para la acumulación de conclusiones válidas y de rigor científico.

6.—*De si hay leyes en la historia*

“En mis largos años de investigación como historiador no he descubierto una sola ley histórica, ni he encontrado ningún descubrimiento de éstas en ningún otro investigador dedicado a estos estudios”⁽⁷⁾.

Según el mencionado autor, los que formulan leyes históricas, como Breysig, que lanza nada menos que veinticuatro, no hacen más que introducir la palabra *debe*. Meyer copia algunas de las mencionadas leyes. Veamos la ley decimotercera de Breysig: “El politeísmo debe ir viéndose desplazado en pueblos con una monarquía fuerte y extensa, por el culto de pocos dioses, y a la postre, por el de un dios supremo y único”. Esto ocurrió en Egipto, pero no en forma tan simple. La reforma religiosa del faraón Echnaton fracasó, y tenía por objeto erigir un solo culto a un dios único. Lo que ocurrió fue que los dioses de las ciudades dominantes fueron adorados en las demás ciudades, como efecto del predominio político, pero no se llegó al dios único, porque los cultos locales continuaron. ¿Pero puede esto ser, si no una ley, una tendencia?, porque en Egipto, a la postre, predominaron los dioses de los grandes centros políticos, y si bien no se llegó al monoteísmo, se fue reduciendo el número de deidades. En Sumeria ocurrió cosa parecida. En Grecia muchísimos dioses locales terminaron por desaparecer o por incorporarse a la corte del Olimpo; pero esto ocurrió por un proceso cultural y no por un proceso político como hubiera sido el establecimiento de un gobierno central o una federación estable. No hay duda que al proceso de concentración del poder político acompaña la tendencia de propiciar la unidad ideológica del pueblo gobernado, como vía de consolidación. Pero no se trata de una ley, sino de una tendencia, que por otra parte a veces se da por causas distintas, como en el citado caso de Grecia. A veces tal tendencia falta, como en Roma, que acogió los dioses de los pueblos vencidos y les rindió culto, o sea que el poder político optó por la tolerancia en vez de la absorción. Las clases cultas, bajo la influencia de la filosofía griega, llegaron con los estoicos a la concepción del dios único y abstracto, que no descendió a la masa que continuó siendo politeísta, hasta que triunfó el cristianismo al convertirse el Emperador Constantino, casi al final del gran drama romano. El auge del estoicismo coincidió con la unidad política del Mediterráneo bajo Roma; pero la idea del dios único no fue estoica. Anaximandro, Sócrates y pensadores griegos de otras escuelas llegaron al concepto del dios único.

La ley 14 de Breysig dice así: “Si existe la vitalidad necesaria, debe producirse, en los reinos con una monarquía fuerte, con motivo de debilitamientos exteriores o interiores, una reacción de la nobleza, que a su vez conduce, bien a la división del territorio, bien a la división de la nobleza”. Francia bajo el absolutismo de los Luises, después de un período de apogeo, perdió la guerra de sucesión y durante Luis XV perdió la guerra de los siete años y las guerras coloniales. La reacción de la nobleza no se produjo. Diría Breysig que ésta no tenía la vitalidad necesaria; desde luego así era, porque la nobleza que adquirió sus privilegios era batalladora, aguerrida, con sentido de honor, y la nobleza de la corte era afeminada, corrompida y vanidosa. Después de la Revolución la nobleza se dividió, y buena parte de ella trabajó por la Restaura-

(7) E. Meyer, *El historiador y la historia antigua*, p. 25.

ción y la otra parte se inclinó por el puente que tendía el bonapartismo. Se dio, pues, el caso de la división de la nobleza. Pero no se produjo la reacción de la nobleza contra la monarquía absolutista, que la había subordinado, sino que nobleza y realeza se vieron arrastradas en el torbellino del desplazamiento del poder al estado llano.

Las llamadas leyes de la historia guardan coherencia con las condiciones propias del ser histórico. Recientemente, Arnold J. Toynbee, el insigne historiador británico, en su mundialmente famoso libro *Estudio de la Historia*, ha enunciado algunas leyes, o más bien fórmulas que permiten la comprensión de los acontecimientos.

Incitación-respuesta es una de las fórmulas de que se vale Toynbee para aprehender el sentido de determinados acontecimientos que expresan la pujanza de las comunidades a consecuencia de ciertas presiones del medio físico y del ambiente humano. Esta fórmula ha de manejarse con cuidado, pues no todo ambiente presionante da origen a respuestas constructivas; a veces el ambiente anonada con inexorable e implacable energía; otras veces el estímulo fracasa por la falta de condiciones de la sociedad correspondiente. Así como se comprueban los casos en que los medios difíciles han estimulado el desarrollo de sociedades determinadas, se puede hacer el catálogo negativo, el de los casos en que tal cosa no ha ocurrido. En África ecuatorial la presión incitante no ha producido respuestas comparables a las de los mayas en Centroamérica y a las de pueblos asiáticos como los que poblaron Ceylán, en circunstancias geográficas igualmente difíciles.

La incitación necesita otro elemento, de tipo humano: determinadas condiciones del hombre que recibe el estímulo, para que no se produzca la actitud de abandono, indiferencia o sumisión.

Las aludidas condiciones no dependen de la raza, como sostuvo Gobineau hacia 1850. Todas las razas hasta hoy, inclusive la negra, han sido capaces de producir culturas propias, y todas sin excepción, han sido capaces de asimilarse otras culturas y desarrollarse dentro de ellas. Durante mucho tiempo se creyó que los negros no habían producido culturas significativas. Estudios recientes, y principalmente la mejor comprensión de las culturas, y el abandono de la cultura occidental como modelo, obliga a rectificar ese juicio. Por otra parte, la raza negra puede en cualquier momento comenzar a producir nueva cultura propia, singularmente en los territorios africanos donde la presión conquistadora de occidente ha llevado un despertar de inquietudes nacionalistas y de una conciencia histórica. Tal vez un tanto aislados geográficamente, ha faltado a algunas regiones africanas el estímulo de los intercambios externos, lo que vendría a confirmar que el medio físico por sí solo no genera la actitud creadora, y que incide en el caso la variada sociología de sus relaciones con otros grupos humanos. Hace cinco mil años, un egipcio, si hubiera conocido a los rubios nórdicos, pudo haberse preguntado por qué no habían producido una cultura de significación, ya que permanecían entonces en la protocultura neolítica, probablemente copiada, y pudo haberse preguntado además si alguna vez serían capaces de mejores productos que los rudimentarios aunque grandiosos de Stonehenge y Karnac.

Si la raza tuviese el papel que le asignan los racistas, no se explicarían las decaencias cuando han faltado mezclas o invasiones. Además, las razas puras no existen. En el corazón de Europa hay restos que revelan que razas negras estuvieron allí hace muchos siglos.

Si buscásemos un factor biológico, podríamos citar una curiosa analogía en las mutaciones de las especies, hoy más frecuente en los vegetales. Por fuerzas desconocidas, las semillas dan origen, de una generación a otra, a numerosas variedades. ¿En

qué condiciones? Misterio todavía. Las sociedades bajo circunstancias no bien estudiadas, dan origen a períodos de creación y transformación, a modalidades que enriquecen más abundantemente que de ordinario, las expresiones espirituales, que con las distancias y reservas del caso, guardan cierta correspondencia con los períodos de mayor creación en el desarrollo de las especies.

Hablamos de regularidades, no de leyes en este momento, aludiendo a la concurrencia de condiciones que permitan determinada conducta, posible, pero no forzosa. No se trata de leyes, porque la respuesta alternativa puede ser de asimilación y huida.

Las regularidades en alguna medida permiten la previsión, que puede ser usada como punto de referencia para las decisiones presentes. Vale pues plantearse esas regularidades, aunque sea para desecharlas. Por consiguiente no compartimos el criterio de los que sostienen que en la historia todo es puro arbitrio, ni de los que se apegan a las leyes en un afán de acercarse a las ciencias naturales, sino que presentamos una categoría propia de esta ciencia, las regularidades, que dentro de las calidades flexibles y cambiantes del ser histórico constituyen la categoría propia de lo histórico, y que carecen de la rigidez y la ineluctabilidad de las leyes.

Estas legalidades no contrarían la libertad de decisión entre varios caminos condicionados, porque mentes saludables, normales, con suficiente fuerza vital, ante incitaciones similares pueden reaccionar en formas semejantes. Pero no hay nada forzoso en esto. Las regularidades no contradicen la libertad condicionada de acción, meollo del ser histórico. Entre ciencias de la naturaleza y ciencia histórica no se hace división solamente por comodidad de estudio y especialidad de objeto, sino que además, la división se funda en la naturaleza de los fenómenos respectivos.

La pura indeterminación histórica a que alude Ortega, apenas empalma con otros juicios suyos y con su teoría de la vida como libertad. Dice: "Pienso que toda vida, y por tanto la histórica, se compone de puros instantes, cada uno de los cuales está relativamente indeterminado con respecto al anterior, de suerte que en él la realidad vacila, *piétine sur place*, y no sabe bien si decidirse por una u otra entre varias posibilidades. Este titubeo metafísico proporciona a todo lo vital esa inconfundible cualidad de vibración y estremecimiento". Este juicio debe leerse con cuidado y repararse en los calificativos que limitan la extensión de los sustantivos. "Puros instantes, cada uno de los cuales está relativamente incondicionado con respecto al anterior", dice. "La realidad vacila y no sabe si decidirse por una u otra de varias posibilidades", agrega. No es la realidad la que vacila: es la voluntad. La realidad abre las varias posibilidades y aunque sus elementos se transforman, esto no es vacilación, ya que vacilación supone consciente oscilación ante sollicitaciones diversas. La voluntad no crea las posibilidades; se somete a ellas, las elude o las dirige; pero solamente entre ellas adopta la conducta positiva; y la conducta negativa, la huida, es el permanente camino ante la más ceñida y unilateral circunstancialidad. La voluntad escoge, pero no inventa los caminos, que están influidos por los instantes anteriores, su relieve objetivo. Para recalcar la mayor proximidad de la voluntad a la determinación, la llamaríamos *relativamente determinada*, y descartaríamos la mayor proximidad a la indeterminación, a la que convendría el calificativo de *relativamente indeterminada*.

Si regularidades no habría continuidad ni términos comparables entre culturas y pueblos. Hay imprecisión, como dice Ortega, en el momento de las decisiones; pero transformadas éstas en hechos, estamos ante un empirismo. Ya no son varios los caminos; es un solo camino al que hay que buscarle sus motivaciones. Lo que hoy y mañana puede ser duda, disputa o previsión, en el pasado es un hecho, un fenómeno dado, que

ya no nos pertenece, y que queda ahí, inmodificable, lanzado a la fenomenalidad del mundo. Lo que vamos haciendo se nos va escapando y ya no lo podemos recuperar. Ninguna clase de sentimientos ni de propósitos nos da dominio sobre lo que se nos fue. Somos más dueños del futuro que del pasado; algo podemos hacer ante lo que viene, nada ante lo que fue. Esto aviva el dramatismo hondo de la frecuente expresión: “¡Ah, si yo volviera a vivir!”

¿Qué papel juega el azar en la historia? Lo que hemos dicho de las regularidades nos da la respuesta. No hay, en puridad, azar o indeterminismo plenos. El indeterminismo no permitiría ni ciencia ni filosofía, sino narración. El hombre no puede todo lo que quiere, pues su mente es más fuerte que su poder. Fuera de la fantasía, la loca de la casa de Malebranche, su mente no va al azar.

Sin embargo, explicando el alcance del término, hay espacios a los que convencionalmente podríamos denominar azar. El azar en la historia tiene tres campos netos: a) la falta de conocimiento de los factores condicionantes, que produce en los sujetos cognoscentes un vacío que se llena con el nombre de azar, el cual retrocede a medida que se aumenta el saber, con lo cual el azar depende de los sujetos, no de las cosas; b) la coincidencia de series causales que no estaban forzosamente llamadas a cruzarse y que por tanto producen resultados inesperados (E. Meyer); y c) la existencia del momento de decisión, que jugado entre varias posibilidades hace de la adopción de una de ellas, en ese preciso momento, un azar; pero que ya escogida es un hecho necesario. Queda al historiador, en el plano teórico, la pregunta de lo que hubiera ocurrido si la decisión hubiera sido otra; y el asunto puede ser convertido en novela si se consideran posibilidades fuera de las circunstancias propias y bien comprobadas.

El azar es lo que a veces llaman fortuna, hado, destino, estrella, nombres todos de las posibilidades reseñadas. Son los imponderables a que aluden otros autores, como el Conde de Keyserling.

Dice Montesquieu: “Los lugares que la posteridad otorga están sujetos como los demás a los caprichos de la fortuna”. Los lugares que un individuo ocupa también están sujetos a los caprichos de la fortuna. Sin la extinción de los Valois, Enrique IV no hubiera pasado de ser uno de los incontables principillos segundones que de vez en cuando pasan a personajes de novelas históricas. Dicha extinción, cuando cuatro hijos varones parecían asegurar la dinastía dentro de los cánones de la ley sálica, fue un azar en la vida de Enrique IV.

A veces las gentes se prendan de ciertos personajes, sin análisis, por apariencias. A esto alude probablemente Montesquieu; llama fortuna al rango tal vez no bien ganado. El vencido a veces no tiene ni quiénes expongan su pensamiento, porque los medios de difusión del pensamiento se le cierran; así a Catilina, que tan hondamente hirió los sentimientos tradicionales romanos. Por eso agrega Montesquieu: “Desgraciada la reputación de un príncipe oprimido por un partido que llegue a dominar, o empeñado en destruir un prejuicio que le sobrevive”. Pedro el Grande triunfó, y los prejuicios y costumbres que combatió le sobrevivieron cada día más decaídos en los círculos de mando e influencia, y los individuos que intentaron restaurarlos, fueron segados por medio de los procedimientos que dejaron los mongoles durante sus tres siglos de dominación. Mustafá Kemal Atatürk erradicó las costumbres islámicas ancestrales y occidentalizó el país para hacerlo sobrevivir. Si las fuerzas que combatió hubieran triunfado, pobre su memoria. Lo que hoy es una genialidad, hubiera sido en el mejor de los casos una locura, un snobismo o una inexperiencia.

En lo anterior no hay propiamente un azar, una fortuna, sino una consecuencia

de la lucha que enfrenta dos principios, dos concepciones del momento histórico. La historia no admite sin examen crítico las llamadas fortunas, y lo que las gentes conceden con ligereza, ella regatea o aumenta, según los casos.

No hay correspondencia permanente entre las posiciones que asignan los contemporáneos y los sucesores, ni entre ellas y los méritos personales. Así, Alcibiades tuvo casi siempre una popularidad que excedía a sus méritos, y embarcó a los atenienses, seducidos por su figura, su elocuencia y su audacia, en trágicas aventuras. La organización ateniense era propicia para este tipo de personaje, que sin saltar las barreras institucionales, y más bien aprovechándolas hábilmente, podía hacer de los asuntos públicos una industria o un teatro. Alcibiades, a gran costo para su patria, encarnó en la política la rebelión del individuo indisciplinado y fatuo contra la disciplina de la polis. Hay un individualismo estridente y jactancioso que lleva a la anarquía o a la tiranía. Si Alcibiades hubiese vivido en la época heroica, los atenienses le hubieran hecho un semidiós, como a Hércules. Pero el individualismo constructivo, compatible con la organización social es sobrio, mesurado y razonable; sirve a la comunidad en vez de servirse de la comunidad.

7.—*Del método en la historia*

Para la filosofía de la historia tienen validez las ideas, los principios y las reglas del método filosófico. Los instrumentos: razón e intuición. (Del autor, *Notas de filosofía*, Editorial Universitaria, San Salvador).

El método de la ciencia histórica, por su temática concreta, tiene algunos caracteres propios que se asientan en la peculiaridad del objeto histórico.

De lo expuesto en capítulos anteriores se concluye que el método debe partir de una base empírica: los hechos. En la observación de los fenómenos naturales hay causas de error que los observadores deben tener presentes; las hay también en la constatación de los hechos históricos. Descubiertos los hechos por sus huellas, la primera tarea es la conferida a la hermenéutica crítica. Después se les somete a una elaboración intelectual para hallarles su sentido, e incluso para completarlos, o sea revivirlos, ya que a veces los vestigios son parciales. Esta segunda fase se funda en el supuesto de que el hombre actúa con algún sentido; desde luego, hay limitaciones en la averiguación de las intenciones de los actos. La historia científica trata de aprehender el sentido objetivo de los acontecimientos; el sentido subjetivo se le escapa, aunque halla cabida muy limitada en la historia descriptiva.

Se parte de que en la historia hay un sentido general, que no es la suma del sentido de millones de individuos, sino el más general que tienen las colectividades, que expresan lo que ellos tienen de esencial y propio. Las relaciones entre individuos y colectividad son muy discutidas. El individuo, en las primeras etapas del desarrollo social queda sumergido en el grupo; el individuo emerge cuando las colectividades maduran...

De todo hay en el pensamiento: Así, se han dado los autores que de plano niegan la existencia del sentido propio de las colectividades. Otros han insertado al hombre en la serie de las causalidades ciegas del mundo natural y apagado la luz de la vida propiamente humana. Nietzsche hace campear en este punto su pensamiento solitario y anárquico, como lo hace frecuentemente en medio de sus dispersas e inconexas genialidades. Dice: "Principio fundamental: en la historia de la humanidad no hay hasta ahora un fin; no hay una orientación racional secreta; no hay instinto, sino acaso,

acaso, acaso, y muchos favorables". Pero de inmediato reacciona confusamente contra el acaso, al que en la hipotética edad del superhombre no quiere admitir: "No debemos abrigar ninguna falsa confianza, y mucho menos abandonarnos al acaso. Este, en la mayor parte de los casos, es un perturbador sin sentido"⁽⁸⁾. Este autor escribe en forma epigramática y no se preocupa de probar sus aseveraciones contradictorias, que llevan por finalidad la trasmutación de los valores culturales imperantes.

No pueden faltar las finalidades. Si cada uno de nosotros las tiene, el conjunto, la colectividad las debe tener. La cuestión es si difieren de las finalidades individuales. Sería torturante la falta de finalidades generales. Puestos los individuos en conjunto, ¿es la colectividad una suma o un todo orgánico diferente de sus elementos componentes? El *elan* prometeico es la señal de que existen, como lo proclama el vencido Prometeo legendario. El evangelio de Zaratustra, de Nietzsche, trata de sugerir nuevas ideas generales, de planear nuevos derroteros colectivos, aun dentro de la soberbia indisciplina del superhombre. ¿Acaso no se plantean fines, planes, los individuos, las sociedades, los estados? No se trata de fines secretos, sino de fines tangibles, constatables y comprobables, mantenidos de una generación a otra, de un gobierno a otro. La finalidad unitaria de la monarquía francesa se mantuvo durante siglos como aliento permanente de una política. Tener puertos en aguas que no bloquearan los hielos fue un objetivo de Rusia por siglos. La unidad italiana no fue aspiración solamente de los que la consiguieron.

Existiendo fines de pueblos y culturas, se puede indagar por los elementos permanentes que los constituyen y por los componentes accidentales que se les incorporan. Sin necesidad de recurrir a fines trascendentales, que decididamente no le gustan, pudo Nietzsche hallar fines muy temporales, de gran proyección futura, con base en la constatación empírica, sin esperar el advenimiento problemático y mítico del superhombre.

En la determinación del sentido de los hechos se han descubierto condicionamientos y concomitancias multilaterales. La etnología demuestra que averiguadas determinadas instituciones se puede inferir la existencia de otras que siempre las acompañan. Esto ha servido para el estudio de las sociedades primitivas, en las que por su mayor sencillez y su mayor acercamiento a las condiciones naturales, estas regularidades operan con bastante precisión. En las sociedades complicadas es mucho más difícil hallar estas correspondencias, aunque desde luego existen. El estudio de las sociedades primitivas ha servido para determinar las regularidades y las conexiones de sentido de las sociedades más complejas. La validez de esta extensión de resultados es problemática; y llevada a su culminación en el siglo XVIII, ha tenido que ser posteriormente moderada.

En las sociedades complicadas hay alguna correspondencia entre las formas sociales y las instituciones, y cierto equilibrio interno que repele las desproporciones agudas, y respecto del cual un número limitado de instituciones puede florecer. Esto no significa que un solo tipo de institución pueda darse sobre determinados niveles, sino que pocas son compatibles. Instituciones repelidas en ciertas condiciones generales, pueden ser compartidas con condiciones cambiadas. Esta correspondencia, o afinidad electiva, es principalmente de signo negativo y opera principalmente para descartar ciertas instituciones en determinadas circunstancias de incidencia general. Así, la

(8) Nietzsche, Obras Completas, Tomo XII, Tratados Filosóficos, M. Aguilar, S. A. Editor, Buenos Aires.

producción fabril no podría dar lugar a una institución como la esclavitud, pues independientemente de consideraciones morales, desde el punto de vista meramente productivo, tal institución destinada a operar aquel modo de producción, sería un sonado fracaso. La economía monetaria permite el salariado; la economía de subsistencia da lugar a otras formas sociales, ya de servidumbre, ya de clientela. La conquista da lugar a formas de subordinación de los vencidos antes de que el proceso de incorporación y fusión opere; por consiguiente, determinadas instituciones pueden darse sobre tal base. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Otro criterio que ha estado en boga es el de estimar que existe correspondencia entre los fenómenos económicos y la superestructura formada por elementos políticos, jurídicos, artísticos, etc. Esta es la tesis que modernamente ha sustentado el marxismo ortodoxo.

El método histórico debe desprenderse de los modos de desarrollo del ser histórico. El método, pues, no precede al estudio de la materia. Se inicia el estudio con los conocimientos generales, los prejuicios y las reglas mentales que proporciona el nivel científico existente. De esa tarea va depurándose un método, después de errores, experiencias y aciertos. Es más, el método como sistema nace cuando la indagación histórica está madura. Formulado el método, va mucho del éxito a cuenta del azar. Resultado de la aventura cognoscitiva, el método perfecciona y convierte en sistema el estudio histórico. En la época contemporánea de trabajo en equipo, la colaboración de muchas pequeñas inteligencias es posible por medio de técnicas y recursos especializados. Aquí, en términos de trabajo y organización colectivos aquello que en Goethe fue hipóbole, de que el genio es una larga paciencia.

Hay que distinguir entre condiciones, fuerzas y modos de realización, denominaciones muy relativas que dependen de los momentos y circunstancias en que se consideren. Las condiciones son el ámbito de los hechos; las fuerzas, las causas propulsores, y los modos de realización la resultante de la sinergia entre los dos elementos anteriores. Lo que hoy es hecho o modo de realización, después puede ser fuerza o condición. La condición tiene papel poco activo; la fuerza lo tiene activo. Condiciones y fuerzas permiten conocer los antecedentes de los hechos históricos, pero en cada momento y sin perjuicio de esos antecedentes condicionantes y limitantes, el protagonista hace su decisión, no en el vacío y ante posibilidades puras, sino ante un puñado de condiciones y caminos. De este modo lo que normalmente en la fenomenología de la naturaleza podría esperarse como resultado de los antecedentes, se ve desbordado y modificado en virtud de la capacidad de decisión y creación. Los antecedentes —condiciones y fuerzas— dan la filiación de parentesco de los hechos históricos, pero no son causas naturales; ahí quedan por igual los conformismos, las rebeldías y las revoluciones. Frente a determinados antecedentes sólo unas cuantas consecuencias son compatibles, posibles y realizables. De ahí que el *tempo* de la época gravite sobre las tendencias y los intereses más dispares.

Cierto trasfondo común envuelve a pensadores y actores de las más opuestas tendencias, que pertenezcan a una época, a un pueblo o a una cultura. Hay elementos superiores a las individualidades, que suavemente impregnan éstas. A medida que mejor se conoce el pasado, la ecuación antecedente-consecuente se esclarece y sin pérdida de lo novedoso, los protagonistas tratan de ubicarse en las grandes corrientes de desenvolvimiento del ser histórico. Las decisiones, ingredientes inesperados antes que se produzcan, están enmarcadas dentro de determinado número de caminos que forman parte de la gran línea de ideas, tradiciones y necesidades de las diferentes unidades

históricas. Uno de tales caminos, que nunca puede faltar, es el de la oposición a esas líneas.

No se inventan los antecedentes, sino que se buscan en el estudio de las huellas, con los diversos recursos con que cuenta la historia. Lo muy lejano se estudia con datos que arrojan la etnografía, la paleontología y la arqueología; lo más cercano con los elementos de las fuentes históricas, principalmente las escritas.

La historia revive el pasado, no como tarea que impone una decisión, sino como estudio teórico. Habrá siempre gran distancia entre las situaciones del que estudia y del que actuó; aquél tiene responsabilidad científica; éste tuvo responsabilidad directa. Con dificultad puede reconstruirse en la mesa de trabajo el torbellino de motivaciones, presiones, apremios y objetivos que realmente operan en torno de los protagonistas. Es la distancia entre el hombre viviente y el cadáver que está en la mesa de autopsias. El científico tiene tiempo para meditar; el protagonista tal vez no lo tuvo y debió tomar muchas decisiones, algunas muy críticas, a cada hora. El historiador tiene sus propias valoraciones, derivadas de su época y de su propia personalidad; pero no debe hacerlas imperar, sino empeñarse en desentrañar las valoraciones del período estudiado.

Cuando se hace una historia de tipo general se arranca de los más lejanos orígenes y se trata de reconstruir los hechos según el proceso que realmente tuvieron. Cabe también trabajar a la inversa, o sea partir de lo reciente para ir remontándose hacia atrás. Este método no ha tenido muchos cultivadores, y queda como una posibilidad teórica en gran parte abierta.

Cuando se hace historia parcial, precisa delimitar los caracteres generales de la época que se estudia, lo que es tanto como tomar conocimiento del objeto. Después de esa visión sintética se determinan los antecedentes, se buscan condiciones y fuerzas, y después la interacción de unas y otras en los desenvolvimientos consiguientes y la transformación de los sucesivos resultados en nuevas fuerzas y condiciones. Respecto de la mencionada interacción y del papel de los protagonistas se pueden formular hipótesis, pero éstas deben ser comprobables por hechos, sin excepción. Luego viene la comprensión unitaria del período en conjunto, la identificación de los caracteres comunes y de las singularidades, y en general, del curso histórico.

Este es el trabajo de la teoría histórica, que se hace por medio de categorías y conceptos propios de la ciencia, y que se ve precedido por la búsqueda de los hechos y la crítica y la interpretación de las fuentes.

En el trabajo intelectual hay que tener presentes las reglas sencillas que rigen el pensamiento como las que enuncia Descartes en las *Reglas para la dirección del entendimiento*. Pero algo pone el espíritu constructor y la finura de análisis de los estudiosos, que permiten aprehender lo relevante y eficiente y desechar lo aparatoso y secundario. La capacidad para *comprender* los acontecimientos es la obra del autor. La operación decisiva es la *comprensión*, que hace pasar de los signos al significado y que a través de las huellas permite reconstruir las vivencias históricas. Llegar al sentido final de los acontecimientos, consciente o inconsciente para los protagonistas, es la definitiva tarea sintética de la historia.

8.—Las categorías históricas

¿Debe ser aprehendido el material histórico por medio de categorías propias,

diferentes de las categorías generales del pensamiento? ¿Se trabaja en la historia con las mismas categorías que se utilizan en otros estudios?

Puede omitirse la discusión sobre las categorías en general, problema de la filosofía, respecto a la dilucidación de si son modos del ser o modos del pensamiento. Por economía expositiva puede partirse de la premisa básica siguiente: las categorías son meramente conceptos, modos del pensamiento. Damos por conocida la polémica correspondiente.

Por no distinguir las dos formas en que se puede plantear el problema de las categorías, se incurre en frecuentes confusiones. Las categorías aristotélicas se refieren a todo pensamiento. El problema de la historia respecto a las categorías consiste en decidir si hay categorías propias de lo histórico, y si la solución fuese afirmativa, la naturaleza y el valor de tales categorías.

No hay acuerdo sobre el número de las categorías. Los textos aristotélicos, tal vez debido a deficiencias de copia, discrepan respecto de su número. El ser histórico es distinto del ser al estilo aristotélico, de contornos definidos. El hombre, es objeto y sujeto, condición y resultado, agente y fin del proceso histórico. Lo histórico está más cerca del yo que del mundo, y que el ser indefinible de la filosofía, ubicado en las cosas, o en el pensamiento. El ser histórico es más un devenir que un ser entendido en el sentido tradicional; el ser histórico es el campo elegido de Heráclito, y probablemente el pensamiento heraclíteo sea la ampliación al universo de los modos operativos del ser histórico.

Si la vida social es un proceso perpetuo, un tender hacia algo, y una meta que al final de los tiempos sería el reposo, y que se quema en consustancial condenación prometeica, tendría que ser aprehendida con categorías propias. Relacionadas con las categorías aristotélicas, las categorías históricas aun entendidas como modos del ser, tendrían que tener su propia entidad.

Pero las categorías no son modos del ser, sino modos del pensamiento. Sin entrar en la disquisición consiguiente, que llevaría lejos de los límites y propósitos del presente estudio, para caso basta la siguiente observación. Si las categorías fuesen modos del ser, su aplicación a la historia requeriría un esfuerzo de empalme, porque el ser histórico constantemente se enriquece, y habría que hacerlo objeto de cortes y cristalizaciones. Concediendo que el resto del mundo participase también de ese gran proceso de transformación, que en los aristotélicos tiene el algo inmóvil que sostiene lo móvil, las categorías aristotélicas tendrían que ser entendidas y manejadas con grandes adaptaciones. Si esas categorías fuesen modos del pensamiento, muchos de esos problemas se simplificarían. La naturaleza de las categorías toca un problema radical, el de la conmensurabilidad del pensamiento y las cosas, y en el caso de la historia, de la conmensurabilidad del pensamiento y el ser histórico.

Dilthey y Ortega han popularizado el reclamo por categorías propias de lo histórico; pero no han esclarecido el sentido en la cual las piden, ni las formulan de modo sistemático. Más bien dejan el asunto en calidad de problema esbozado y sin resolución.

Dilthey, dentro del desorden genial que preside su obra inconclusa, apunta algunas de esas categorías. Las menciona y describe, pero no las justifica —no son conceptos a secas, sino los conceptos máximos—, ni las enlaza con las categorías generales, aunque les atribuye la unidad del saber histórico. Sin el enlace de las categorías históricas con las categorías generales el saber se presentaría hendido, fraccionado en su meollo.

Dilthey dice: "A las categorías generales del pensar se añaden, en la comprensión de la vida, las de valor, fin y significado. Bajo ellas están los conceptos abarcadores, tales como moldeamiento y desarrollo de la vida. La diversidad de estas categorías se halla condicionada en primer lugar por el punto de vista desde el cual se capta el curso de la vida en el tiempo. Al volvernos hacia el recuerdo captamos la conexión de los eslabones transcurridos del curso de la vida bajo la categoría de su significado. Cuando vivimos en el presente, henchido de realidad, experimentamos en el sentimiento su valor positivo o negativo, y cuando nos encaramos con el futuro surge la categoría de fin. Interpretamos la vida como la realización de un fin supremo al que se subordinan todos los fines particulares, como la realización de un bien sumo". "La categoría de fin o de bien, que capta la vida desde el punto de vista de su dirección al futuro, presupone la categoría de valor. Y desde ella tampoco puede establecerse la conexión de la vida, porque las relaciones de los fines entre sí son tan sólo las de posibilidad, elección, subordinación. Sólo la categoría de significado supera la mera coexistencia, la mera subordinación de las partes de la vida. Y así como la historia es recuerdo y al recuerdo corresponde la categoría de significado, tenemos que ésta representa la categoría peculiarísima del pensamiento histórico"⁽⁹⁾. Aquí están las categorías diltheyanas: fin, posibilidad, elección, subordinación, significado. En ese cuadro la categoría de *significado* lleva la primacía y constituye la peculiaridad del pensamiento histórico.

Dilthey no justifica las categorías ni las conecta con las categorías generales, aunque reconoce la existencia de éstas. ¿Por qué el fin es una categoría? ¿Por qué lo es el significado? ¿Qué relación guardan con las categorías generales? ¿En qué sentido son categorías, o son simplemente conceptos de significación especial dentro de esta ciencia?

Agregar a las categorías un calificativo según la clase de saber es una manera de destacar las particularidades de la correspondiente teoría y de identificar los conceptos máximos, enriquecidos en cuanto a su contenido. Para hablar de categorías históricas, matemáticas, físicas, no es necesario renunciar a la unidad del saber. Entender las categorías históricas como modos distintos de pensamiento, como instrumentos que hienden en dos grandes partes el pensamiento, es cómodo, pero insatisfactorio. Si a eso se refiere el reclamo, mal va. El pensamiento y sus reglas son uno solo, aunque difieren las aplicaciones por la influencia de los objetos de estudio, sin mengua de la esencia unitaria. Si ese pensamiento es demasiado rígido para aprehender la movilidad de la vida, estaríamos ante un caso de limitación, que no podríamos superar inventando o deseando un irreal modo de pensar. El pensamiento aplicado a la historia —ciencia del devenir y el acaecer regularizados—, a la fisicoquímica —ciencia del acaecer necesario—, y a la matemática —ciencia de conceptos cuantitativos estratificados—, tiende a una unidad derivada de los procesos lógicos de desenvolvimiento y del uso de conceptos fundamentales últimos, inaprensibles por medio de otros más extensos, que explora e identifica la filosofía.

Por similitud y para facilitar el manejo del material, cabe en los campos particulares del saber, denominar categorías a las nociones básicas y generales dentro de ese campo. Así, por extensión del término, puede hablarse de categorías matemáticas, históricas, sociológicas, etc., en el sentido de las nociones más extensas y de contenido más rico, que van, orientadas en un campo específico, inmediatamente después de las

(9) Dilthey, *Plan para continuar la estructuración del Mundo Histórico*, en *Mundo Histórico*, p. 225.

categorías generales. El saber que más fácilmente se adapta a la naturaleza del pensamiento es el matemático; los demás saberes, por la adaptación que exigen son más complicados. El saber histórico es el que más aleja de los cortes netos y las cristalizaciones del pensamiento, y de ahí que sea el más complejo. La vida es el objeto más difícil para un pensamiento que es constante y opera sobre una realidad cambiante. Pero de esa oposición nace otro de los dramatismos de la vida, esta vez en el campo del conocimiento. La conmensurabilidad de pensamiento y ser histórico es la más difícil de establecer. Dándose entre esos elementos la distancia mayor, constituyen la antítesis relativamente más radical en el conocimiento.

Las categorías históricas no están bien precisadas. Se las busca, necesita y reclama. Ortega, al vibrar con la razón histórica, pareciera anunciar el descubrimiento de un continente. Es el grito de Rodrigo de Triana sin el consiguiente desembarco. Numerosos escritos sobre epistemología de la historia tratan del asunto, pero plantean el problema de modos diversos.

Hay quienes denominan categorías a los conceptos propios de cada ciencia, lo cual no se justifica, y revela que el problema está planteado en otros términos. Así, las nociones de decadencia, época orgánica, crisis, ideas dominantes, etc., no pueden declararse categorías por ser propias de la historia. Además, no son las nociones omni-comprendidas. La decadencia supone un período superior y anterior —esplendor o plenitud—; lo orgánico y lo crítico se suceden. Son, pues, nociones parciales y especiales, aunque importantes. Pero nociones especiales podrían ser denominadas categorías en sentido específico, cuando permiten analizar todo el objeto de una rama determinada del saber.

No hay en la historia una terminología suficientemente acabada, pues como ciencia que viene atrás en el tiempo, por economía de vocabulario, aprovecha expresiones ya elaboradas por otras ciencias, aunque se las use con peculiar connotación. A medida que la historia se afirme como ciencia y se despoje de la broza que la entorpece —propaganda, debates proselitistas, narración atractiva, leyenda—, deberá precisarse la terminología. Una ciencia bien constituida maneja léxico apropiado y conciso. Precisa en la historia la faena de Kant en la filosofía: bautizar una cantidad de asuntos que por el momento necesitan describirse o designarse con nombres impropios. La ciencia gana con una adecuada terminología; pero para hacerla se necesita de autoridad, como la de Kant. De otro modo apenas se pueden proponer ocasionales neologismos.

Para llegar de modo sistemático a las categorías históricas hay que partir de las categorías generales, buscando las nociones que con el contenido enriquecido por el acontecer singularizado, expresen lo más extenso y radical para aprehender y analizar el ser histórico. Así, a cada categoría general —categoría lógica— correspondería una categoría histórica, dilucidada entre las nociones que tienen algunas calidades para ser consideradas así.

El ser es la primera categoría desde el punto de vista del pensamiento. En el sentido ontológico nunca el ser podría entrar en las categorías, porque no sería un *modo*, sino la sustancia decisiva y permanente dentro de los variados *modos*. En la historia tenemos el *ser histórico*, al que hemos aludido con frecuencia. Sin negar que tengan correspondencias ónticas, no pretenderíamos como los hegelianos y sus herederos, clasificar u organizar a partir del pensamiento el rico material histórico, porque la vida tiene sus propias conexiones, entre las cuales no todas son pensamiento. El ser histórico no es una categoría, sino la sustancia misma y la razón-de-ser de la historia.

La categoría *tiempo* tiene extraordinario interés. ¿Cómo opera el tiempo en la

historia? ¿Cuál es el tiempo histórico? ¿Hay propiamente tiempo histórico o solamente tiempo universal, que cubre el ser en general y el ser histórico? ¿Es la edad —antigua, media, moderna, contemporánea— como se enseña en las escuelas desde que el Renacimiento hizo esa famosa división de la historia?

La historia lleva implícito el tiempo; pero todo ser está inmerso en el tiempo, por lo menos al pensarlo, ya que los fenómenos síquicos están inmersos en el tiempo. Pero las cosas, pensadas fuera del hombre, ¿estarían en el tiempo? El tiempo es propio del ser histórico, de la sique, y no de lo objetivo. Si en la vida es una realidad, en la aprehensión individual del mundo es un ingrediente subjetivo. El origen del tiempo es síquico, y del siquismo lo hemos objetivado, para hallar medidas comunes y comparables, creando el tiempo físico. No es el tiempo, pues, una categoría ontológica, sino una categoría lógica. Aunque las cosas fuera del hombre eludan la afectación por el tiempo, sólo pueden pensarse, manejarse, situarse y compararse dentro de un tiempo implícito o explícito.

El tiempo físico, objetivación del tiempo síquico, deviene una cosa que engloba la vida, que de lógico pasa a cronológico. Si se concediese que el ser en general no va en el tiempo, con la argumentación de Parménides, el ser histórico iría en el tiempo, pues Parménides solamente consideró el problema desde el punto de vista del principio de identidad y no desde el punto de vista psicológico y de vivencia y acción. La medida solar de días y años es imperfecta para el ser histórico. El tiempo síquico, individual, no sería suficiente, porque para teorizar se necesita de elementos objetivados. El problema de la naturaleza de una cosa es distinto del de su origen. La historia requiere un tiempo propio, el *tiempo histórico*.

No son los períodos compuestos de determinado número de años los que forman el tiempo histórico. No son los milenios ni los siglos, porque no hay cambios netos de los modos de ser y de pensar que coincidan rigurosamente con esas medidas. Los gustos cambian de siglo a siglo, pero a veces cambian en el mismo siglo. En nuestra centuria de vértigo, pareciera haberse acelerado el reloj. La época de la Revolución Francesa, que comenzó hacia 1789, se prolongó con características muy similares y a través de consecuencias directas hasta mediados de la centuria siguiente. La Ilustración, iniciada en el siglo XVII, se extendió hasta el inicio de la Revolución Francesa, cuando las ideas pasaron a la práctica; ¡y qué práctica!

La historia carece de medida fija, porque el tiempo síquico, antes de objetivarse, tampoco la tiene. Un segundo de angustiosa espera dura más que horas de sosegada meditación. Con razón Mirabeau juzgó que en dos años de actividad política, oratoria y sentimental, en el período más vertiginoso de Francia, en el cual cada día se producían mil sorpresas y no menos creaciones, había vivido una larguísima existencia.

La división de la historia en antigua, media, moderna y contemporánea se relaciona con la relativa cercanía de los acontecimientos al momento en que vive el historiador. Dentro de cincuenta mil años, nuestros escasos cinco mil años de historia escrita se habrán refundido en la historia antigua, si los hombres de entonces cuentan los sucesos por la relativa proximidad a ellos. Resalta, pues, lo convencional de esta división, que por otra parte dice más con la historia de Europa. Sin embargo, clasificar los hechos por la relativa proximidad es cómodo.

Tal vez la *época*, que no tiene límites precisos en el tiempo físico, pueda dar la unidad de medida del tiempo histórico. Con los consiguientes calificativos particularizantes, este vocablo expresa cierta cantidad de tiempo que se impregna de similares actitudes, tendencias, preocupaciones. El tiempo histórico no puede ser puro, como el

tiempo físico; el tiempo histórico tiene que impregnarse y delimitarse por otras connotaciones, sin desaparecer en ellas. No se le identifica con la pura expresión lógica y temporal del tiempo físico; precisamente se trata de hallar su peculiaridad. Las épocas son medidas de tiempo cuyo inicio y fin se anotan por contenidos mentales, como ocurre con todo tiempo síquico. Grandes o chicas se constituyen por determinados caracteres mentales, que aunque tengan origen diverso, en lo material y fenoménico del mundo, se vierten en forma mental. El tiempo histórico, pues, se mide por su materia, y de este modo obtiene objetividad. Por ser las categorías históricas derivadas, no mantienen la pureza de las categorías generales. Decir un milenario es tan poco expresivo en cuanto a contenido como hablar de un año de luz. Pero determinadas las épocas, para facilitar su manejo, cabe traducirlas al tiempo físico.

Aplicando la medida del tiempo histórico por medio de épocas, a la América Central, determinaríamos las siguientes: colonial, primera época de la independencia, y segunda época de la independencia (esquema muy condensado por el escaso tiempo transcurrido desde la terminación de la colonia). La colonia es la población, colonización y asentamiento de la cultura europea en este suelo nuevo, sobre la base considerablemente destruida de las culturas maya, azteca y tolteca.

La primera época de la independencia no tiene un inicio neto en todos los aspectos, aunque podemos señalar su inicio con el pronunciamiento político de la independencia. Este período lo llena el liberalismo y la reacción contra él, con su paulatino afianzamiento, desde las esferas de mando político a las jurídicas, las económicas y las educativas. En lo económico el acontecimiento más importante fue la desaparición de las comunidades y ejidos que habían sido la base de la economía colonial, de modo que la propiedad agraria quedó libre para operar sobre la ley de la oferta y la demanda. La segunda época de la independencia, que es identificable a partir del tercer decenio del siglo XX, es la de la técnica, el intervencionismo de estado, el socialismo liberal, con las consiguientes oposiciones y desvíos, pero con la bandera de la responsabilidad social por la promoción del bien público.

Hay diferencias entre estas dos épocas, tanto en los cuerpos legales como en las actitudes de gobierno, en la organización social y en el *ethos* que mueve las actitudes ciudadanas, inclusive aquellas de los empresarios y los asalariados por igual.

Los estratos coloniales que sobrevivieron durante la primera época de la independencia, principalmente al frente del poder social, se fueron disolviendo. Se mantuvieron más largo tiempo y más cohesionados en la antigua capital, Guatemala. Fueron sustituidos por clases fundadas en diferencias económicas, y la capilaridad social tuvo la consiguiente aceleración, sin que se haya dado el fenómeno del cierre y enfeudamiento de esas clases. La capilaridad social fue escasa en la colonia. El liberalismo fue ganando sus posiciones con alzas y bajas, avances y retrocesos, aciertos y errores, sin realizarse nunca plenamente —no hay doctrina que se realice a cabalidad— y con las consiguientes contaminaciones del ambiente y de la idiosincrasia popular. En las postrimerías de la primera época se nota el cambio político, caracterizado por el esfuerzo para vivir aquella libertad política proclamada en las leyes. En la segunda época de la independencia, el Estado, de espectador de problemas se convierte en agente del bien público, con responsabilidad en la promoción de éste, con lo cual cambia el liberalismo tradicional. El cambio en la actitud estatal parece iniciarse a consecuencia de la crisis económica de 1930, que ocasionó trastornos de tipo espiritual; pero se hallan precedentes aún más lejanos. El modo de ser de la primera época va cediendo paso a otras corrientes. Las modalidades nuevas van plasmándose en leyes. Para los poco avisados no ha pasado nada ni pasará nunca. Dichosos.

La mentalidad imperante, bajo la influencia de la técnica y de la difusión de la ciencia, va haciéndose más sistemática, más metódica, más disciplinada, dicho esto en términos relativos.

La categoría *espacio* o *lugar* es en el proceso histórico la geografía, que engloba el ambiente físico y humano, el contorno. No es el espacio universal de la astronomía, sino el terrestre. La cultura se da siempre en una geografía; no discurre en el vacío.

El ambiente duro es el estímulo para el nacimiento de las civilizaciones. El ambiente nuevo es la posibilidad de expansión, el nuevo hogar que acrecienta las fuerzas. Y según se obtenga por tierra o por mar, según lo demuestra Toynbee, se dan resultados más o menos intensos. Los estímulos que este autor presenta no parten solamente del ambiente, sino de los golpes, las presiones y los impedimentos⁽¹⁰⁾.

La categoría de *relación*, que en las ciencias naturales es la *causalidad*, es en la historia la *regularidad*, ya estudiada.

La categoría de *calidad* es la cultura, que impregna todos los productos históricos, amplios o reducidos, pueblos o personas. Individuos, generaciones, pueblos, épocas se impregnan de las culturas y se desenvuelven dentro de sus cauces. No pueden, por mucho que se lo propongan, alejarse radicalmente de su cultura, y aun las más furiosas iconoclastias participan de ese matiz cultural, que no solamente se compone de valores sino de antivalores, entendidos estos últimos dentro de formas mentales impregnantes. La cultura es un gran sello, un indeleble sello cosmovital.

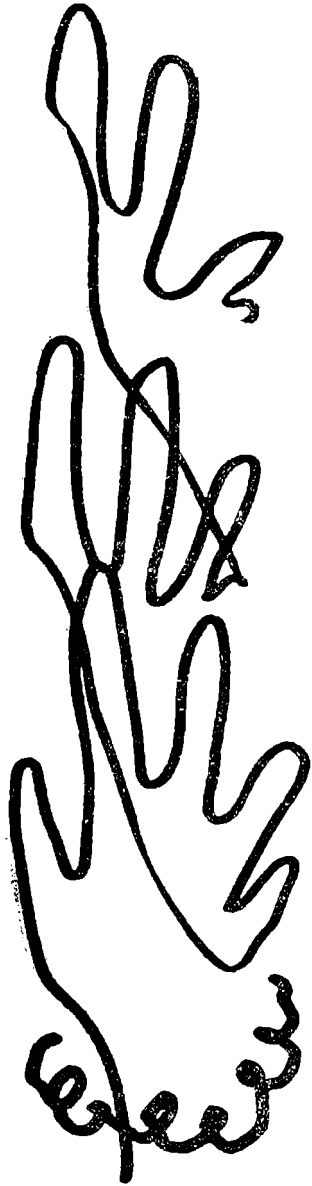
La categoría de *cantidad* es la intensidad. Los acontecimientos se dan con mayor o menor intensidad, se viven dentro de la intensidad. La categoría de cantidad no podría expresarse como matemática o estadística, que caben en la vida humana estudiada como sociología. Pero en la vida como historia, opera la intensidad. Según las tensiones, las polaridades, los efectos y supervivencias en el tiempo, sacamos los elementos para medir, indirectamente, porque ya pasó, la cantidad.

Los orientales dicen de los occidentales que éstos todo lo estudian a través de polarizaciones. La intensidad, manifestación cuantitativa de las fuerzas, se entiende por referencia a fuerzas hipotéticamente polarizadoras. La historia va entre acción y reacción, nuevo y viejo, renovador y conservador, social e individual, presente y futuro, valores y antivalores, ambiente físico y ambiente humano. Desde luego esto no significa que el pensamiento histórico sea necesariamente dialéctico al estilo de Hegel. Hegel agudiza y hace forzosas las oposiciones a través de las tríadas conceptuales, con lo cual desfigura la pasividad y la laxitud de numerosos períodos históricos.

La *actividad* está constituida por las fuerzas, por las acciones que obtienen formas de condensación. Pero no son las fuerzas ciegas del mundo material, sino las fuerzas con sentido, orientación, significado, finalidad. La actividad humana va hacia algo, aunque no pueda llegar allí, porque en el caso más excelso queda siempre un amplio margen de desajuste entre los propósitos y las realizaciones. Otra oposición irreductible. Estas oposiciones, muchísimas veces, contra lo que afirma Hegel, no hallan síntesis, sino que permanecen como motores de la vida, como acicates demoníacos.

(Continuará).

(10) Arnold J. Toynbee. *Estudio de la Historia*, Tomo II, Buenos Aires, 1956.



Una Pared Pintada de Hombre

David
Escobar
Galindo



LA CALLE

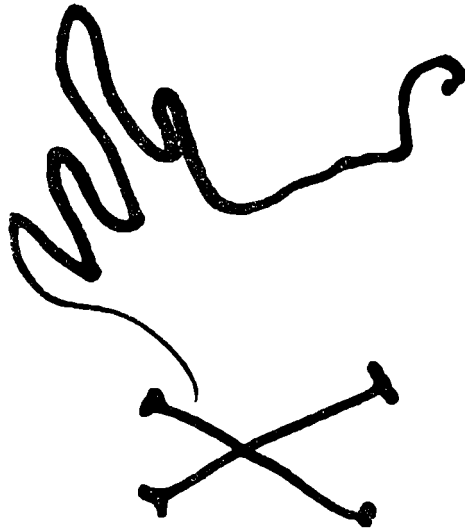
Lo que pasa en la calle es una edad que pocos reconocen.
Alguien se asoma a la ventana, y muere.
El viento lo mató —dice el parte de las autoridades.
O quizás fue la luz —digo yo, que lo sé.
No nos hagamos ilusiones con esta vecindad del infierno,
sobre la oscuridad hay una capa de luna que no sangra por más que
disparemos,
hemos venido haciendo dólmenes, iglús y barricadas,
entramos en iglesias donde el verano abría los corazones de los santos,

luego los rascacielos albergaron millones de negocios,
empezó a transitar el viento por las piedras sin hacer ruido, disfrazado de
hombre,
con la neutralidad de los que hacen la guerra por debajo del mundo, allá
en la palidez de su desastre.

Hoy es mejor decir estas cosas de afuera.
Viene el mar con las verdes suciedades, rodando
como una gota más de lo desconocido;
un señor que levanta la cabeza me mira,
y experimento el otro peligro: el de nacer,
ya no con la placenta desprendiéndose,
sino tragando vida sin perder la memoria, el golpe de ese brazo de hojalata;
desde aquí la palabra suda entre la maleza de los días, muere
como un tigrillo desahuciado,
y esta promiscuidad de individuos y dudas,
esta convocatoria del niño que sucumbe por la tuberculosis de las flores
sin nombre,
esta pasión de la mujer que rompe la pared con las piernas,
todo estalla con plumas, ornamentos, residuos,
hasta que los que vamos por la calle sentimos la miseria del rostro,
y la nube de polvo se nos pega en la lengua haciendo que nos hable
el color que enterraron en cajas de lujuria nuestros antepasados.

Dónde estoy, pienso yo, si afuera hay miles
de cosas que conozco, por ejemplo uno que otro semejante,
digamos un hermano de aceite hecho ceniza,
una amiga que saca las manos entre espinas sin tocar una sola,
y la bomba que pulsa sobre el asfalto haciendo homenaje a la estatua
bañada de excremento de los pájaros;
estoy aquí, me dicen las sombras de otros seres,
aquí: no hables, respira,
deja rodar tu moneda, desángrate dientes adentro, en paz
te llegará tu leche, tu pan, tus cuatro dedos de azúcar. Yo respondo
caminando en nosotros, los hombres, los que fuimos despertando las cosas
con la varita mágica,
para luego tocarlas nuevamente y hacer que se apagaran como adormideras.

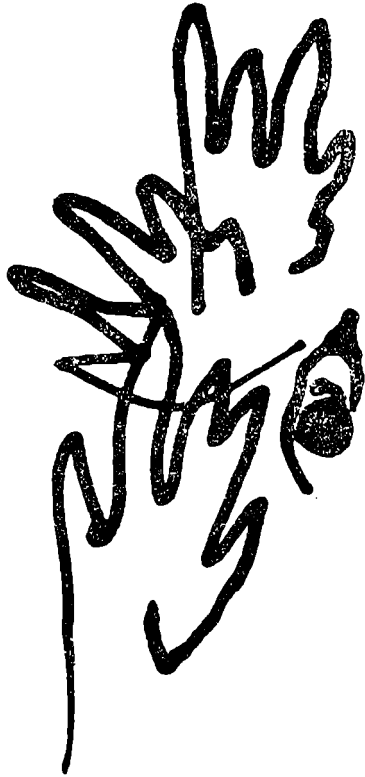
La calle sigue: hay gatos, paredes y basura.
Reflejos de señores que anduvieron.
Tapados de señoras que aún van a la iglesia.
Risas de hombres y niños, amargura y un sol hecho a golpe de almágana,
taladros que descubren la cal viva del miedo,
porque los ríos cuestan un ojo de la cara
y la edad de la calle no tiene desperdicio. Nace y muere en cada uno.



GALLOS

Alegre el gallo que despierta a una ciudad, a un hombre. Es más necesario que todos los gritos, porque encarna el entusiasmo de la naturaleza; en la cumbre de un techo, desde los laberintos de un árbol, ha soltado su riqueza la vida de las cosas, el río navegable de los hechos; y acordados, visibles, presentes, retomamos el hilo, descendemos la escalera, comemos —tigres— pan, deseo, música, antes de caminar con el agua y la sal a las rodillas.

Gallo, noticia que arde, sacudida memoria, desde el disfraz estamos oyéndote, habitándote:
no nos dejes caer en el reposo descompuesto del sueño a pleno sol.



EL MIEDO

¿Cómo podría librarse alguna vez el miedo de sus señales hostigadas?
Aquí —bajo este brazo— pasó la noche el miedo. Lo oímos masticar,
gruñir, entumecerse. Dijo en su media lengua
que teníamos todo el futuro por delante. Pero cómo —indagamos.
Es un lugar bastante sórdido, donde las ratas hablan también,
donde las aguas
negras se confabulan. Hasta aquí hemos llegado apretando los ojos en
torno a un solo brillo: la risa del recuerdo.
Pasa un grupo de gente, y ellos no se imaginan el poder de sus venas,
dejan caer pedazos de invierno, y nos callamos
soportando este sol entre los dientes, para que las mandíbulas y los sueños
aprendan (como lo hicieron ya las gallinas y el humo).

¿Cómo podría así salir el miedo de nuestros actos, sin caer en la trampa,
asfixiado y profundamente rojo?
Mejor digamos la verdad: felices creemos que ninguno ha de tocar el fondo
de la duda.



MEDULA

El tiempo no contesta las preguntas, sino que las extiende al sol,
las deja abriéndose, destilando los jugos de la vida,
ardiendo a solas.

Yo lo vi sostener el techo de una iglesia con un dedo,
dejar sordo un país con solamente hacer una seña a lo oculto, soltando
verdes mítines de ceguera, colmillos y espionaje;
pero ante las preguntas el tiempo no es más fuerte que nadie de nosotros,
sólo las deja allí, bajo el sol, en constante madurez,
sin que nunca se descompongan o se transparenten.

LOS RIOS

Los ríos que fueron corrientes sin desastre, ahora
llevan ojos de fuego, bramidos en que el hambre de la noche desata
sus burbujas,
y al cruzar la ciudad nos dejan agonizando las palabras,
para que el viento encuentre virgen nuestra conciencia.

Alguien que abra la boca no tendrá sólo angustia,
su intensidad de rojos animales empieza aquí en mi pensamiento,
huyendo de balcones, escaleras, capillas, niños que se repiten
en el polen del sueño;
únicamente yo, la frontera quebrada, saco los brazos que hablan del refugio
con ira,
y en las caras va haciéndose presente el natalicio de una seguridad más
espesa que el pan, más útil que la rueda,
hasta que todo es playa de dientes y de párpados.

PRAXIS

Saco uñas de flaqueza,
rayos de enfermedad, vericuetos, medallas, ropas que huyen
del más leve contacto de la piel, y así extiende
la oscuridad su océano de hormigas,
pero también las cosas tienen sangre y sacuden las cadenas.
Ese es el gran sonido que nos mueve a crecer,
a inventar esta fiebre. Todos y cada uno escarbando en el barro.

VOCACION

Dejen caer la luz donde nadie se acuerde,
para que vuelva a ser misterio, dirección de la sangre hacia las cosas:
no basta —está probado— educar las palabras,
flotar sobre la náusea del pecado —¡qué belleza de sol e inteligencia!—;
es necesario naufragarnos, sentir los rápidos del tiempo invadiéndonos
por la nariz, la boca, los oídos, los poros,
hasta que el ídolo grita NO (si alcanza), y se derrumba, y con él hacen
crisis los disfraces,
nuestro temblor de lucro en las costillas;
pero mejor que todo lo que pueda decirse es esta fantasía que socava
montañas;
en la simplicidad nos sorprenden los muebles,
sale corriendo el dueño de los pasos,
hablamos sacudiendo la melena,
es hambre y no ebriedad la clave de este mundo.

Desde cuándo, preguntan los años que tenemos en la punta de la lengua,
si la púrpura es mucho más ciega que el dolor,
y se abren hoyos para enterrar vivos desde algunos balcones.



Se acaba a grandes sorbos la provisión del miedo, y no se acaba,
porque hay un tono alegre en esta realidad de piedras que se elevan sin
lanzarse,
aunque caigan y rompan la frente del contrario.
Aquí desesperamos como planetas hechos para una romería;
nos salen canas bajo la memoria, de tanto protestar golpeando con las manos
en la mesa;
y es que la luz es hoy un cuchillo, y se vuelve
contra nosotros, los descubridores,
como un hijo que increpa a su padre, sacándole los ojos.

Los días nos oyeron, se asomaron al humo, dijeron: somos más
que el número total de las estrellas;
así —ya vergonzantes— caemos en la cuenta del aire respirado,
y la semana nos parece jueves, y la boca tenía un sabor
a brebaje;
no sé ya qué decir, cómo hablar, quiero hundirme en la gente que pasa,
desarrollar la niebla que se nos enredó en el sentimiento,
poniéndonos un sello de riqueza viril,
un destino de calles que pasan por las puertas que nunca se han abierto.

O es al revés, y estamos por beber aguardiente de un minuto, asomados
al barro de esta calle, y sin nombre ni culpa.



CENIT

Espíritu, llama que muerde y acaricia
como una mujer de extrañas manos provistas de clavos y aceite fructuoso.
Te prendes en el hígado de la casa con el murciélago de mercurio
mientras cae una lluvia sin nombre en ciertos municipios.

Qué haríamos sin ti.

Qué haríamos sin tu jornal de semillas.

Sin tu ventana sobre el patio que es un campo de concentración
de escarabajos, luciérnagas y perseguidos por la ley.

Qué haríamos sin el santo santo santo fuego de la invención, aleteo del jet
inmemorial sobre colinas, juegos y ventrículos.



OTRO PELDAÑO

Nos lo dice todo el rayo
nos lo dice todo;
luz del alba llamaron los antiguos
a su potencia, llaman
carne y hueso a la luz nuestras necesidades;
y al baño en oro llaman
baño en oro: nosotros
nos bañamos en polen —o creemos—;
si pudiéramos ir más allá o más acá
de esta herida, y heridos —quién lo duda—
sí estamos, mientras no venga un sol,
un padre sol, que recoja los rayos
y no nos diga nada, porque ya todo
lo sabremos, sin tener que pagar
placer a cambio de conocimiento.

CRONICA

El ciego levantó su cuerpo de alabanza,
y sacamos un poco la cara para ver,
para sentir, ardiendo, la sien del animal,
la comida y la muerte del prójimo.

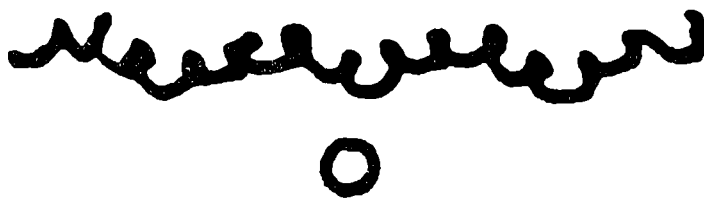
¿Quiénes venían ahuyentando los perros de los desperdicios?
¿Quiénes hacían sonar instrumentos desconocidos entre los hombres
de escasa luz?

Esta ciudad prospera entre raíces,
pero hoy lo más memorable son sus ventanas y sus bares, sus predios baldíos
y sus iglesias sin palabras;
la he recorrido, buscando el aroma último de la gente, y tiene más violencia
que un ciego acostumbrado al saludo del todopoderoso.

Al mando de los marginados, las puertas jamás acaban de abrirse,
allí el ciego camina y reposa, es un chorro de nadie en una calle,
camiones con legumbres lloran frente al mercado,
todo un día difícil, señores, aunque las palmas y los hombros pudieran
no apagarse si los pintáramos de fábula;
en resumen, las manos tienen espinas, pero es que son el otro yo de ciertas
flores. . .

El ciego vuelve, caminándonos, yo me arrodillo y crezco igual que una
palabra coronada.

No me dejen mentir, personas y sonidos,
el espacio flamea su color de fenómenos celestes,
un hombre en una calle no acaba de pasar, dobla esquinas, despierta
con sus pasos el humo de las piedras,
desde entonces estamos en presidio,
la voz me cuesta como una romería sobre cerros nocturnos,
no sé si de esta prueba salgan algunas llaves negociables.



GRANDES ILUSIONES

A dónde va el mundo —lee uno en las revistas—.
No se ha movido tal vez, sólo sacude la melena,
león que digiere todas las reglas del combate;
le pica la sal del mar, las banderillas se le han hecho llagas,
cómo no sufrir por boca de los que nada dicen,
y se conforman con mantener secretas sus necesidades.

A dónde va el mundo —piensa el hombre de la calle—.
Nadie responde, señores, esta es cuestión de vida y no de muerte,
de seguro tenemos tiempo de sobra, pero entretanto se acaban
las luciérnagas,
reina por todas partes el fantasma de la simplicidad refrigerada,
no se limpian los puentes, ni se perfuman los balnearios,
más bien es la basura la eminencia gris. Y en esas circunstancias
el río más valiente se retuerce, la propiedad más pura se desangra,
el humo es un extraño examen de conciencia.
Por eso caminamos sin oír otra cosa que nuestras veleidades.





HORA

Panteras negras, soldados escondidos en las tumbas,
ramazones de fuego: invisible monzón que nos derriba.

Hasta que, levantándonos, la risa nos convierte en gladiadores.

EL TESTIGO

Quiero decir algo que sea útil al vecindario.
Por ejemplo, la clave de estas gentes
hechas a golpe de minuto, huyéndose, mostrando una sonrisa donde debe
brillar la tarascada,
o enseñando el cuchillo donde debiera oírse un silbido de tribu
convocada a los rayos de la magia.
Yo soy —mírenme— un hijo del día, me confundo con la gente que sale
de las tertulias, de los almacenes,
soy la voz de la noche, como ustedes, sucumbo en la atmósfera incógnita
del yeso,
y estas gentes habitan cuartos con una sola ventana sobre todo,
y escudan a sus cuerpos del peligro de amar la sed de un laberinto
—el laberinto que alza la vista y se revuelve con estrellas—,
en las cosas sin fondo que son las necesarias, como ganar, perder,
elegir una esposa, confiscar un misterio.

Las gentes en sus actos que pueblan la intemperie, la desploman en vidrios
o se ahogan en ella,
porqué les faltan miles de bienes, trajes, sueños, profundidad de música,
aunque no haya ninguno que sea desechable, antes bien, todos somos
palacios en la altura,
todos tenemos ojos debajo de las líneas de las manos;
la astucia me sorprende desde los mandamientos del lugar y sus calles,
desde las avenidas que recuerdan la fiebre de los búfalos,
y en las personas hay un sello, una ventaja: quién sería posible
sin los pasos contados,
quién menor o mayor que esta miseria que vemos sin hablar, que lloramos
sin ser, que sufrimos sin ir más allá, siempre lícitos,
quién nos encendería los focos, la escalera, si hemos comido piernas
de animales y sesos de señores, levantando las cejas
para no oler la sangre.
Antes que el mundo se haga montón de alegorías, yo apreso en una imagen
la fuerza de la gente,
mientras el polen vibra como un dios humillado.

PROLOGO

Pero de una cosa estoy seguro:
por hoy somos apenas laberintos descalzos en la arena que hierve.



